
Guareschi
Esa gente
Pequeño mundo
Un libro inédito en el que
el popular don Camilo vuelve a deleitarnos
con sus divertidas peripecias.
BESTSELLER
★MUNDIAL

Tras la desaparición de Guareschi, vuelve a surgir el célebre cura de la Tierra Baja con vestiduras nuevas, con la sonrisa equina de Fernandel, con el alma pura como un lirio y con aquella pizca de astucia «que sirve para tener los ojos bien abiertos sobre las ovejas descarriadas del camino del Señor». ¿A quién debemos esta vuelta de un don Camilo rejuvenecido, tan polémico y agudo como el de los «tiempos dorados», el de los fabulosos años cincuenta? Se lo debemos a Guareschi, naturalmente, o mejor dicho a sus escritos, entre los cuales se han encontrado, mezclados con apuntes y esbozos de novelas, con algunos graciosos dibujos color sepia, un grupo de cuentos inéditos de los que «Esa gente» constituye la primera parte.

Estas historias fueron escritas por Guareschi en un período de tiempo que va desde 1948 hasta 1953, época en la que don Camilo y el honorable Peppone (¡cómo no!) hacían aún sus primeros pinitos. Los dos personajes chocan continuamente, miden sus fuerzas, se hacen recíprocas trastadas, organizan pequeñas venganzas, intrigas, trampas y chantajes en el curso de su divertida y bonachona «coexistencia competitiva» y por la victoria y la gloria de sus respectivos ideales e intereses.

Sin duda este libro gozará de la aprobación del público, siempre dispuesto a manifestar su «devoción» incondicional por los héroes de Guareschi. Y no podía ser de otro modo, porque los libros que tienen por protagonistas a don Camilo y a Peppone se han convertido con el tiempo en pequeños «clásicos» que han anticipado temas y figuras de nuestra historia actual. Traducidas a numerosos idiomas, llevadas repetidamente al cine y a la televisión, las obras de Guareschi han logrado un éxito sin precedentes en todo el mundo.

Giovanni Guareschi

Esa gente. Pequeño mundo

Don Camilo - 5

ePub r1.0

Titivillus 13.04.2020

Título original: *Gente Così*
Giovanni Guareschi, 1980
Traducción: Mina Pedrós
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Un caso de conciencia

Hacía ya rato que Peppone estaba martilleando sobre el yunque, pero por más golpes que diera como un condenado no conseguía sacarse de la cabeza el pensamiento que no le dejaba en paz.

—¡Imbécil! —refunfuñó entre sí—. Vaya lío que me ha armado.

En aquel momento alzó la vista y vio que el imbécil estaba allí, delante del yunque.

—Me habéis asustado al chico —dijo, sombrío, Stràziami[1]. Toda la noche ha estado agitado y ahora está en cama con fiebre.

Peppone siguió martilleando.

—Tú tienes la culpa —contestó sin mirarle.

—La culpa la tiene la miseria —replicó Stràziami.

—Te habíamos dado una orden y las órdenes del partido tienen que ser obedecidas sin discutir.

—El hambre de los hijos manda más que el partido.

—No; el partido tiene que estar por encima de todo. Stràziami se sacó del bolsillo una tarjeta que depositó encima del yunque y Peppone paró de martillear.

—Devuelvo el carnet —dijo Stràziami—. Esto ya no es un carnet de partido, sino una cartilla de vigilado especial.

—Dices mal, Stràziami.

—Digo bien. Mi libertad me la he ganado arriesgando el pellejo. No estoy dispuesto a renunciar a ella.

Peppone dejó el martillo y se secó la frente con el dorso de la mano. Stràziami era uno de los pocos más fieles; había combatido a su lado, había compartido con él el hambre, la desesperación y la esperanza.

—Tú traicionas la causa —dijo Peppone.

—La causa es la de la libertad. Si renuncio a mi libertad, entonces sí que traiciono la causa.

—Piénsalo; tendremos que echarte. Sabes que no se puede presentar la dimisión. Todo el que dimite es expulsado.

—Sí, ya lo sé. Y el que hace alguna gran porquería es expulsado tres meses antes de haberla hecho. Y después decimos que los hipócritas son los otros. ¡Adiós, Peppone! Me sabe mal por ti, que de ahora en adelante te sentirás obligado a considerarme como enemigo tuyo, mientras que yo seguiré considerándote como amigo mío.

Peppone vio cómo se alejaba Stràziami; después se recobró, tiró blasfemando el martillo a un rincón y salió afuera a sentarse al fondo del huerto. No conseguía llegar a concebir que Stràziami pudiera ser expulsado de las filas del partido. Acabó por levantarse.

«Toda la culpa la tiene ese maldito cura —concluyó—. Esta vez sí que lo voy a poner en su sitio».

El «maldito cura» estaba hojeando unos cartapacios en la rectoría cuando Peppone se le apareció.

—¡Estará contento, ahora! —exclamó, rabioso, Peppone—. ¡Al fin ha conseguido hacer daño a uno de los nuestros!

Don Camilo se lo miró con curiosidad.

—¿Te han tocado la cabeza las elecciones? —se informó.

—¡Menuda proeza! Arruinar la reputación de un desgraciado que no ha recibido más que dolores de su sucia sociedad.

—Sigo sin entender, camarada alcalde.

—Lo entenderá en cuanto le diga que Stràziami va a ser expulsado del partido por culpa suya. ¡Sí, por culpa suya! Se ha aprovechado de su miseria, le ha tendido una red, le ha endosado uno de sus sucios paquetes americanos, por lo que el comisario, al haberse enterado ayer tarde, fue a pescar a Stràziami a su casa, le tiró por la ventana toda la mercancía y le abofeteó.

Peppone estaba agitadísimo.

—Calma, Peppone —le dijo don Camilo.

—¡Qué porras, calma! ¡Si usted hubiera visto la cara que puso aquel chico cuando se vio quitar todo aquello y cuando vio cómo su padre recibía la bofetada, no estaría tan tranquilo, admitiendo que tenga un poco de sentimiento!

Don Camilo se levantó, pálido; se hizo repetir lo que había hecho el comisario, y luego apoyó un dedo sobre el pecho de Peppone.

—¡Canalla! —exclamó.

Peppone estaba furibundo.

—¡Canalla usted, que se aprovecha del hambre de los pobretones con fines electorales!

Don Camilo agarró una barra de hierro que estaba en un rincón de la chimenea.

—¡Como vuelvas a abrir la boca te mato! —gritó—. Yo no me he aprovechado del hambre de nadie; yo tengo aquí paquetes para todos los pobres y no le niego un paquete a ningún pobre. A mí lo que me importa es el hambre de los pobres, no sus ideas políticas. Tú, canalla, que no prestas ayuda a los que tienen hambre porque en el almacén sólo tienes papel impreso y mentiras; querrías que nadie se beneficiara. Y cuando alguien da cosas a la gente que lo necesita le acusas de querer comprar votos e impides que los hombres de tu partido acepten esas cosas, y si alguien lo acepta lo tratas de traidor del pueblo. Eres tú quien traicionas al pueblo, porque le quitas lo que otros le dan. ¿Política? ¿Propaganda? El hijo de Stràziami, los niños de otros camaradas tuyos pobres que, por temor a ti, no vienen a recoger el paquete, no saben si el paquete se lo mandan de América. No saben ni que existe América. Para ellos sólo son cosas de comer, alimentos que tú robas a su hambre. Tú, canalla, admites que si un hombre ve sufrir a su hijo de hambre puede incluso robar el pan que es necesario para la vida del chico, pero no admites que el hombre pueda aceptar ese pan si se lo ofrece América. ¡Porque esto podría ser una desventaja moral para Rusia! ¿Y qué sabía de América y de Rusia el hijo de Stràziami? Por fin estaba a punto de quitarse el hambre por una vez y tú le has arrebatado la comida de la boca. ¡Canalla serás tú, no yo!

Peppone meneó la cabeza.

—Yo no he dicho ni he hecho nada.

—Tú has permitido que un tunante no sólo hiciera esto, sino que cometiera el mayor abuso injurioso del mundo; el de pegar a un padre delante de su niño. El niño siempre tiene una confianza inmensa en su padre, y lo considera el más fuerte de todos, lo ve como un ser intocable, y tú has permitido que una cara falsa destruyera esta ilusión, el único bien que el destino había concedido al más desgraciado de los niños. ¿Qué dirías si yo esta noche entrara en tu casa y delante de tu hijo te hinchara la cara a bofetadas?

Peppone se encogió de hombros.

—Hay que salirse del paso.

—¡Claro! —gritó don Camilo lleno de rabia—. ¡Claro! —volvió a gritar. Y, agarrando por las dos puntas la gruesa barra de hierro que tenía en las manos, apretó los dientes y, rugiendo como un tigre, la dobló en forma de U.

—Voy a hacerte una corbata para ti y para Stalin, y luego te haré también el nudo —gritó.

Peppone lo miró preocupado y no hizo comentarios.

Don Camilo abrió el armario y sacó un paquete que alargó a Peppone.

—¡Llévaselo, si no es que eres el peor de los imbéciles! Esto no lo manda ni América, ni Inglaterra, ni Portugal: lo manda la divina Providencia, que no necesita votos para mantenerse en el gobierno del universo. Puedes mandar a recoger también los otros y encárgate tú mismo de repartirlos.

—Está bien: mandaré al *Flaco* con la furgoneta —masculló Peppone, escondiendo el paquete bajo el tabardo. Al llegar a la puerta, se volvió, dejó el paquete encima de una silla, recogió la barra de hierro doblada en forma de U e intentó enderezarla.

—Si lo consigues, votaré por el Frente Democrático Popular —dijo don Camilo, riéndose maliciosamente.

Peppone se puso rojo como un pimiento por el esfuerzo. Después tiró al suelo la tranca, que no se había movido ni un milímetro.

—No necesitamos su voto para ganar —dijo Peppone volviendo a coger el paquete y marchándose.

Stràziami estaba leyendo el periódico sentado delante del fuego y el niño estaba acurrucado a su lado.

Entró Peppone y, una vez dejado el paquete encima de la mesa, rompió el cordel y abrió el envoltorio.

—Toma —le dijo al niño—. Esto es para ti. Te lo envía directamente Nuestro Señor.

Luego alargó algo a Stràziami.

—Y esto es para ti, te lo has dejado en mi yunque. Stràziami cogió el carnet y lo guardó en la cartera.

—¿También esto lo envía directamente Nuestro Señor? —preguntó.

—Todo nos viene de Nuestro Señor —murmuró Peppone—. Todo: lo bueno y lo malo. Le toca a quien le toca. Y nos ha tocado a nosotros.

El chiquillo en seguida se había levantado y miraba feliz toda aquella bendición de Dios que estaba desparramada encima de la mesa.

—Estáte tranquilo: esta vez no se te lo llevará nadie —dijo Peppone, tranquilizándolo.

El Flaco llegó por la tarde con la furgoneta.

—Me manda el jefe a retirar la mercancía —le dijo a don Camilo. Y don Camilo le señaló los paquetes que estaban amontonados en el corredor.

En el último viaje, cuando *el Flaco*, cargado de paquetes, estaba en el umbral le propinó en el trasero una patada de dos toneladas que envió todos

los paquetes y a medio *Flaco* dentro de la furgoneta.

—Anota también esto —explicó don Camilo— al lado de los nombres que escribiste ayer.

—Con usted ya pasaremos cuentas el 19 de abril —respondió *el Flaco*, saliendo de dentro de la furgoneta—. Su nombre encabeza otra nota.

—Bien: ¿algo más?

—No, voy servido. Ya he recibido de los tres: de Peppone de Stràziami y de usted. ¿Y todo esto por qué? Porque he ejecutado una orden.

—Las órdenes equivocadas no hay que ejecutarlas —le amonestó don Camilo.

—¡Ya! Lo difícil es saberlo antes, cuando son órdenes equivocadas —dijo *el Flaco*. Y suspiró.

Los irregulares

Ha llegado el momento de hablar del *Flaco*, jefe de la estafeta del ayuntamiento y asimismo subjefe de la sección del partido, y ha llegado el momento de definirle tal como verdaderamente era: un inmoral.

O, aún mejor: un desvergonzado. Porque quien no se preocupa del escándalo que puede provocar en un pueblo pequeño al convivir con su amante sólo puede ser un desvergonzado. Y una desvergonzada la desgraciada que compartía su cama.

La gente llamaba *la Morita* a «la mantenida del *Flaco*», aunque la verdad era que se trataba de una chica que se mantenía perfectamente bien por ella misma, porque era todo un cacho de mujer que trabajaba como un hombre y que trabajaba bien, tanto es así que le confiaban el tractor para arar y conducía el Lancia RO de Censetti con la misma seguridad que Peppone. Y aun cuando las mujeres del pueblo la definían como una guarra, no había ni un solo hombre que al querer tomarse alguna confianza con ella no se hubiera ganado en los morros una buena torta de esas que te dejan tonto.

A pesar de todo esto, era el escándalo del pueblo, junto con ese otro atontado del *Flaco*, que la llamaba «mi compañera» y que la llevaba por el pueblo sentada en la barra de la bicicleta cuando no era él quien iba sentado en la barra y la chalada en el sillín.

Cuando don Camilo, instigado por todas las «beatas» del pueblo, se refirió a «algunas desvergonzadas que van en bicicleta de carrera por el pueblo, mostrando el trasero como la cara», la camarada *Morita* empezó a ir con mono, y el mono azul con el pañuelo rojo en el cuello se convirtió en su uniforme suscitando un escándalo furibundo.

Don Camilo, una vez que consiguió pescar al *Flaco* intentó hablarle de «regularizar su situación», pero *el Flaco* se le rió en la cara.

—No hay nada que regularizar. Nosotros hacemos, ni más ni menos, lo mismo que hacen los imbéciles que se casan.

—¡Los hombres honrados, no los imbéciles! —replicó don Camilo.

—¡Los imbéciles que estropean toda la belleza de la unión de dos almas gemelas poniendo por medio a un tontainas de alcalde y a un fumador empedernido de párroco!

Don Camilo había encajado lo de «fumador empedernido» y había vuelto a insistir. Pero *el Flaco* siguió aún riéndose con soma.

—Si Nuestro Señor hubiera establecido que los hombres y las mujeres se tienen que unir por medio del matrimonio, en el paraíso terrenal, además de Adán y Eva, habría puesto también un cura. ¡El amor ha nacido libre y libre tiene que permanecer! ¡Llegará un día en que la gente comprenderá que el matrimonio es una condena a prisión perpetua y se casará sin necesidad de curas y entonces haremos fiestas con bailes en las iglesias!

Don Camilo sólo encontró a mano un ladrillo y se lo lanzó; pero *el Flaco* era el famoso que, *temporibus illis*, conseguía escabullirse entre las balas de una ráfaga de ametralladora, y fue un ladrillo desperdiciado.

Don Camilo no se desarmó y un día consiguió atrapar a *la Morita*, y ésta se presentó en la rectoría con mono y con el pañuelo rojo en el cuello: Se sentó ante don Camilo y encendió un pitillo.

Don Camilo no la emprendió con ella a patadas ni se acaloró; habló con voz sosegada:

—Eres una chica que trabaja —le dijo—; sé que tienes la casa limpia, que no gastas dinero, que no hablas mal de la gente. Sé también que quieres a tu marido…

—No tengo marido: tengo un compañero —lo interrumpió *la Morita*.

—Sé que quieres a tu compañero —continuó con paciencia don Camilo —, y por todo ello creo, aunque nunca hayas querido venir a confesarte, que eres una mujer honesta. ¿Por qué te comportas de modo que la gente te juzgue como si no fueras una mujer honrada?

—A la gente me la paso por aquí —explicó con calma *la Morita*, golpeándose con la palma de la mano derecha el bolsillo posterior del mono.

Don Camilo, que estaba comenzando a nublarse, empezó a hablar del matrimonio, pero *la Morita* inmediatamente le interrumpió:

—Si Nuestro Señor hubiera establecido que los hombres y las mujeres se tienen que unir mediante el matrimonio…

—Gracias —la interrumpió don Camilo—, el resto ya lo conozco.

—El amor ha nacido libre y libre tiene que permanecer —concluyó gravemente *la Morita*—. El matrimonio es el opio del amor.

Las viejas no paraban y fueron también en comisión a ver al alcalde, diciendo que era una vergüenza para todo el municipio y que él tenía el deber

de salvaguardar la moralidad pública, y muchas otras monsergas.

—Yo me he casado —respondió Peppone— y puedo casar a quien se quiera casar, pero no puedo obligar a casarse a quien no se quiera casar. Ahora la ley es así. Cuando mande el papa, entonces será diferente.

Las viejas insistieron:

—Si usted no puede como alcalde, puede como jefe de la sección: esos desvergonzados están los dos inscritos a su partido. Es una deshonra también para su partido.

—Lo intentaré —prometió Peppone.

Y en realidad lo intentó.

—Antes que casarme me inscribo al partido de Saragat —le respondió *el Flaco*.

Y así no se volvió a hablar de ello, y pasó el tiempo y el escándalo de los dos desvergonzados fue acallado por la política. Pero un buen día se produjo el escándalo y fue algo estrepitoso.

Hacía tiempo que no se veía dar vueltas a la *compañera* y, de repente, una noticia voló de boca en boca: ahora los compañeros eran tres, porque, según dijo la comadrona, había venido al mundo una niña tan bonita que ni se la merecían aquellos dos puercos.

Las viejas empezaron a trillar palabras y palabrotas, los *políticos* se exclamaron:

Esta es la moralidad de los puercos comunistas.

—¿Apuestas a que ni la van a hacer bautizar esos sin Dios? —se dijo también. Y las voces llegaron hasta Peppone, que se precipitó a casa de los dos irregulares.

Don Camilo estaba leyendo en su despachito, cuando entró *el Flaco*.

—Hay algo que tiene que bautizar —dijo *el Flaco*.

—¡Buen asunto! —murmuró don Camilo.

—¿Para poner niños en el mundo hay que tener el visto bueno del honorable Andreotti, ahora? —se informó *el Flaco*.

—Sólo hace falta vuestra puerca conciencia —rebatió don Camilo—. De todos modos, es asunto vuestro. ¡Te advierto que si la desgraciada de tu *compañera* se presenta con mono os echo a bofetadas a los dos! Pasad dentro de veinte minutos.

Llegó *la Morita* con el fardo en brazos y con ella *el Flaco*, Peppone y su mujer muy arreglada.

Don Camilo apareció en la puerta de la iglesia.

—¡Fuera todo lo rojo! —ordenó sin ni siquiera mirar si llevaban encima algo de color rojo—. Esta es la casa de Dios, no la casa del Pueblo.

—¡Aquí de rojo sólo hay la niebla que le nubla el coco! —contestó, sombrío, Peppone.

Entraron. Don Camilo preparó la pila bautismal e inició el rito.

—¿Qué nombre? —farfulló.

—Rita, Palmira, Valeria —susurró la madre.

Don Camilo miró de soslayo a *la Morita*.

—¡Y por qué no también Coronela y Dogaresa! —preguntó sombrío.

—Rita es el nombre de mi madre, Palmira el de la madre de él y Valeria se llamaba mi abuela —protestó *la Morita*.

—¡Peor para ellas! —respondió don Camilo, seco—. Emilia, Rosa, Antonietta.

Peppone estaba que piafaba como un caballo. *El Flaco* suspiró y movió ligeramente la cabeza.

Al acabar el rito pasaron a la rectoría para el registro en el libro.

—¿Ahora, con el nuevo gobierno, está prohibido llamarse Palmiro? —se informó sarcástico Peppone. Pero don Camilo no le hizo caso y le hizo una señal, indicándole que él y su mujer ya se podían ir.

Se quedaron de pie delante de la mesa *el Flaco y la Morita* con la niña en brazos. Don Camilo fue a cerrar la puerta.

—*Encíclica rerarum novium* —anunció aburrido *el Flaco*, poniendo cara de hombre resignado con su destino.

—Ningún discurso —dijo don Camilo con voz fría y distante—, sólo una advertencia. Aunque vosotros no os caséis, no pasará nada, nada va a derrumbarse. Tan sólo sois como dos escarabajos que intentan roer un pilar de San Pedro. No me interesáis ni vosotros ni vuestro producto.

En aquel momento algo se movió en el fardo y el llamado «producto» abrió desmesuradamente los ojos y sonrió a don Camilo. Y era una carita tan bonita, tan fresca, tan limpia que don Camilo, después de un momento de asombro, sintió cómo le subía la sangre a la cabeza y perdió los frenos.

—¡Miserables! —gritó—. ¡No tenéis derecho de cargar sobre esta criatura el peso de vuestras tonterías! ¡No tenéis derecho de ensuciar algo tan limpio e inocente! Se convertirá en una mujer hermosísima y la gente la envidiará y parecerá mentira poder manchar a esa flor llamándola «hija de una mantenida». Si no fuerais dos sucios cochinos, no expondrías a vuestra hija a la maldad de la gente hipócrita y envidiosa de la hermosura de los demás. A ti

puede no importarte lo que la gente diga de ti, pero ¿cómo no podrá importarte el veneno que la gente, por tu culpa, intentará echar sobre tu hija?

Don Camilo había alzado los puños y henchido el pecho y parecía aún más alto y colosal y los dos desgraciados se habían quedado arrinconados.

—¡Casaos, canallas! —gritó don Camilo, furibundo.

El Flaco estaba pálido y sudaba y meneó desesperadamente la cabeza.

—No, no, sería nuestro final. ¡Nos moriríamos de vergüenza ante la gente!

La niña evidentemente se divertía y se volvió a reír moviendo las manitas; entonces don Camilo se sintió como desamparado.

—¡Os lo ruego —imploró—, es demasiado bonita!

A veces pasan cosas estrambóticas en este mundo: uno, por ejemplo, agarra un mazo de hierro y aporrea una puerta y no consigue moverla ni un milímetro. Después, de repente, muerto de cansancio, va a secarse el sudor y cuelga el sombrero en la manecilla y se oye un tric y la puerta se abre sola.

La Morita era una puerta de acero, pero también tenía su manecilla, y así, en cuanto oyó que don Camilo dejaba su tono furioso y decía «¡Os lo ruego, es demasiado bonita!» con una voz que parecía de otro, se asustó y, desplomándose en una silla, se puso a llorar.

—No, no —gimió—, no podemos: hace tres años que estamos casados y nadie lo sabe porque nos casamos lejos de aquí. A nosotros siempre nos ha gustado el amor libre. Y no hemos dicho nada.

El Flaco asintió con la cabeza. Sí, era así.

—El matrimonio es el opio del amor —explicó *el Flaco*.

—El amor ha nacido libre. Si Nuestro Señor…

Don Camilo se fue adentro para refrescarse la cara. A su regreso encontró al *Flaco* y a su compañera y mujer bastante sosegados. La chica le alargó un papel a don Camilo y era la partida de casamiento.

—Bajo el secreto de la confesión —susurró la muchacha.

Don Camilo dijo que sí con la cabeza.

—Y de este modo, en tu empleo estás declarado como *soltero* y ni cobras los puntos —le dijo don Camilo al *Flaco*.

—Precisamente —contestó *el Flaco*—. Por el triunfo de la Idea se puede hacer este sacrificio y más aún.

Don Camilo le devolvió el papel.

—Sois un par de imbéciles —observó con mucha calma.

Luego, como la niña seguía riéndose aún, rectificó:

—Sois dos imbéciles y medio.

Al llegar a la puerta, *el Flaco* se volvió y saludó con el puño cerrado.

—En la plaza Loreto siempre hay un sitio para los detractores del pueblo —explicó gravemente.

—Deja el sombrero y así no te quitarán el sitio.

—El 18 de abril representa un simple episodio de insignificante valor —aclaró *el Flaco* con voz solemne—. Nosotros venimos de muy lejos y vamos muy lejos. Dasvidania, camarada cura.

Los dos caminos

—Jesús —dijo don Camilo al Cristo del altar mayor—, estoy pensando en que un hombre justo y con buena vista está asomado a la ventana de su cuarto que está en el último piso de la casa. ¿Puede funcionar una historia así?

—Si el hombre que está asomado a la ventana es de verdad un justo y si de verdad tiene buena vista, sí —respondió el Cristo.

Don Camilo continuó con su historia:

—El hombre justo ve todo el campo que rodea la casa altísima, hasta la línea del horizonte. Y, en el campo, hay un largo camino que al llegar cerca de la casa se bifurca. Y el justo ve claramente que una de las dos bifurcaciones termina en un apacible pueblo, mientras que la otra va a parar a una desolada meseta donde la tierra insidiosa se traga a los hombres y a los animales que se aventuran a ir.

Don Camilo se paseó un poco arriba y abajo delante del altar mayor, después se paró y reemprendió su relato:

—Antes de llegar al cruce no se puede decir que el camino sea el malo, aunque quien lo recorra manifieste la firme intención de tomar luego el sendero que conduce a las arenas movedizas. Un hombre andaba por el camino y se acercaba a la encrucijada, y el justo, en cuanto le vio desde lo alto, le gritó: «Hermano, cuando llegues al cruce toma el camino de la derecha porque el de la izquierda es el malo». Y el hombre le respondió: «Te equivocas porque el de la izquierda es el bueno y yo tomaré el camino de la izquierda, tal como me han enseñado mis jefes».

Y el justo, que desde allá arriba veía a lo lejos, continuó insistiéndole en que no tomara el sendero de la izquierda y el de abajo le contestaba que, al revés, iba a tomar el de la izquierda porque era el bueno, tal como le habían explicado sus superiores. Y mientras tanto continuaba acercándose a la encrucijada; pero el justo no dijo: «Maldito seas porque yo te he advertido que el de la izquierda es el camino malo y tú quieres tomar el camino de la izquierda». Al contrario le gritó: «Maldito sea el camino de la izquierda y maldito sea el que, aún a sabiendas, lo seguirá igualmente».

Pero el hombre al llegar a la bifurcación toma igualmente el camino de la izquierda y el justo lo ve encaminarse hacia la insidia y la muerte.

Don Camilo miró al Cristo:

—Jesús —preguntó—, ¿puede funcionar así la historia?

—No, don Camilo; porque si la historia acaba así, el hombre de la ventana no es justo y no ve a lo lejos.

Don Camilo abrió los brazos.

—El que está en la ventana —dijo— sigue gritándole al infeliz: «Mira que estás maldito porque sabes que el camino está maldito y aún así sigues caminando por el sendero maldito. Vuelve atrás y toma el buen camino». Pero el otro continúa y cada vez más se va acercando a la meseta de las arenas movedizas, y cada vez se aleja más de la encrucijada y llega un momento en que ya no oye la voz del justo.

Don Camilo miró otra vez al Cristo crucificado:

—Jesús —preguntó—, ¿qué otra cosa puede hacer el justo sino cerrar la ventana e irse a dormir?

—El justo, si quiere ser justo, tiene que bajar, seguir al infeliz, alcanzarlo y hacer todos los esfuerzos posibles para conducirle al buen camino —contestó el Cristo.

—No puede —objetó don Camilo—, porque «será maldito quien camine, aun sabiendo que está maldito, por el camino maldito».

—Don Camilo —dijo el Cristo—, ¿a dónde quieres ir a parar? ¿Qué trampa me estás tendiendo? ¿Qué pretendes hacerme decir?

Don Camilo extendió los brazos desconsoladamente.

—No pretendo haceros decir nada, porque ya habéis dicho todo lo que teníais que decir, y lo que habéis dicho está todo ello escrito y bien claramente en los libros sagrados. Y vuestros conceptos son eternos, y tal como valían para el pasado tienen que valer para el presente y para el futuro; aunque a veces las palabras pueden oscurecer los conceptos que transmiten. A veces, el sentido inmediato de la palabra puede impedir que se llegue al concepto que la misma quiere expresar. Jesús; vos ya habéis dicho todo lo que tenía que ser dicho y sólo se os puede pedir que nos ayudéis a interpretar en su auténtico sentido lo que habéis dicho. Si aquel camino es maldito porque aparta de la gracia de Dios, maldito es quien se adentra en él; pero bendito quien, habiéndose adentrado por el camino maldito, se detiene y vuelve atrás, porque al volver atrás vuelve a estar en gracia de Dios. El concepto es éste y no puede ser más que éste; pero aunque el simple hecho material de pisar con

los pies aquel camino comportara la maldición, el justo sería maldito a la ida y bendito a la vuelta.

—Bendito también a la ida si baja y se adentra por el camino maldito para buscar al infeliz y convencerle para que regrese sobre sus pasos —dijo el Cristo—. Don Camilo, sobre esto no tienes que tener dudas. Si tienes dudas, no eres un buen cristiano.

Don Camilo enrojeció:

—¡Habéis olvidado que estáis hablando con un sacerdote! —exclamó.

—Y tú te olvidas de que estás hablando con tu Dios —respondió sonriendo el Cristo.

—Yo hablaba con mi conciencia —se excusó don Camilo.

—La voz de tu conciencia tendría que ser la voz de tu Dios —replicó el Cristo.

Don Camilo se inclinó con humildad.

—Jesús —dijo—, no tengo dudas en lo que concierne a la sustancia. Tengo dudas sobre la forma: cómo puedo yo…

—¿Tú? ¿Y qué tienes que ver tú, don Camilo? —se extrañó el Cristo—. ¿Eres tú quizá el hombre justo que ve a lo lejos?

—Yo soy simplemente el hombre asomado a la ventana de la casa de Dios. No sé si soy justo, pero, referente a la vista, sé muy bien distinguir cuál es el camino del bien y cuál el del mal.

—Aprecio tu discreción, don Camilo. Pero si eres el hombre asomado a la ventana, haz lo que te dicte tu conciencia. Al final ya te sabré decir si eres un justo o no. Si eres un justo, yo te diré que eres justo, aunque los hombres te juzguen y te traten como a un injusto. Don Camilo, ¿te interesa quizá más el juicio de los hombres que el juicio de tu Dios?

Entonces don Camilo se inclinó, cerró la ventana, bajó y se adentró por el camino maldito.

Desde el famoso día del Decreto, Peppone no se había dejado ver más por la iglesia. Ni tampoco los demás, porque los demás sólo hacían lo que hacía el jefe. Por eso, cuando Peppone vio aparecer a don Camilo en la puerta del taller se quedó helado. Después se recobró.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó al *Flaco*, señalando a don Camilo—. Tiene una cara que me suena.

El Flaco, que estaba leyendo el periódico sentado en el cajón de la chatarra, se levantó a observar de cerca a don Camilo; después volvió a sentarse otra vez en el cajón.

—Debe de ser aquel que tiene abierta la tienda en la plaza, debajo de la torre —explicó *el Flaco* con sublime indiferencia.

Don Camilo no se descompuso ni un ápice.

—Oiga, buen hombre —preguntó cortésmente—: ¿vive aquí un tal Peppone que tiene abierta la tienda en la plaza, al otro lado de la iglesia?

Al oír llamar «tienda» a la casa del Pueblo, Peppone asestó un martillazo de media tonelada al hierro candente que estaba trabajando y después, al acordarse de que había llamado «tienda» a la iglesia de don Camilo, se calmó y cambió de tono.

—Hace mucho que no nos vemos, padre —exclamó—. ¿Qué tal van los asuntos del negocio?

—Bien —contestó don Camilo—. Hemos limpiado un poco el ambiente y ahora estamos todos un poco mejor.

—¡Una vida mucho más tranquila teniendo menos que bregar! —se rió burlonamente Peppone—. De todos modos, visto que ahora le sobrará espacio, si quiere alquilarnos parte de sus locales, aquí nos tiene. Ya no sabemos ni dónde meter a la gente ahora.

—Nosotros, sin embargo, sabemos perfectamente dónde meterla —explicó don Camilo—. Además la piedad de Dios consigue rellenar perfectamente los huecos que vosotros habéis dejado.

Peppone se volvió al *Flaco*.

—¿Dios? —preguntó asombrado—. ¿Quién es?

—¡Bah! Es un nombre que no es la primera vez que lo oigo —contestó *el Flaco*—. Debe de ser el antiguo dueño de la tienda de la que te hablaba.

—Ya: ahora me acuerdo —farfulló Peppone—. Aquel viejecito con la barba blanca, ¿verdad?

—Sí —dijo *el Flaco*—. Pero se ha muerto.

—Pobrecillo —se dolió Peppone—. No lo sabía. Lo siento de veras. Con lo poco que molestaba podía seguir estando perfectamente aún en el mundo.

Don Camilo contó mentalmente hasta cuarenta y dos; luego contestó muy tranquilo:

—No es exactamente así: Dios ha enfermado de pena al no veros más en la iglesia, pero ya se ha curado y está ya perfectamente.

—¿Ah sí? —se carcajeó Peppone—. ¿Y qué hace de bueno ahora?

—Os espera.

—Lo siento, pero tendrá que esperar bastante —dijo, mofándose, Peppone.

—No tiene prisa: podéis tomároslo con calma. Aunque tardarais un millón de años, le encontraríais siempre esperándoos —dijo don Camilo—. Parece como si tuviera algo que deciros.

—¡Que se lo vaya a contar al papa! —rebatió con voz áspera Peppone.

—Ya se lo ha contado —afirmó, con seguridad, don Camilo—. Precisamente le ha dicho que os espera.

Todo ese asunto de que Dios le estuviera esperando no fue del agrado de Peppone.

—Padre, cuando tenga ganas de oír un sermón iré a su oficina. ¡Aquí estoy en mi casa y no he pedido ningún sermón a domicilio! —dijo.

Pero don Camilo se puso a reír:

—¿Y esto qué tiene que ver? Yo no os doy ningún sermón: sois vosotros que habéis dicho que Dios estaba muerto y yo simplemente os he explicado que Dios está vivo y que os espera.

Peppone se hartó y se plantó. Tiró el martillo sobre el yunque y, poniéndose cara a cara frente a don Camilo, le espetó:

—¿Puede saberse qué pretende de nosotros? ¿Vamos nosotros quizá a su casa?

—¿Y qué tiene que ver? Aunque no vengáis a la iglesia, Dios sigue existiendo y os espera.

El Flaco intervino:

—¿Ha olvidado quizá el padre que estamos excomulgados?

—Es una cuestión de importancia secundaria —replicó don Camilo—. Aunque hayáis sido excomulgados, Dios sigue existiendo y sigue esperándoos. Perdonad: yo no estoy inscrito a vuestro partido, no acudo a la casa del Pueblo y soy considerado como enemigo de vuestro partido. ¿Podría quizá afirmar en base a todos estos hechos que Stalin no existe?

—¡Vaya si existe Stalin! ¡Y le está esperando cuando llegue la ocasión! —vociferó Peppone.

Don Camilo sonrió.

—No lo pongo en duda ni nunca lo he puesto en duda. Y si yo admito que Stalin existe y que me espera, ¿por qué no quieres tú admitir que Dios existe y que te espera? ¿No es lo mismo?

Peppone quedó muy impresionado por este elemental razonamiento.

Pero *el Flaco* intervino:

—La única diferencia consiste en que así como nadie ha visto a vuestro Dios, a Stalin se le puede ver y tocar. ¡Y aunque yo no le haya visto ni tocado, se puede ver y tocar lo que Stalin ha creado: el comunismo!

Don Camilo abrió los brazos:

—¿Y el mundo en el que vivimos tú, yo y Stalin, no es una cosa que se ve y que se toca?

—¡Basta! —gritó Peppone—. No volvamos a empezar con la historia del huevo y de la gallina. El hecho positivo es que yo estoy excomulgado; ¡por lo tanto, ya no voy a ir a la iglesia y, por consiguiente, me quedo en mi casa y en paz! Cuando tenga necesidad de sermones iré a verle a su tienda, y cuando usted tenga necesidad de un herrero vendrá a mi establecimiento.

—Quisiera un cerrojo para la puerta del campanario —dijo don Camilo.

Peppone tomó un trozo de yeso y garrapateó en la pared «Cerrojo campanario» debajo de las otras anotaciones y volvió a ponerse a martillear.

—Cuando esté listo se lo mandaré a casa. Buenos días.

—Bueno —dijo don Camilo—. ¿Aún tiene aquel camión grande?

—Claro —refunfuñó Peppone.

—¿Aún hace transportes de cosas y de personas si se le encarga?

—Sí.

—¿Me quiere hacer el presupuesto de cuánto costaría llevar a Roma a veinte personas?

Hacía ya tiempo que el negocio le andaba funcionando mal a Peppone y que el desgraciado no conseguía hacer ningún transporte desde hacía seis meses. La ocasión era buenísima.

—¿Qué sería ese transporte? —dijo a regañadientes.

—Una peregrinación por el año santo —explicó don Camilo.

Peppone volvió a ponerse a dar martillazos sobre el trozo de hierro.

—Yo no puedo hacer cosas que vayan en contra de mis ideologías —respondió sombrío.

—Qué raro —observó don Camilo—. Yo estuve el año pasado en Roma con toda una caterva de curas y, desde el maquinista hasta el revisor, en el tren todos eran comunistas. Y, sin embargo, no pusieron ninguna dificultad. ¿Hay otra regla en el campo?

Peppone miró de soslayo al *Flaco* y *el Flaco* abrió los brazos.

—En la ciudad hay sacerdotes que se hacen curar por médicos comunistas —continuó don Camilo—. Y los médicos comunistas los curan. No entiendo.

Peppone siguió dando unos cuantos martillazos más.

—¿Se trata de llevarlos a Roma y de descargarlos dentro del Tiber? —farfulló Peppone—. Si es así, les puedo hasta hacer el servicio gratis. Pero si también quieren volver, me lo tendré que pensar.

—No; ida y vuelta —explicó don Camilo.

—Le mandaré la contestación junto con el cerrojo —concluyó Peppone.

Don Camilo salió.

—Todo esto es una sucia maniobra clerical —le dijo Peppone al *Flaco*.

—La vigilancia es una de las primeras dotes de un camarada —afirmó *el Flaco*—. Jefe, si tú vas, yo también voy; entre dos se vigila mejor.

Peppone no había estado nunca en Roma y en seguida empezó a sentir el gusanillo de ir. Se precipitó a contárselo a su mujer.

—¡Con curas o sin curas, yo también voy! —exclamó la mujer.

Peppone se fue al garaje a mirar su gran vehículo. Hacía poco que lo había pintado y brillaba que daba gusto. Subió a la cabina y tocó el volante.

El Flaco lo miraba desde abajo, rascándose perplejo el coco. Y Peppone le gritó agriamente:

—¡Deja de mirarme con esa cara! ¡Cuando estoy en mi camión, el partido soy yo!

—El jefe siempre tiene razón —dijo *el Flaco*.

Y así, parados, dentro del garaje de Peppone, es como empezó la que luego tendría que ser la famosa marcha sobre Roma.

Novedades

Peppone se presentó ante don Camilo de repente y seguido por *el Flaco, el Pardo, el Brusco y el Largo*.

El asunto tenía todo el aspecto de una expedición punitiva, y don Camilo pensó en seguida en *el Halcón*, que se había salido del partido para poderse casar con la chica de Bacchi. «Deben de estar enfurecidos porque se piensan que yo tengo algo que ver», se dijo entre sí.

Pero la cuadrilla ni pensaba en *el Halcón*.

—En esto no tienen nada que ver ni Dios ni nada de política —anunció Peppone, que resoplaba igual que el tranvía cuando hacía la subida del Molino Nuevo—. Se trata de utilidad nacional. Estoy aquí como alcalde, y usted como ciudadano cura.

Don Camilo abrió los brazos:

—Muy bien: habla ciudadano alcalde. El ciudadano cura te escucha.

Peppone se colocó ante la mesa, tras la cual se hallaba sentado don Camilo, y los demás se quedaron de pie detrás del jefe. Callados, inmóviles, con las piernas separadas y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡La némesis histórica! —dijo con voz solemne Peppone. Y don Camilo se preocupó.

—¡La némesis histórica y, por si no basta, también la némesis geográfica! —continuó Peppone—. Y si aún no basta…

—Creo que bastará —respondió don Camilo, que al oír hablar de némesis geográfica en seguida se había vuelto a tranquilizar—. Explica lo que pasa.

Peppone se volvió hacia el estado mayor con una sonrisa entre indignada e irónica.

—Y luego pretenderían gobernar ellos —dijo Peppone—. ¡Ni saben lo que ocurre a cincuenta metros de su casa!

—Son gente que se han quedado en el egoísmo medieval —explicó sosegadamente *el Flaco*—. *Cicero pro domine suo*, ¡y el pueblo que reviente!

Don Camilo lanzó la mirada hacia *El Flaco*.

—¿Os enseñan latín ahora? —se informó.

—¿Y por qué no tendrían que enseñárnoslo? —replicó *el Flaco*— ¿Tienen quizá ustedes el monopolio de la cultura?

Peppone zanjó la discusión:

—Se trata de una banda de sinvergüenzas sin patria que quieren usurpar los sagrados derechos del pueblo inventando infamias para constituir la autonomía local. En resumidas cuentas: se trata de esos bribones de Fontanile que se quieren separar del municipio y formar un municipio por su cuenta. Hay que truncar inmediatamente la tentativa con un manifiesto de la A, a la Z que contenga la explicación de la némesis histórica y geográfica que nos da el derecho de ser nosotros la cabeza de partido, dependiendo ellos de nosotros.

El descubrir lo que pretendía decir Peppone por némesis histórica y geográfica no consiguió divertir a don Camilo. Conocía perfectamente la Tierra Baja y sabía que cuando dos pueblos se ponían en estado de alerta y empezaban a mirarse de reojo por más némesis geográfica e histórica que existiera, no había nada que hacer.

Y, además, entre los dos pueblos había aún algunos asuntillos pendientes. Eran cosas que se remontaban a bastantes años atrás, pero que resurgirían en pocos minutos. Y por otra parte, los de Fontanile tenían desde siempre metida en la cabeza la idea de convertirse en municipio.

El primer golpe lo habían dado en 1902: se habían puesto de acuerdo con tres caseríos de cuatro casas cada uno, habían encontrado el dinero y a la chita callando habían levantado en la plaza todo un señor edificio con pórtico, escalinata y torre con reloj, sin faltarle el escudo, para que sirviera de ayuntamiento. Luego armaron tal jaleo que tuvieron que intervenir los *carabinieri*[2] y alguno fue incluso a parar a la cárcel. No consiguieron nada, pero el edificio quedó y nadie lo había ocupado nunca. Dieron otro pequeño golpe inmediatamente después de la guerra, en 1920, pero también fracasó. Ahora volvían a la carga.

Don Camilo se informó con cautela.

—¿Has intentado hablar con ellos? —preguntó.

—¿Hablar yo con ellos? —vociferó Peppone—. La única palabra que puedo tener con esos tipos es una descarga de metralleta.

—Sobre esta base creo que será difícil llegar a establecer negociaciones —observó don Camilo.

Parecía como si Peppone sudara a chorros, tan lleno de rabia estaba.

—Actuaremos en perfecta democracia —dijo a duras penas—. Haremos el manifiesto explicando la némesis histórica y geográfica, y si lo entienden bien, si no lo entienden…

Peppone se interrumpió, y *el Pardo*, que era el más serio y equilibrado de toda la banda, dijo con voz sombría:

—¡Si no lo entienden, se los aplasta!

Si *el Pardo* había hablado así, eso significaba que el asunto había llegado ya a un pésimo punto.

Don Camilo le dio la vuelta a la posición:

—Si se quieren separar que se separen y que formen su municipio. ¿Qué más te da a ti?

—¡A mí no! —gritó Peppone—. ¡Pero es que algo así va contra la soberanía del pueblo! ¡Nosotros somos el ayuntamiento y basta! Si nos quitan Fontanile y los tres caseríos más allá de la Rocchetta, ¿qué nos queda? ¿En qué municipio nos convertimos? ¿Es que también usted se ha vuelto un sin patria?

Don Camilo suspiró.

—¿Por qué hay que empezar en seguida a hacer tragedias? ¿No le han negado siempre a Fontanile que se constituya en municipio? Se lo seguirán negando. Prácticamente no ha cambiado nada.

Peppone se irguió y dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Lo dirá usted! —gritó—. Ahora está el factor político, por lo que, estando nosotros en el poder municipal, a los reaccionarios del gobierno les conviene crear un municipio nuevo con una administración contraria a la nuestra, que se nos lleve la mitad del territorio y de la gente.

Don Camilo miró a Peppone.

—Si tú lo dices que eres el ciudadano alcalde y que entiendes de política, ¿qué quieres que te conteste yo, que no soy más que el pobre ciudadano cura y que no sé nada de política?

El Flaco se adelantó y marcó con el dedo acusadoramente a don Camilo.

—¡Sicario de América! —dijo con tono cortante.

Don Camilo se encogió de hombros.

—¿Y qué hay que hacer?

—Ante todo hay que hacer el manifiesto con las razones históricas, geográficas y económicas.

—¿Y dónde las puedo encontrar? —se informó don Camilo.

—¡Arrégleselas! ¿Qué le han enseñado en el seminario, sólo a hacer la propaganda de América? Luego veremos qué pasa. Si lo dejan estar, bien; ¡si no lo dejan, se les envía un *ultimatum*! ¡O renuncian o será lo que quiera el pueblo!

—Lo que Dios quiera, en todo caso —corrigió don Camilo.

—Ya hemos dicho que en esto no tiene que intervenir la política —afirmó Peppone—. En todo caso, del *ultimátum* ya me encargaré yo.

Don Camilo se pasó media noche montando el manifiesto con la explicación de las razones y etcétera, por lo que sería oportuno que Fontanile renunciara a constituirse como municipio. Y lo difícil consistió en hacerlo de manera que no molestara a nadie, nadando entre aguas.

Después, el manifiesto fue impreso y una brigada de jóvenes, guiada por *el Largo*, lo fue a pegar de noche a Fontanile.

A mediodía Peppone recibió en el ayuntamiento una cajita. Al abrirla, Peppone se encontró con un envoltorio. Se trataba de uno de los manifiestos pegados por la noche. Y dentro del manifiesto había una cosa fea.

Peppone lo volvió a envolver y se fue corriendo a la rectoría. Puso el envoltorio sobre la mesa, ante don Camilo, y lo desenvolvió con cuidado.

—Mire —manifestó—: ésta es la respuesta de Fontanile.

—Está bien —asintió don Camilo—. Me lo envían a mí porque he sido yo quien ha escrito el manifiesto. Déjalo aquí y no te preocupes.

Pero Peppone meneó la cabeza.

Volvió a hacer cuidadosamente el paquete y se fue en silencio.

Cuando llegó a la puerta se volvió.

—Pronto tendrá bastante trabajo, ciudadano cura —dijo Peppone.

Y don Camilo se quedó acobardado, sin saber que decir porque las palabras de Peppone le habían dejado helado.

—Jesús —le dijo al Cristo del altar—, ¿no bastaba la guerra, no bastaba la política para llenar de odio el corazón de esa gente?

—Siempre queda sitio para un nuevo odio en el corazón del hombre —suspiró el Cristo.

Crónica menuda

Cuando sacaron de debajo del suelo de la famosa habitación al *podestà*[3] y a la señora Mimi para llevarlos al cementerio, se aclaró también la historia de la vieja Matilde, la criada de los Torconi, de la que no se había sabido nada más.

En realidad, el cadáver de la vieja Matilde estaba debajo de los de sus amos. Los Biolchi también la habían liquidado para zanjar completamente el asunto, haciendo desaparecer el único testigo de la hazaña.

Pero ahí intervino Peppone diciendo abierta y claramente que si los Torconi le correspondían a don Camilo, que se los quedara si quería, pero que la Matilde pertenecía al pueblo porque era una hija del pueblo, víctima del egoísmo de los amos.

Don Camilo se encogió de hombros.

—No lo veo así —respondió—. Sí que Matilde era una hija del pueblo, una trabajadora, pero ha sido víctima del aparcero Biolchi, trabajador hijo del pueblo. Es él quien la ha matado.

—Si hubiera justicia social —rebatió Peppone—, Matilde no hubiera tenido que hacer de criada a los Torconi, y Biolchi no la habría matado. Por tanto, el funeral de Matilde lo hará el pueblo.

—El funeral lo haré yo junto con el de los Torconi, porque se trata de tres cristianos que han vivido como cristianos y que tienen el derecho de ser enterrados como cristianos. A ti te corresponden los otros dos, que han vivido como bestias y que han muerto como bestias. Quédate con los Biolchi. Ya que los han matado los carabineros, te pueden servir para dar un buen golpe contra el gobierno y la policía.

Peppone miró sombrío a don Camilo.

—Haría a gusto su funeral —dijo— y lo haría con toda la banda.

—Gracias: la música no me gusta.

Discutieron durante rato. Peppone se habría conformado con hacer seguir el carro de Matilde por una representación abanderada, pero don Camilo no cedió ni un ápice, y entonces Peppone se marchó gritando que la cosa no acabaría así.

Aquella noche hubo una reunión importantísima en la casa del Pueblo, y al día siguiente don Camilo, al acabar la función fúnebre, cuando salió de la iglesia para acompañar el funeral, se encontró delante, perfectamente formados y bajo el mando del *Flaco*, a cincuenta caras prohibidas de la banda de Peppone. No llevaban banderas, no llevaban pañuelos, ni llevaban la insignia en el ojal.

—Si luego, durante el camino, resulta que sacáis pañuelos rojos o banderas o pancartas, va a pasar algo gordo —le dijo don Camilo a Peppone.

—¿Están bien tal como están? —preguntó brusco Peppone—. ¿Tal como están pueden seguir el carro de Matilde o tienen que ponerse una cara aprobada por el Vaticano?

—Así están bien —contestó don Camilo.

Se formó el cortejo y detrás del carro que llevaba a Matilde se pusieron los cincuenta de Peppone. El cortejo comenzó a moverse y los cincuenta se sacaron la gorra.

Había sido un duro trabajo para los barberos del partido, pero ahora ofrecía un aspecto verdaderamente interesante. Primero se había pelado a los cincuenta, dejándoles el pelo muy corto y luego con un habilidoso y paciente trabajo de tijeras se había hecho en el coco de cada uno —cortando los cabellos hasta la raíz— un surco en forma de hoz y de martillo. Parecía que cada uno tuviera en la cabeza un pequeño arriate de jardín; al principio la gente no se dio cuenta, pero luego se armó todo un jaleo.

Don Camilo paró todo el cortejo y se acercó a la banda.

—¡Sólo gente que en lugar de cerebro tenga serrín y en lugar de conciencia tenga estiércol puede llegar a transformar un funeral en una sucia carnavalada! —gritó don Camilo.

Los cincuenta eran duros y decididos; pero cuando don Camilo puso en su lugar a cuatro, con tortas de una tonelada cada una, la gente se envalentonó y se armó un barullo extraordinario.

Pero también eso estaba previsto: la casa del Pueblo estaba a rebosar de gente que esperaba y que cayó como un rayo en medio de la pelea. Empezaron a volar los primeros palos. Los rojos pegaban como condenados y además tenían la organización táctica que los ayudaba: los rojos estaban ya tomando la delantera cuando la divina Providencia hizo caer entre las manos de don Camilo un pesado banco de taberna.

Con un banco de roble en las manos, don Camilo ya no era un hombre, era la invasión de los visigodos. Con aquel ondear del banco, la organización táctica de los rojos se fue a paseo y llegó un momento en que don Camilo se

encontró dando vueltas al banco en el vacío: toda la gente se había retirado a los bordes de la plaza.

De repente se había hecho un gran silencio, lo que extrañó a don Camilo, que se quedó perplejo; aunque en seguida tuvo la explicación: con un banco de roble en las manos, Peppone estaba avanzando lentamente hacia él.

Un duelo a golpes de bancos de roble entre dos colosos como Peppone y don Camilo era un espectáculo que hacía temblar de emoción, y la gente esperaba silenciosa, conteniendo la respiración.

Los dos colosos se miraron, pero ninguno de los dos se decidía a ser el primero en levantar el banco. Resultó que los levantaron al mismo tiempo. Los bancos voltearon en el aire, después chocaron estrepitosamente el uno contra el otro.

Don Camilo y Peppone eran dos buenos bancos —en el sentido con que se suele decir «dos buenas espadas»—, pelearon durante un rato bravamente sin conseguir llegar a golpearse. De repente, Peppone sacudió un golpe en a cabeza de don Camilo. Éste paró el golpe, que fue tan fuerte que hizo que el banco de Peppone se partiera en dos.

La gente, amedrentada, lanzó un grito, y entonces es cuando pasó todo lo demás.

Los cocheros de los tres carros fúnebres habían bajado de los mismos y se habían puesto en primera fila, fascinados por el espectáculo; el grito de la muchedumbre espantó a los dos caballos del primer carro, que se encabritaron y pusieron en alarma a los caballos de los dos otros carros. El segundo grito, el de la gente asustada al ver cómo se encabritaban los dos caballos, provocó todo lo demás: los animales partieron como rayos. La muchedumbre les abrió paso aterrorizada y los tres carros salieron disparados, pasando entre don Camilo y Peppone, que apenas tuvieron tiempo de hacerse a un lado.

Don Camilo tiró su banco.

—Los muertos se avergüenzan de asistir al indigno espectáculo que dan los vivos —dijo. Y también Peppone tiró su trozo de banco.

Los caballos desbocados se habían lanzado por el camino de Borghetto, hacia el campo abierto. Los tres carros iban dando tumbos terriblemente. La gente se precipitó a seguir a los muertos.

Al llegar la noche, los caballos aún galopaban por los caminos, por encima de los terraplenes.

Cuando los pararon y los volvieron a llevar al pueblo era ya tan oscuro como boca de lobo.

Entonces todos sacaron antorchas, lámparas, cirios, y aquello resultó el más formidable de los funerales que jamás se había visto.

Estaba también la banda de Peppone, pero todos llevaban puesta la gorra y se habían dividido en tres equipos: uno iba detrás de la vieja Matilde, otro detrás del carro de la señora Mimi y el tercero tras el del *podestà*.

En realidad fue algo extraordinario y don Camilo no cabía en sí de satisfacción.

—En la vida no hay que tomárselo todo a lo trágico —le dijo Peppone a la salida del cementerio—. Razonando siempre se consigue llegar a ponerse de acuerdo.

—Claro —contestó don Camilo con convicción—. ¿Para qué nos ha dado Dios el cerebro? Para razonar.

Pasó un tiempo y después sucedió otro hecho que demostró que el razonamiento es la base de todo, y especialmente del vivir en paz.

Pero para esto es necesario el mapa topográfico porque, si no, no se puede entender nada.

El gran río discurre por su cuenta y en paz, y, como es natural, de cada una de las dos orillas desembocan en él riachuelos y torrentes. El Tincone es uno de los ríos pequeños que desembocan en el grande, y el camino del Molinito, que une la aldea de la Pieve con la de La Rocca y que discurre paralelamente al río grande, en un momento determinado pasa sobre el Tincone. Y allí tiene su puente correspondiente, un puente que es bastante largo, porque el Tincone es ancho en aquella parte, al estar sólo a los o tres kilómetros de su desembocadura en el gran río. La Pieve y La Rocca están respectivamente a una distancia de cinco kilómetros del puente sobre el Tincone, siendo el Tincone el que divide el territorio de las dos aldeas.

Ésta es toda la geografía de la historia; y la base del hecho consiste en la instrucción pública.

La escuela que servía para las dos aldeas estaba enclavada en La Rocca, y eso constituía una gran molestia para La Pieve, ya que todos los santísimos días los desgraciados de sus chicos tenían que tragarse diez kilómetros, que incluso en la llanura no dejan de ser diez mil metros, y hasta más, porque los chicos tienen la manía de los atajos, y así como el camino del Molinito era perfectamente recto, cualquier atajo resultaba siempre más largo que la carretera.

Por eso, un día los de La Pieve enviaron una comisión de mujeres al ayuntamiento para decirle claramente al alcalde Peppone que si no se hacía

también una escuela en La Pieve, dejarían de mandar a sus chicos a la escuela.

El ayuntamiento estaba mal de fondos; hacer una escuela nueva en La Pieve significaba doblar exactamente los gastos y, por eso, después de haber hecho unos esfuerzos leoninos para construir la escuela, Peppone decidió sacar la escuela de La Rocca y hacer la nueva en el puente del Molinito; o sea, a mitad de camino entre ambas aldeas.

Y ahí surgió el problema.

—Sí —dijeron los de La Rocca—; de acuerdo con la escuela en el Molinito, pero del lado nuestro.

—Sí —dijeron los de La Pieve—; de acuerdo con la escuela en el puente del Molinito, pero del lado nuestro.

En realidad, para decir la verdad, no tenían razón ninguno de ellos (que venía a ser lo mismo que la tuvieran los dos), porque la verdadera mitad del camino entre La Pieve y La Rocca no caía en una orilla u en otra del Tincone, sino justo en medio del puente sobre el río.

—¡No querréis que hagamos una escuela en medio del puente! —gritó Peppone, tras haber largamente discutido con las comisiones de las dos aldeas.

—Usted es el alcalde —le contestaron—. Es usted quien tiene que encontrar el sistema de hacer las cosas imparciales.

—Para hacer las cosas imparciales tendría que llevaros a todos a la mitad del puente del Molinito, ataros una piedra al cuello y echaros luego al río —voceó Peppone.

Y en el fondo tampoco él dejaba de tener razón.

—Aquí no se trata de una cuestión de cien metros más o cien metros menos —le explicaron—. Es una cuestión de justicia social. —Y así le cerraron el pico, porque cuando oía hablar de justicia social, Peppone se ponía alerta como ante el milagro de la creación del universo.

Mientras tanto comenzó la consabida historia.

Algunos rapaces de La Rocca fueron de noche al Molinito, hicieron una gran marca con pintura roja en medio del camino, en el centro del puente, y dijeron que los de La Pieve harían bien en no sobrepasar nunca aquella marca a causa del ambiente caldeado que encontrarían del otro lado.

La noche siguiente, unos rapaces de La Pieve marcaron con pintura verde una raya verde paralela a la roja y explicaron que los de La Rocca harían muy bien en no sobrepasarla.

La tercera noche, los dos grupos de rapaces se encontraron frente a frente en medio del puente del Molinito. Uno de los de La Rocca escupió más allá de la raya verde, y uno de los de La Pieve escupió más allá de la raya roja. Al cabo de quince minutos, tres de los muchachos estaban en el río, y cinco tenían la cabeza abierta. Lo malo era que de los tres que habían ido a parar al río, dos eran de La Pieve y uno de La Rocca, y por eso, para estar igualados, había que echar al Tincone a otro de La Rocca; mientras que de los cinco descalabrados, tres eran de La Rocca y dos de La Pieve, así que era necesario descalabrar a uno de La Pieve. Y esto siempre por justicia social.

Las cabezas rotas y la gente tirada al río aumentaron de día en día, y además de los rapaces intervinieron los jóvenes y los nombres maduros.

Y un día *el Flaco*, que siempre merodeaba cerca del puente como observador, llegó corriendo para dar a Peppone el anuncio de la catástrofe:

—Una mujer de La Pieve y una mujer de La Rocca se han pegado en el Molinito.

Cuando en estos asuntos intervienen las mujeres, ya está armada: son ellas las que acaban por poner en manos de los maridos, de los hermanos, de los novios y hasta de los hijos o de los padres, la escopeta. Las mujeres son la peste de la política y, desgraciadamente, en el mundo, el 95 por ciento de las cosas son política.

Empezaron a volar las primeras cuchilladas y los primeros disparos.

—Hay que decidirse rápido —dijo Peppone—: si no, en lugar de una escuela, tendremos que hacer un nuevo cementerio.

Dejando aparte el hecho de que se aprende mucho más a vivir estando enterrado en un cementerio que sentado en una escuela, la cosa era grave, y esta vez Peppone estuvo verdaderamente acertado.

En el río grande había, de toda la vida, dos molinos flotantes que estaban atracados, de esos que están compuestos por dos barcazas unidas por una caseta de madera, a caballo entre las dos barcazas. Peppone hizo remolcar los dos molinos hasta debajo de la arcada central del puente del Molinito, los amarró con gruesas cadenas a los pilastres del puente y, de las dos casetas hizo un barracón único.

Una pasarela unía las barcazas a la orilla de La Pieve y otra pasarela a la orilla de La Rocca.

Y así, un buen día, se inauguró solemnemente la escuela flotante.

Y para decir verdad, muchísima gente (y no hablemos de los periodistas que cayeron como buitres en el Molinito) se desplazaba desde la ciudad para ir a ver la escuela flotante.

El único inconveniente fue que Beletti, el famoso que repetía desde hacía seis años el tercer curso, un día se hartó y tiró al río al maestro Torrini.

Aunque el alcalde Peppone ni se inmutó cuando se lo explicaron.

—Italia es un país mediterráneo —contestó—. Lo importante es saber nadar.

Y justamente a raíz de ello, a Peppone se le ocurrió tomar la iniciativa de proponer la creación de una *escuela núbil* en el sentido de una *escuela de natación*[4].

Aunque seguía siendo el mismo Peppone de siempre, que llamaba a la publicación *La campana polar*, *La campana padana*[5], y por eso nadie le dio importancia.

«El Crik»

La poca nieve que había caído el día anterior se había medio derretido y las carreteras parecían caminos de carro.

Era un mal asunto tener que ir en bicicleta sorteando charcos y roderas. Don Camilo, que desde hacía rato navegaba por aquella especie de torrente de barro en que se había convertido la carretera del Molinito, sudaba como un condenado.

De repente oyó detrás suyo el ruido de un claxon y pedaleó más fuerte porque, a unos quince metros, justo sobre la cuneta de la derecha, había un puentecillo.

Alcanzado el puentecillo, don Camilo se salió de la carretera y se paró a esperar que el ciclón anunciado por el claxon pasara.

Delante de donde estaba el puentecillo, la carretera estaba casi completamente seca. Casi completamente porque justo en medio de la carretera había un charco de agua; pero esto no preocupó a don Camilo, porque si el vehículo pasaba por el centro de la carretera, el charco quedaría entre las ruedas de la derecha y de la izquierda. Y si, por el contrario, el vehículo circulaba por su derecha, sólo pasarían por el charco las ruedas de la izquierda.

El vehículo estaba ya a pocos metros, y don Camilo constató con agrado que se trataba de un gran camión: la anchura del artefacto hacía que fuera imposible incluso el salpicón a la izquierda.

Pero desafortunadamente no se trataba de un camión cualquiera: cuando don Camilo se dio cuenta ya era demasiado tarde. Porque cuando el camión llegó a pocos metros del puentecillo, se lanzó totalmente a la izquierda para pasar con las ruedas de la derecha por el charco que había en el centro de la carretera.

Al condenado que iba al volante no le importaba ni lo más mínimo el peligro de acabar con las ruedas de la izquierda en la cuneta; lo único que le importaba era que el fango del charco salpicara a derecha.

Don Camilo se encontró cubierto de barro de arriba abajo, como si lo hubieran pintado con un pincel, y *el Leopardo*, de nuevo en la calzada, se alejó tambaleándose.

El Leopardo era el camión más destartalado del mundo y la gente lo había bautizado con el nombre del *Leopardo* por los centenares de remiendos y trozos de chapa oscura y oxidada que salpicaban la carrocería de color paja.

Nadie podía comprender cómo podía funcionar *el Leopardo* porque no tenía ni una pieza que no estuviera cascada; y sin embargo, no paraba de andar desde la mañana hasta la noche. Cargado de arena o grava que iba a buscar al río o de sacos de cemento, o de ladrillos.

La verdad es que los que conocían bien al *Crik* conseguían explicarse el fenómeno del *Leopardo*. En realidad, el camión y el conductor eran una sola cosa y no era posible establecer con exactitud si *el Leopardo* era un accesorio del *Crik* o si *el Crik* era un accesorio del *Leopardo*.

Al principio, *el Crik* debía de haber sido un buen mozo; pero desde que había encontrado ese infernal armatoste de camión, *el Crik* se había transformado poco a poco en algo tan destartalado y remendado como *el Leopardo*.

Se había puesto de parte de Peppone, pero antes de hacerse el carnet había aclarado:

—Cuando sea el momento de hacer la revolución, llamadme. Mientras tanto dejadme tranquilo, porque yo tengo que trabajar.

Vivía solo; dormía en la casa que le había dejado su familia y comía por ahí.

El trabajo no le dejaba tiempo de hacerse amigos ni enemigos; y el hecho de comportarse como una carroña cuando conducía no era debido a rencores o maldad, sino que lo hacía con la sincera convicción de que se trataba de uno de los deberes impuestos por el oficio de carretero motorizado.

Y cuando, por ejemplo, había conseguido arriesgando el pellejo, embadurnar de fango a don Camilo, no se había alegrado, sino que había murmurado entre sí, lleno de mal humor: «¡Menudos peligros que hay que correr para trabajar en este sucio oficio!».

Naturalmente, a pesar de conocer al *Crik*, don Camilo no podía comprender estos matices psicológicos y, al encontrarse enfangado de pies a cabeza, clasificó al *Crik* entre los entes dignos de ser agarrados por la ropa y estrellados contra la pared.

Y volvió a la rectoría animado por la no loable, aunque firme convicción, de apostarse en las cercanías de la casa del *Crik* para darle su merecido. Y

estuvo rondando un buen rato por los parajes de la vivienda del *Crik*, pero afortunadamente el *Leopardo,* aquella noche, no regresó a la base.

Afortunadamente, hasta cierto punto.

Después de haber salpicado a don Camilo, *el Crik* volvió a su carril correspondiente y prosiguió tranquilamente su camino. Iba a cargar grava, y en esos casos *el Crik* no se servía de los depósitos ya preparados, que estaban sólo un poco más abajo del dique del gran río, donde se podían conseguir arena o cantos a tanto el metro cúbico, sino que iba con el camión hasta el guijarral del Stivone y sacaba él mismo el material a paladas.

Cuando estaba a una milla del Stivone se formó un banco de niebla. *El Crik* conocía perfectamente el camino y encontró igualmente la bajada al dique, pero al llegar al final de la bajada cortó demasiado a la derecha y fue a parar dentro del pantano.

Al ver que blasfemando no conseguía sacar del paso al *Leopardo, el Crik* se apeó y se puso a consolidar con piedras y maleza el fango detrás de las ruedas del camión.

Se volvió a montar e hizo marcha atrás.

De los neumáticos salía humo al girar en el vacío en el pantano, pero *el Crik* quería salir a toda costa de allí y siguió durante un rato con el único resultado de embarrancarse cada vez más.

Puso entonces la primera velocidad, intentando tirar hacia adelante. Volvió a probar con la marcha atrás. Y así sucesivamente.

Se llenó de rabia y, gritando como un loco furioso, insistió en sus insensatas maniobras; finalmente las ruedas se agarraron al suelo, pero al cabo de un minuto al *Leopardo* se le quebraba su viejo corazón.

El camión estaba metido en el fango hasta la cabina y el motor estaba bloqueado. *El Crik*, roto por el cansancio, se aplacó: sacó de debajo del asiento la botella de *grappa*[6] y se puso a beber a morro. Luego se arrellanó desmadejado y cayó en un sueño de plomo, y así pasó la noche dentro de la cabina.

Se despertó pronto por la mañana y, bajándose del camión, se fue corriendo hasta un caserío donde encontró a alguien que le prestó una bicicleta. Pedaleó desesperadamente y no se sabe cómo llegó hasta el pueblo y fue al taller de Peppone.

—Ven a ver el camión —le dijo a Peppone—. Coge las herramientas; hay algo que no funciona.

El Crik estaba tan excitado que Peppone no se atrevió ni a abrir la boca; se montó en la moto y *el Crik* se acomodó en el sidecar, junto con la bicicleta.

Una vez llegados al maldito pantano, Peppone se miró al *Leopardo* hundido en el fango y murmuró:

—¡Hace falta un Caterpillar para sacarlo!

—Arréglame el motor y ya lo sacaré yo sin Caterpillar —contestó *el Crik* —. No es la primera vez que me embarranco.

La visita que Peppone le hizo al *Leopardo* fue larga y minuciosa. Al acabar atornilló lo que había destornillado, cerró lo que había abierto y volvió a colocar las herramientas en el sidecar.

—*Crik* —se explicó—, lo único que se puede hacer es dejarlo ahí hasta este verano. Quizá entonces lo podrás sacar y venderlo como chatarra.

—¡Jefe! —contestó sombrío *el Crik*—. No tengo ganas de bromas.

—Tampoco yo —afirmó Peppone—. Por lo poco que he podido ver he encontrado el motor con las bielas rotas, el embrague quemado, el diferencial deshecho, la bomba del aceite rota, el cambio hecho polvo. Ya no queda nada que pueda funcionar.

El Crik se puso a gritar:

—¡Pero si es imposible que de una sola vez me haya cargado todo eso!

—No te lo has cargado de una sola vez; todo ello estaba a punto de romperse y se ha roto. Como cuando una pared se derrumba: si no la tocas dura aún unos diez o veinte años más, pero sólo con que le saques un único ladrillo de abajo, todo se va a pique. Lo mismo que la gente que está bien hasta que no coge un resfriado y se muere porque le salen ocho o diez enfermedades de repente.

El Crik miró el camión y después dijo:

—¡Lo tengo que reparar cueste lo que cueste! ¡Todo se puede arreglar!

Claro —replicó Peppone—. Pero aunque encuentres a alguien que te quiera hacer el trabajo por amistad, como mínimo te harán falta doscientos billetes de mil. Y eso cambiando sólo lo que está roto y dejando todo lo demás que está a punto de romperse.

Decir doscientas mil o decir dos millones, para *el Crik*, que estaba pelado, era lo mismo.

Peppone se volvió a montar en la moto y regresó al pueblo; *el Crik* se fue a devolver la bicicleta al que se la había prestado y luego volvió a echar una ojeada al *Leopardo*.

El Crik sabía que Peppone le había dicho la pura y descamada verdad: todo se había acabado.

¿Venderse la casa?

Menudo negocio: como si para reparar el zapato derecho roto uno se vende el zapato izquierdo bueno.

Se dirigió lentamente hacia el pueblo, aunque no anduvo mucho porque de repente pensó: «¿Y qué voy a hacer en el pueblo?».

«¿Otro oficio?».

«Mi oficio es éste».

Volvió sobre sus pasos y cuando estaba a punto de tomar la bajada que llevaba al pantano, sonó el mediodía. Entonces se acercó al caserío más cercano, compró vino, pan, un trozo de queso gorgonzola, cinco cigarrillos nacionales y volvió al pantano.

Comió dentro de la cabina del camión. Le sobró un poco de pan, algo de queso y media botella de vino.

«Tendré también para esta noche», pensó, tumbándose en el asiento.

Al cabo de una semana corrió la voz por el pueblo: *el Crik* se había vuelto loco. Se pasaba el tiempo durmiendo dentro de la cabina del *Leopardo* o rondando alrededor del camión.

Un día Peppone cogió la moto y se fue con *el Flaco* a ver al *Crik*.

El Crik estaba dentro de la cabina y, cuando Peppone lo llamó, asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Ha llegado la revolución? —le preguntó a Peppone.

—No —respondió Peppone.

—Entonces déjame tranquilo. Estoy ocupado.

No era oportuno insistir, y Peppone y *el Flaco* se fueron.

A continuación se interesaron por el caso los *carabinieri*, que una buena mañana se presentaron en el pantano y se encontraron al *Crik* trabajando alrededor del motor del camión.

El comandante de puesto se lo quedó mirando y después le dijo amablemente:

—En confianza, ¿por qué no se vuelve a su casa?

—Volveré cuando haya conseguido reparar el camión —contestó *el Crik* — Si tuviera las doscientas mil liras necesarias para hacerlo arreglar, volvería en seguida. Pero como no las tengo, me las tengo que apañar yo sólo. Y me quedo por la noche para que no me roben las piezas.

El comandante de puesto se encogió de hombros y se fue.

El Crik no molestaba a nadie, no pedía nada a nadie. Lo dejaron en paz. Y así pasó un mes, hasta que una mañana *el Crik* oyó llamar a la puerta de la

cabina y, al asomarse, vio que allí estaba don Camilo, todo negro en medio de la nieve que había caído durante la noche.

—¿Ha llegado el juicio universal? —preguntó *el Crik*.

—Desafortunadamente aún no —murmuró don Camilo.

—Entonces déjeme en paz: estoy ocupado.

El Crik metió dentro la cabeza y cerró la ventanilla, pero don Camilo volvió a llamar.

—Padre —exclamó *el Crik*—, ¿aún está molesto conmigo porque le remojé en la carretera del Molinito? ¿Es que no está bastante contento al ver que ya no puedo salpicar a nadie?

—*Crik* —dijo gravemente don Camilo—, ¿por qué sigues aquí?

—Ya se lo he explicado al comandante de puesto.

—Yo no soy el comandante de puesto —afirmó don Camilo.

—Más o menos —se rió *el Crik*—. Es un *carabinieri* del papa.

—*Crik*, deja en paz al papa, que no tiene nada que ver. En el pueblo dicen que te has vuelto loco, pero yo no me lo creo. Es imposible que se le haya chiflado el cerebro a alguien como tú, que nunca has tenido cerebro.

—Padre —dijo *el Crik*—, usted se aprovecha y se viene a burlar porque sabe que estoy en un momento bajo…

—*Crik*, ¿cómo vives? ¿Quién te da de comer?

—No lo sé, padre; de vez en cuando alguien me trae algo. Aunque seguramente es una excusa para verme.

Don Camilo meneó la cabeza.

No entiendo qué haces aquí. No consigo comprenderlo. Quizá porque no hay ninguna razón en todo ello y porque estás verdaderamente desequilibrado.

—Hay una razón —afirmó *el Crik*—. Estoy aquí esperando.

—¿Esperando qué? —gritó don Camilo—. ¿Que baje el maná del cielo? ¿Que Nuestro Señor te envíe un Caterpillar y todo un equipo de mecánicos especializados?

El Crik se encogió de hombros:

—Yo espero.

—¡Empieza por ayudarte tú mismo para que te ayuden! —exclamó don Camilo—. ¡Hay que empezar a hacer algo si se quiere obtener algo!

—Uno puede hacer algo y ayudarse hasta cierto límite. Después llega la noche y deja de haber luz y entonces a uno no le queda más que esperar que se haga de día. También volverá a hacerse de día para mí.

—Sí que volverá; pero sólo si abres los ojos. Si los tienes cerrados, seguirá siendo siempre de noche para ti. Muévete, vuelve a casa, trabaja, y así

conseguirás encontrar tu camino.

—¡Yo no he perdido mi camino! Mi camino es éste. ¡Ahora el camión se ha parado, pero un día volverá a ponerse en marcha! Yo me quedo aquí, en mi camión.

El Crik metió definitivamente dentro la cabeza y cerró la ventanilla. Entonces don Camilo se sacó de debajo del tabardo una cesta llena de comida, la puso encima del capó del *Leopardo* y se alejó.

—Jesús —le dijo don Camilo al Cristo, cuando estuvo de regreso—. *El Crik* está loco.

—No está nunca loco aquel que tiene fe en la divina Providencia —contestó el Cristo.

—*El Crik* es un desgraciado que no cree ni en Dios ni en la divina Providencia —objetó don Camilo—. Sólo cree en su camión.

El Cristo sonrió:

—Ya es algo, don Camilo. Porque aquel camión es su vida y al tener fe en él, *el Crik* tiene fe en la vida y en Dios.

No hacía ni una hora que se había alejado don Camilo cuando *el Crik* oyó como alguien rondaba alrededor del camión y, al asomarse, vio a una muchacha que al sentirse descubierta hizo como si se escapaba.

—¡Adelante, adelante! —dijo riendo *el Crik*—. Venga tranquila a ver el fenómeno; no hay que pagar.

La chica se detuvo.

—Si se queda dentro, bueno; pero si sale, me escaparé y no me volverá a ver.

—Claro que me quedaré dentro —murmuró *el Crik*—. ¿Para qué voy a salir?

La muchacha se aproximó y se sentó encima de una piedra para mirar con curiosidad al *Crik*.

—¿Le gusta mi apariencia? —preguntó irónico *el Crik*.

—No lo sé —respondió la chica—; tiene toda la cara cubierta de barba.

Esta observación asombró profundamente al *Crik*, quien, sacando del cajón del salpicadero el trozo de espejo que siempre llevaba para orientarse cuando tenía que sacarse las porquerías que le entraban en los ojos durante el trabajo, se miró en él.

Daba verdaderamente asco: a sus veintiséis años parecía un viejo pordiosero.

Miró de reojo a la muchacha: no debía de tener más de veintitrés o veinticuatro años y, así, vista entre dos luces parecía más bien una buena

moza.

El Crik se avergonzó de estar tan sucio y retiró la cabeza de la ventanilla.

—Se ha acabado el espectáculo —anunció—. Mañana a las cuatro, el loco en segunda sesión.

La muchacha se levantó y se fue. *El Crik* no volvió a pensar en ella. Sin embargo, al día siguiente por la mañana sacó del cajón del salpicadero todo lo necesario y se afeitó. Luego se lavó y se peinó.

A las cuatro volvió a aparecer la chica y, cuando vio al *Crik* tan limpio y reluciente, pareció muy satisfecha.

—¿Por qué se hace el loco, si no lo es? —preguntó.

—¡Yo no me hago el loco! —contestó *el Crik*—. Espero.

—¿El qué?

—Es difícil de explicar, y sobre todo a una chica.

—Inténtelo.

Se trataban de usted como suele hacer la vieja gente del campo de la Tierra Baja, y hablaban con gran seriedad.

El Crik intentó explicar toda su historia y, al final, la muchacha meneó la cabeza.

—No he comprendido por qué está esperando —dijo—. Pero lo intentaré.

A las cuatro del día siguiente, la muchacha volvió a presentarse y ofreció al *Crik* un paquete que contenía pan y salchichón.

El Crik enrojeció.

—No, no puedo aceptar nada de una mujer —murmuró.

—Tiene que aceptarlo a la fuerza —explicó con calma la muchacha—. Si no, se morirá de hambre.

El Crik se rebeló: abrió la portezuela y bajó.

—Yo siempre me he ganado el pan con mis manos —gritó—. Nunca he necesitado a nadie ni nunca tendré necesidad, porque yo soy *el Crik y el Crik* es un hombre así.

Allí, en la orilla del río, estaba en terreno seco una gabarra; y una grande y larga tranca de roble impedía que la gabarra se deslizara hacia abajo. *El Crik* agarró el madero con furor, lo clavó cincuenta centímetros por debajo de una de las ruedas posteriores del *Leopardo* y, curvándose hasta poder colocar la extremidad libre del madero encima de su hombro derecho, afianzó los pies sobre el barro que el hielo había vuelto duro como el hierro y empezó a levantarse lentamente.

El Leopardo, soldado a la tierra helada, no se movió, pero el grueso madero, de repente, se partió.

La muchacha no mostró ningún entusiasmo.

—No me gusta la gente tan materialista —observó.

El Crik volvió dentro de su cabina y entonces la chica se sentó en la piedra de siempre.

¿Cuántas veces volvió a sentarse la muchacha en aquella piedra? ¿Cuántas veces intentó la chica hacer cambiar de idea al *Crik*?

Y así una tarde, después de haberle repetido las palabras de siempre, la chica se levantó y dijo:

—Yo no voy a volver más: ya le he dicho donde vivo. Si me quiere ver, venga usted.

La primavera ya estaba llegando y la tierra helada se volvía pantano blando bajo las ruedas del *Leopardo*.

Y la nieve de las montañas se estaba derritiendo y las lluvias arreciaban en la llanura y en el monte. El río grande se había llenado horriblemente y todos los ríos pequeños que desembocaban en él cada vez se llenaban más de agua por la crecida del gran río.

También el Stivone había aumentado su nivel y el agua no tardó en llegar a las ruedas del *Leopardo*.

El Crik esperó unas dos o tres tardes que la muchacha volviera, pero ella no volvió, y el agua cubrió la piedra en la que se solía sentar.

«Ya sabe donde estoy: si quiere algo de mí, venga usted a verme». *El Crik* hubiera ido a buscar a la chica, sí, pero no a pie. Iría al volante de su *Leopardo*. Esperó tranquilamente porque presentía que el *Leopardo* se iba a mover, que iba a reemprender su camino.

El agua subía en los diques y la gente estaba preocupada y todos se habían olvidado del *Crik*; la única que no le había olvidado era la muchacha y le esperaba: porque estaba segura de que *el Crik* iría.

Y precisamente *el Crik* se dejó ver la noche en que el río llegó al nivel más alto: eran casi las once y llovía a cántaros.

La chica, que estaba en su habitación, en el primer piso, junto al muro de contención, oyó de repente sonar un claxon, y al asomarse a la ventana que se abría casi a la altura del dique vio al *Leopardo* parado delante de la ventana, en el camino del dique.

El Crik estaba al volante; se dejó ver sonriente por la ventanilla y saludó con el brazo. Después puso una marcha y partió a toda carrera.

La chica volvió a oír sonar el claxon en lontananza.

Muchos vieron al *Crik* y al *Leopardo* aquella noche. Y muchos oyeron el ruido del claxon.

Cuando bajó el nivel, al cabo de un par de días, don Camilo, metiéndose en el agua hasta el estómago, fue el primero en llegar hasta el *Leopardo*, que aún estaba más hundido que antes y que tenía agua hasta el asiento de la cabina.

Don Camilo abrió la portezuela de la cabina y *el Crik* estaba sentado al volante: orgulloso y sonriente como si estuviera vivo.

Pasó mucho tiempo y, una tarde de lluvia, don Camilo se encontró nuevamente en la carretera fangosa del Molinito y, al oír un sonido de claxon, volvió a pedalear más afanosamente para refugiarse en el puentecillo.

Y *el Leopardo*, al cabo de un poco, pasó zumbando, pero no le salpicó de barro, porque *el Crik* no hizo la marranada de lanzarse hacia la izquierda para pasar con las ruedas de la derecha sobre el charco.

El Crik pasó manteniendo correctamente su carril y don Camilo suspiró:

—Cuánto tiempo has necesitado, hijo, para aprender la buena crianza. ¡Que Dios se apiade de ti y de tu camión!

No tenéis que preocuparos si, alguna noche, a lo largo de las solitarias carreteras que corren a lo largo de los diques de la Tierra Baja os cruzáis con *el Leopardo*: es *el Crik*, que va a fardar debajo de las ventanas de su chica.

Ceratom

Un destartalado coche *topolino* se paró delante de la iglesia y de él bajó un hombre delgado con una gran cartera de piel.

Al llegar a la puerta de la iglesia, la entreabrió, metió la cabeza dentro, después hizo rápidamente marcha atrás y se dirigió decidido a la rectoría.

Don Camilo estaba gozando del calorcillo del fuego de la chimenea en el cuarto de estar y, al oír llamar, gritó «Adelante» con un tono de voz que parecía una amenaza a mano armada. Pero luego, cuando vio aparecer a aquel hombrecillo encogido, se aplacó:

—Sólo le voy a entretener el tiempo de entregarle un pliego y en seguida dejaré de molestarle —explicó tristemente el forastero, hurgando dentro de la cartera que había apoyado encima de la mesa.

El pliego contenía un folleto de propaganda contra los rojos.

—Lo envía el comité —comentó el forastero.

—Siéntese —exclamó totalmente resignado don Camilo.

—¡Se está mejor aquí dentro que en mi cucaracha! —suspiró el forastero, sentándose delante del fuego—. Aunque cada uno tiene que apechugar con su oficio.

Don Camilo se levantó para dejar el folleto y destapar una botella de vino.

—¿Es usted del comité? —se informó don Camilo.

—No —respondió el forastero—. Soy amigo de los del comité y me presto a hacerlo con mucho gusto. Tanto si se es o no del comité, la batalla es la misma para todos los hombres de bien. Como igualmente tengo que trabajar la zona, pueblo por pueblo, el tener que llevar algún pliego no me crea ninguna molestia. Así se ahorran los gastos de correo y, sobre todo, así están seguros de que no se pierde el material.

El forastero soltó una carcajada. Se bebió un buen trago de vino.

—Esto me animará —exclamó—. Buena falta me hace.

Don Camilo se volvió a sentar.

—¿Puedo preguntarle cuál es concretamente su oficio? —se informó.

—¡No me haga decírselo, padre! —dijo el forastero—. Es el oficio más desgraciado del mundo. Pero cuando un hombre tiene que mantener a una familia no puede hacerse el remilgado.

Don Camilo esperaba.

—Viajo —explicó el hombre melancólicamente—. Intento vender un producto que nadie necesita. Yo he sido el último en llegar y las plazas buenas ya las habían ocupado los demás. ¡Me han tocado los pequeños centros, los pueblos!

—Pero ¿qué vende?

—¡Nada! —respondió sombrío el hombre—. Hago el mismo negocio que alguien que quisiera vender hielo en el Polo Norte o anclas de barcos en las Dolomitas. Dejémoslo estar, padre. Olvidemos por un momento nuestros problemas.

El hombre vació el vaso de un trago y don Camilo se lo volvió a llenar. A don Camilo le empezaba a picar la curiosidad: pero ¿qué porras vendía aquel desgraciado?

El forastero meneó la cabeza.

—Padre —susurró—, ¿sabe qué es el Ceratom? No se rompa la cabeza: ya se lo diré yo. Ceratom significa Cera Atómica. En otras palabras: cera para el suelo.

Bebió un sorbito de vino y continuó:

—¿Comprende? Tengo que vender cera para encerar suelos donde no hay ningún suelo que encerar. Donde sólo hay suelos de ladrillos.

Don Camilo consideró que era su deber corregirle:

—También hay suelos de baldosas y de terrazo aquí. Tanto es así que en la droguería venden cera para el suelo.

El hombre sonrió tristemente:

—Exacto, padre: he visitado las dos droguerías del pueblo y ya estoy enterado de todo. ¡Me han demostrado que en vista del consumo tienen existencias de cera para al menos veinticinco años! Y además el mío es un producto nuevo: estupendo, económico, pero nuevo, y la gente desconfía siempre de las novedades. No puedo trabajar con particulares: intento hacer algo con los ayuntamientos y con las organizaciones que tienen sedes, locales, salas de reunión, teatros, cines. Pero desafortunadamente aquí los ayuntamientos y las organizaciones en general, en un noventa por ciento, están en manos de los rojos. Y antes que llamar a la puerta de esa chusma, prefiero morirme de hambre.

Se bebió otro trago de vino.

—Esto me remonta, padre —exclamó casi alegremente—. ¡Me hace más falta que nunca! Compréndame: ¡circular dentro de aquella cucaracha con este chubasquero encima, hacer kilómetros y kilómetros de asquerosa carretera, en medio de un desierto de nieve para, por la noche, al echar las cuentas, descubrir que he perdido el tiempo y la gasolina!

Hurgó en la cartera y sacó un bloc de pedidos, que abrió y mostró a don Camilo:

—Mire, padre: el trabajo de toda la mañana: «Droguería Piacini de Torricella —Ceratom— una gruesa». ¿Comprende? Después de haber insistido durante dos horas. Se la han quedado para probarla. Más que nada para sacárseme de encima.

Don Camilo controló lo que ponía el bloc y meneó la cabeza.

—¡Sí, no es como para alegrarse!

El hombre tomó otro trago; luego exclamó con vivacidad:

—¡He mentido, padre! En Fiumetto he hecho otro negocio: el párroco es uno de los pocos que tiene baldosas en la iglesia y siempre a título de prueba me ha comprado una caja. Aunque la delgada. Una de estas de dos hectogramos.

El hombre le mostró un tarrito a don Camilo y le explicó:

—¡Tenía dos de muestra y se la he dado yo directamente!

¡Quizá también en parte no tenía el valor de presentar a la empresa un pedido de una cajita de las chicas!

Don Camilo miró con tristeza la cajita y luego preguntó:

—¿La gruesa es muy gruesa?

El hombre sacó de la cartera un bote y se lo mostró a don Camilo:

—Un kilo en total. No es mucho, pero como el artículo está en fase de introducción, en la empresa ya están contentos con que se consiga colocar una caja como prueba. ¡Porque la verdad es que una vez que se ha usado ya no se puede prescindir de ella, seguro! Es una cera verdaderamente extraordinaria.

Don Camilo consideró que había llegado el momento de tomar su decisión.

—Me gustaría probarla —dijo—. Deme a mí también una caja.

El hombre lo miró asombrado:

—¿Una caja? ¿Y para qué la quiere, padre? ¿Para encerar los ladrillos?

—Aquí en casa hay ladrillos, pero en la iglesia el suelo es de baldosas —afirmó con orgullo—. Lo hemos puesto nuevo el año pasado.

El hombre suspiró.

—Padre, usted es una buena persona, y con tal de ayudarme hasta es capaz de decir mentiras. Se lo agradezco: también esto me ayuda a remontarme. Cuando tenga el suelo de baldosas, acuérdese entonces de mí.

Don Camilo se levantó y se dirigió a la puerta: el hombre, una vez acabado a prisa lo que le quedaba de vino en el vaso, cogió la cartera y lo siguió.

Se creía que era una forma rápida de decirle que la audiencia había acabado, y al pasar fuera del umbral se dispuso a despedirse, pero don Camilo lo agarró de un brazo y lo llevó hasta dentro de la iglesia.

—Bien: ¿hay o no hay suelo de baldosas? —preguntó triunfante.

El hombre se agachó y tocó con el dedo las baldosas que estaban mates y opacas.

—Con este mal tiempo la gente trae toneladas de barro. Pero es precioso.

Así se explicó don Camilo y, agachándose, se mojó el índice de la mano derecha con saliva y lo pasó por una baldosa.

—¿Ve cómo brilla? Pero no se puede tenerlo siempre encerado. Se precisarían toneladas.

—¿Toneladas? —se asombró el hombre—. ¿Por qué?

—Porque en cuanto se pasa la bayeta húmeda para quitar todo el barro, se va la cera.

El hombre se rió. Abrió la cartera, sacó el bote grueso, lo destapó y, con un trapo que había sacado también de la cartera, aplicó una fina capa de Ceratom sobre una baldosa. Con otro paño sacó brillo a la baldosa. Luego salió un momentito y volvió con un puñado de nieve.

—Padre —dijo—, ¿quiere mojar la baldosa?

—Don Camilo frotó enérgicamente la nieve sobre la baldosa hasta que toda la nieve se derritió. Después, con un trapo secó la baldosa y ésta quedó brillante.

—El Ceratom —explicó el hombre—, más que una cera, es como un barniz que mantiene el brillo de la baldosa y al ser impermeable evita que el agua entre en contacto con la misma baldosa. El Ceratom es una impalpable capa de cristal sobre el suelo.

Salió, pisó un charco, volvió a entrar, frotó enérgicamente la suela sucia sobre la baldosa *ceratomizada*, transformándola en una gran mancha de barro.

Después, con el trapo, sacó el barro y la baldosa volvió a aparecer en todo su esplendor.

—Basta con pasar el Ceratom una vez cada diez días sobre el suelo —concluyó triunfante el hombre.

Salieron fuera de la puerta de la iglesia:

—Gracias por su hospitalidad, y adiós, padre —dijo el hombre, haciendo ademán de subirse al coche. Pero don Camilo lo volvió a agarrar por el brazo y lo arrastró dentro de la rectoría:

—Las botellas que se empiezan se terminan —explicó—. Botella destapada, botella condenada.

Volvieron a sentarse ante el fuego.

—De verdad que me gustaría probarla —dijo don Camilo—. ¿Cuánto cuesta cada caja?

—Trescientas liras, la pequeña.

—¿Y la grande?

—Cuatrocientas cincuenta. No hay ni comparación, porque la caja viene a costar casi lo mismo en el formato chico como en el grueso. De todos modos, padre, déjelo correr: no quiero pensar que he estado «haciendo el artículo». Quedemos como buenos amigos.

Don Camilo se puso a reír:

—La amistad es una cosa y la cera es otra. Me quedo con dos cajas. No, tres. Tres grandes.

El hombre hizo que no con la cabeza.

—¡O una o nada! Lo que me importa es la amistad. Pruebe el Ceratom y, si quiere, me escribe unas líneas a esta dirección y yo le haré mandar todas las cajas que quiera.

—Una o dos, para mí, es lo mismo —insistió don Camilo.

—No —afirmó el hombre, sacando de la cartera el bloc de pedidos y colocando el papel carbón para la copia—. Usted no es ningún tendero y yo, al tratar con usted, no tengo que pensar en la cantidad, sino apreciar el acto de simpatía en lo que vale. No estropeemos algo tan simpático.

Empezó a rellenar la hoja de pedido, y don Camilo sacó el billetero:

—¿Cuánto le debo?

—Nada: yo no puedo aceptar dinero. Ya pagará usted una vez que haya recibido la mercancía. ¿Una gruesa, pues, padre?

—Una gruesa.

—Ya está «Ceratom —Una gruesa». Verifíquelo y firme. La firma no es para mí, sino para la empresa, naturalmente.

Don Camilo firmó y se quedó la hoja de la copia.

El hombre levantó el vaso.

—Gracias a Dios no todo es infierno en esta jaula de condenados rojos —exclamó—. Y para el que tiene hambre, una miga de pan tiene su valor,

porque aunque no alimente al cuerpo, consigue alimentar la esperanza. La esperanza se contenta con poco: una miga de pan sazonada con la fe en la divina Providencia y adelante. ¡La marcha continua!

Don Camilo acompañó al hombre hasta el coche y se quedó hasta verlo partir.

«¡Podía haber hecho que se quedara a comer!», se dijo, sintiéndolo don Camilo, pensando en la miguita sazonada con la fe en la divina Providencia.

Pasaron quince días, hasta que una tarde el recadero llegó con el camión hasta la rectoría, descargó una enorme caja, hizo firmar un acuse de recibo a don Camilo y se fue.

Don Camilo abrió la caja y dentro encontró ciento cuarenta y cuatro cajas de Ceratom de un kilo cada una.

Estando ya en poder de casi un quintal y medio de cera para el suelo, don Camilo al día siguiente entró en poder también de una carta de la fábrica del Ceratom:

> *Estimada Empresa: Según su pedido número tal, de tal fecha, les hemos enviado franco portes una gruesa de Ceratom al precio convenido de 450 liras por unidad, abonándoles, como atención especial, la cantidad de liras tal del Impuesto General y el embalaje. Contando con que ello sea de su agrado y en espera de sus gratas órdenes, nos complacemos en saludarles muy atentamente.*
>
> *Adjunta incluimos la letra para el pago a treinta días por 64 800 liras (sesenta y cuatro mil ochocientas) salvo error u omisión.*

La verdad es que no había errores: habían simplemente omitido escribir al pie de la carta: «Hemos tomado el pelo a don Camilo, que tan sólo ahora que ha cargado con un quintal y medio de Ceratom, se ha cautamente informado y se ha enterado de que *una gruesa,* término comercial, no significa *una caja gruesa,* sino *doce docenas de cajas gruesas o grandes*».

A don Camilo no se le ocurrió ni por un momento la idea de protestar y de armar todo un follón. Su única preocupación fue la de esconder celosamente cien de las ciento cuarenta y cuatro cajas de Ceratom para que nadie del pueblo pudiera sospechar que don Camilo había sido víctima de una tomadura de pelo de la que se podía burlar todo el municipio durante al menos treinta o cuarenta años.

Don Camilo conocía a su gente. Si van por aquella zona y paran en las inmediaciones de R, seguro que les contarán algo que pasó hace cuarenta años: la historia del herrero que se hizo unas alas de lata y que luego, ayudado por un amigo de confianza, al anochecer, se subió a un álamo y luego se tiró. Fue a parar dentro de un cenagal y se dislocó un brazo. Pero su primera preocupación no fue la de curarse el brazo: lo que hizo fue meterse en el bolsillo la mano que le había quedado sana, sacar un escudo de plata (era mucho dinero hace cuarenta años), y decir al amigo: «¡Por Dios, no se lo digas a nadie!».

El amigo se fue a su casa y no dijo nada. Pasó una noche llena de angustia. A la mañana siguiente, a las cinco, se fue corriendo a ver al herrero y, devolviéndole el escudo de plata, le dijo con tono angustioso: «Perdóname, pero no me lo puedo callar». Y lo contó, y todavía aún hoy la gente lo cuenta y se ríe como si el hecho hubiera pasado ayer.

La segunda preocupación de don Camilo fue la de encontrar las sesenta y cuatro mil liras que tenía que remitir a la fábrica del Ceratom.

Y lo malo era que para un pobre cura de lo más pelado como don Camilo, tener que sacar sesenta y cuatro billetes de mil era como si le dieran un mazazo. Y un mazazo diario, porque el dinero prestado hay que devolverlo.

Don Camilo se estrechó el cinturón todo lo que pudo hasta que, al no poder hacer frente a un vencimiento y al no saber a dónde ir a parar, fue a parar a Peppone.

Le encontró en el taller ocupado en hurgar dentro del vientre de un tractor de cadena a cremallera.

—Señor alcalde —se explicó don Camilo con desenvoltura—, ¿no le interesarían para el edificio municipal y para su casa del Pueblo algunas cajas de Ceratom, una cera para suelos extraordinaria? Se trata de una ocasión. Un amigo que está en dificultades ha recurrido a mí.

Peppone paró de trabajar y miró con odio a don Camilo.

—¿Quién es el maldito que se lo ha dicho? —preguntó ferozmente.

Don Camilo abrió los brazos.

—Padre, mejor que tenga el pico cerrado, porque si esta historia se divulga se las va a cargar. Cura avisado, medio salvado.

Don Camilo suspiró:

—Aunque la bromita de la *caja gruesa* y de la *gruesa no* está mal del todo, camarada alcalde.

Peppone apretó los puños:

—¡Vaya gracia! ¿Qué quiere que sepa de gruesas y de pequeñas un desgraciado que apenas sabe leer y escribir? ¡Yo no he estudiado latín!

—¿Y qué tiene que ver? Yo lo he estudiado y, sin embargo, tengo en mi bodega ciento cuarenta cajas de Ceratom.

Peppone pegó un salto.

—¡No! —gritó.

—Sí —respondió humildemente don Camilo.

—¡Palabra!

—¡Palabra!

Entonces Peppone tiró el sombrero al suelo y bailó frenéticamente sobre él. Parecía como si hubiera vuelto a nacer.

Don Camilo meneó la cabeza.

—Bien; pero ¿qué ganas ahora que lo sabes?

—¿Yo? ¡Nada! ¡Lo importante es que usted ha perdido! Don Camilo suspiró.

—¡Humana estupidez! Si a alguien le cae una teja en la cabeza, ¿te alegras de ver recibir a tu prójimo una teja en la cabeza?

—Usted no es mi prójimo —afirmó Peppone—. Usted es un enemigo del pueblo y el daño que reciñe el enemigo del pueblo es un bien para el pueblo.

—Claro —admitió don Camilo—. Y, sin embargo, el daño que recibe el amigo del pueblo es un mal para el pueblo porque las ciento cuarenta y cuatro cajas de Ceratom no las paga el camarada Peppone, sino que van a parar al pasivo de la administración municipal.

Peppone se plantó ante don Camilo.

—¡No, señor clérigo! ¡Esta maldita cera la tengo que pagar yo personalmente, porque la he encargado yo, y si pongo en el balance esas sesenta y cuatro mil liras, sus mangantes de la oposición acabarían por crucificarme como a Jesucristo!

—Como a Barrabás —rectificó don Camilo.

Peppone se volvió a poner a trabajar y luego, de repente, sacó la cabeza del capó del tractor.

—Padre, quíteme una curiosidad: ¿cómo se le presentó?

—Me dijo que venía de parte del comité. Me trajo un folleto.

—¡La misma historia! —gritó Peppone—. También a mí me vino con lo del comité y un sobre que contenía el retrato de la nueva paloma de la paz. ¡Un tipo de verdad espabilado! ¡Le aseguro que si me cae entre las manos le retuerzo el pescuezo!

Peppone escupió contra la pared, y luego prosiguió lleno de furor:

—Si me cae entre las manos, lo agarro por el cuello, le sacudo un buen tortazo y luego le pregunto: «¿Le gusta de esta clase? Muy bien, le voy a enviar una gruesa».

Don Camilo no contestó quizá también en parte porque Peppone había abierto los ojos como dos ruedas de carro.

Un *topolino* destartalado se había parado delante de la puerta del taller.

—¡Es él! —dijo Peppone con voz ronca—. Escóndase ahí dentro. A lo mejor entra. Me ha visto en el ayuntamiento. ¡No sabe que es mío el taller!

Así fue; entró el delgado hombrecillo con el gabán que parecía una hoja de berza llevando la cartera en la mano.

Cuando Peppone se volvió y le mostró la cara, el hombre intentó alcanzar la puerta. Pero en la puerta estaba plantado don Camilo con las piernas separadas.

El hombre se puso tan pálido como un muerto.

—Quisiera un cuarto de aceite para el motor —balbuceó.

—¿Denso o fluido? —se informó Peppone, acercándose con el medidor al barril.

—Fluido —dijo el hombre, temblando.

Peppone llenó el medidor y se lo alargó al hombre.

—¿Se lo bebe aquí o prefiere beberlo afuera, sentado en el coche?

El hombre miró a Peppone y luego a don Camilo y el terror le llenó los ojos de lágrimas. Comprendió que no tenía salida.

—Me lo bebo aquí —susurró—. Afuera, en el coche, está mi mujer.

El hombre tomó el medidor y se lo acercó a los labios.

Entonces Peppone se lo arrancó de la mano y, saliendo del taller, levantó el capó del *topolino* y vertió el aceite dentro del motor.

El hombre se había apoyado en el mostrador.

—Ya se puede ir —le dijo Peppone al volver a entrar.

—¿Cuánto es? —susurró el nombre.

—Nada: servicio gratis con el fin de dar a conocer el producto. ¡Váyase!

—Ya intento irme, pero me falla la puesta en marcha —explicó con dificultad el pobrecillo, abrazado al mostrador.

—¡Pero si no ha bebido ni una gota! —observó don Camilo.

—Sí, padre —dijo el hombre—. Pero es como si lo hubiera bebido todo.

Peppone sacó del armarito una botella de coñac y le dio un vaso al hombre, que se lo bebió de un trago.

Don Camilo le metió en la boca medio toscano y, cogiendo con las tenazas largas una brasa de la fragua, se o encendió.

El hombre aspiró algunas bocanadas, después se separó lentamente del mostrador.

—¿Ya marcha? —preguntó Peppone.

—El embrague patina un poco —respondió el hombre, empezando lentamente a ponerse a andar—. Pero ya empieza a funcionar.

Al andar se recuperó y al llegar a la puerta se volvió:

—Adiós —dijo, consiguiendo casi tener una voz jovial—. Y si precisan algo, ya tienen mi dirección.

—Gracias: de momento estamos servidos —contestó, mascullando entre los dientes, don Camilo.

El hombre entró dentro del coche y el *topolino* arrancó.

Peppone no se había quedado satisfecho de todo el asunto.

—O sea —dijo de repente—, que el que sale perdiendo siempre soy yo: ¡usted se ha salido del paso con medio puro, mientras que yo he tenido que darle aceite y coñac!

—Y además tendrás que prestarme ocho mil liras —dijo don Camilo—. Para pagar la cera he contraído deudas y estoy en un apuro.

Peppone meneó la cabeza:

—¡No presto dinero! —exclamó—. Si quiere las ocho mil liras, deme veinte cajas de cera.

—¡Explotador del clero! ¡Me birlas mil liras!

—Lo toma o lo deja: ¡los negocios son los negocios! Don Camilo se fue a por las veinte cajas.

Peppone, cuando don Camilo estuvo de regreso, se fue a abrir el cuartito que había detrás de la bodega.

—Póngalas ahí junto, a las otras ciento cuarenta —dijo Peppone.

Luego volvió a cerrar con llave la puerta y preguntó:

—¿A usted qué le parece, si le hubiera dejado, cree que se lo habría bebido?

—No —contestó don Camilo—, porque, si tú se lo hubieras dejado beber, yo se lo habría impedido.

—¿Y ahora qué haremos con toda esa cera? —farfulló Peppone.

—No me interesa. No es que vayamos a tener que llevarnos el Ceratom, cuando nos vayamos al otro mundo.

Planteado así, el problema se volvía mucho menos grave y Peppone se tranquilizó.

Con otro ropaje

Para poder coger el directísimo que va a Milán, hay que ir a la estación de P, a unos cuatro kilómetros del pueblo. Pero para el que no quiera llegar a Milán después de las nueve, el coche de línea no le sirve.

A Peppone le interesaba solucionarlo con rapidez: hacerse con las piezas de recambio que precisaba y volver a coger el tren en seguida. La mañana era fría y nublosa, pero montado en su moto Peppone no le temía a nada ni a nadie. Llegó a P helado como un sorbete, dejó la moto en el aparcamiento de la estación, pero no tuvo tiempo de sacar el billete, porque el tren ya estaba poniéndose en marcha.

Aun así, consiguió subirse y se encontró en un vagón de segunda clase. Tenía ante él un compartimiento completamente libre y Peppone no supo resistir la tentación:

«Bueno: cargaré los gastos en la cuenta del tractor —pensó—. No tengo ganas de irme a meter entre malos olores y apretones de tercera».

Como pasaba un revisor, Peppone sacó su billete y se hundió en el asiento del compartimiento, tras haber cerrado la portezuela y corrido las cortinas con la secreta esperanza de que nadie le fuera a molestar.

Se estaba verdaderamente bien con tanta tranquilidad, y Peppone se amodorró y se durmió hasta que vino el revisor a taladrarle el billete. Al salir, el empleado no volvió a cerrar completamente la puerta y Peppone había ya puesto su manaza en la manecilla para eliminar la rendija cuando una voz que provenía del pasillo le dejó parado.

—Quisiera pagar la diferencia.

Peppone estaba seguro de no equivocarse: el que quería pagar la diferencia no podía ser más que don Camilo.

Peppone levantó un poco la cortina y quedó asombrado, porque el hombre que estaba allí delante hablando con el revisor tenía la voz, la cara y la corpulencia de don Camilo, pero no era don Camilo.

Llevaba un traje que no tenía nada que ver con la sotana de cura.

Peppone lentamente volvió a cerrar la portezuela, volvió a hundirse en el asiento y se tapó la cara con el periódico *Unità*:

«¡Don Camilo de paisano! —murmuró para sí Peppone—. ¡Ésta sí que es buena! Pero ¿cómo habrá llegado hasta aquí el condenado?».

Don Camilo había llegado hasta allí simplemente porque, después de haber subido en P, vestido como siempre, al primer vagón de tercera clase, una vez que el tren se había puesto en marcha, había diligentemente inspeccionado todos los vagones de tercera, y al no haber observado ninguna cara conocida o sospechosa, se había encerrado en el retrete.

Y después de haberse cambiado la ropa de cura por un traje normal de caballero que llevaba en la maleta, había salido y se había pasado a segunda clase. Si volvía a tercera corría el peligro de que alguien se hubiera fijado antes en su fisonomía y encontrara ahora extraño el cambio de ropa en la misma persona. En segunda clase don Camilo no corría ningún peligro porque nadie del pueblo, ni el más rico de los campesinos, viajaba nunca en segunda.

Una vez pagada la diferencia, don Camilo entreabrió la portezuela del compartimiento de Peppone y metió cautelosamente la cabeza, volviéndola a sacar inmediatamente y cerrando la puerta. Un hombre que duerme con la *Unità* apoyada encima de la cara en ningún caso puede ser un agradable compañero de viaje para un cura.

Volvió a tomar su maleta y se encaminó por el corredor, fisgando en cada compartimiento y deteniéndose sólo cuando hubo encontrado uno completamente vacío.

Mientras tanto, bajo la *Unità*, la cabeza de Peppone estaba trabajando:

«Sólo puede ir a Milán: Pero ¿por qué se habrá vestido de seglar?».

Peppone consideró todas las hipótesis, hasta las más atrevidas y osadas, llegando a la única conclusión posible: para saber qué es lo que iba a hacer a Milán vestido con otro ropaje había que seguir a toda costa el rastro a don Camilo.

Peppone se olvidó de las piezas de recambio del tractor: si un reaccionario se disfraza, seguro que se trata de algún asunto sucio.

Peppone decidió entrar inmediatamente en el combate: exploró el pasillo y, encontrándose completamente desierto, fue rápidamente a tercera clase sin pararse hasta que llegó al final del primer vagón del tren.

Cuando el tren entró dentro de la estación de Milán, Peppone, subiéndose la solapa del abrigo, bajó y se fue raudo y veloz hacia la salida.

Atravesó el vestíbulo y se apostó junto a un quiosco de periódicos, vigilando la puerta de salida. En cuanto percibió la alta mole de don Camilo,

bajó la escalinata y se dispuso a esperar a su hombre en la acera bajo la marquesina.

¿Cogería un taxi, el autobús o el tranvía? Tenía que estar listo para perseguirlo y Peppone se preparó espiritualmente.

Pero don Camilo tardaba en aparecer y, de repente, Peppone pensó horrorizado que quizá su hombre había bajado por la escalera lateral y que había subido al filobús, debajo del puente pasadizo.

Pero don Camilo simplemente se había detenido para dejar la maleta en la consigna y, al cabo de unos diez minutos, salió a la calle.

¿Tranvía, taxi, autobús? ¿Y si lo estuviera esperando un coche particular?

Peppone casi dejó de respirar ante el miedo de perder la pista al personaje clandestino.

Aunque todo el asunto presentó una solución tan imprevista como cómoda: don Camilo se encaminó a pie. Esto facilitaba enormemente la operación de seguimiento y Peppone se dispuso pues, a seguir a su hombre.

En aquel preciso instante se paró ante él uno de esos fotógrafos ambulantes con la Leica colgada al cuello:

—¿Le hago una foto?

—¡No, no! —contestó bruscamente Peppone. Pero luego tuvo una idea y llamó al joven—: A mí no —le explicó—. ¿Ve aquel hombretón de allí del traje marrón y el sombrero gris? A ver si lo pesca y se la hace sin que se dé cuenta. ¡Pago bien!

—De eso me encargo yo —respondió el joven, lanzándose a la captura del hombrachón. Peppone siguió a distancia para mayor seguridad la maniobra del fotógrafo. Se veía que era un tipo espabilado: alcanzó a don Camilo, lo adelantó con desenvoltura, se escondió detrás de un tranvía y, cuando lo tuvo a tiro, le disparó la primera instantánea.

Después, diez metros más allá, le disparó una segunda y luego una tercera.

Don Camilo no se había dado cuenta de nada: parecía medio atontado en medio de todo aquel gentío. Peppone estaba arrebatado: Con un documento fotográfico así, podría hacer un buen trabajo durante la campaña electoral. Peppone ya se imaginaba los carteles con la reproducción ampliada de las fotos y debajo escrito:

«¿Quién debe ser este elegante señor que se pasea por las calles de Milán?». «¡Claro que para no deshonrar la vestidura talar es mejor quitársela!».

Vino el fotógrafo:

—Todo listo. Como una balsa de aceite. ¿Quiere seis positivos de cada foto?

—Sí, seis de cada y una ampliación. Pero lo necesito en seguida. —El fotógrafo abrió los brazos—: Es imposible antes de esta noche.

—Tiene que ser posible.

El fotógrafo se sacó del bolsillo un pequeño bloc y, tras haber garabateado algo en una hoja, la arrancó y se la dio a Peppone:

—A las dos en esta dirección. Lo tendrá todo listo. Seis mil liras: tres ahora y tres después, a la entrega de las copias.

Peppone sacó del bolsillo tres billetes de mil y se los dio al joven.

—Sobre todo que queden bien.

—La Fotoscat es la mejor casa de Milán.

Peppone, que aun hablando con el fotógrafo no había interrumpido su seguimiento y no había perdido de vista a su hombre, zanjó el asunto con un «Está bien» y se dedicó exclusivamente a don Camilo.

Daba la impresión de que don Camilo no tuviera ninguna prisa, porque además de andar de lo más despacio se paraba delante de todos los escaparates.

«O se ha dado cuenta de que lo siguen y hace ver que está paseando —pensó Peppone— o es que tiene una cita para una hora determinada y está matando el tiempo».

Evidentemente, la segunda hipótesis era la buena, porque en cierto momento don Camilo se sacó el reloj del bolsillo, lo miró y aceleró el paso.

Peppone lo siguió sin dificultad hasta la plaza de la Scala. Pero ahí el asunto empezó a volverse difícil a causa del gentío.

Luego, cuando don Camilo se encaminó por la Galería, a Peppone le entró un sudor frío:

«¡Se ha dado cuenta de que le siguen y me ha traído hasta aquí, que hay una confusión tremenda, y así, en el momento adecuado, se puede mezclar entre la muchedumbre y ya no hay quién lo encuentre!».

Y precisamente, una vez que don Camilo, después de haber atravesado la Galería, giró a la derecha por los pórticos de la plaza del Duomo, quedó engullido por la muchedumbre.

Pero hay un Dios también para los detectives aficionados, y así Peppone, cuando ya había casi perdido toda esperanza, volvió a dar con el rastro de don Camilo, que estaba entrando en los almacenes de La Rinascente.

Don Camilo, siempre seguido por don Peppone, subió por todas las escaleras mecánicas hasta el último piso. Después bajó por ellas hasta el

sótano.

Desde allí volvió a subir por todas las escaleras mecánicas. Luego las volvió a bajar, pero se paró en la planta baja.

Bajó al sótano por la escalera normal y luego, nuevamente por las escaleras mecánicas, volvió a subir hasta el último piso.

Pero entonces pareció como si don Camilo pensara en algo y, tras haber consultado el reloj, bajó por las escaleras mecánicas hasta la planta baja, salió del edificio y caminó con paso militar por la plaza de la Scala.

En la plaza de la Scala se metió rápidamente en un taxi y desapareció. Pero Peppone lo seguía en otro taxi.

No fue una carrera larga porque, pocos minutos después, don Camilo había ya llegado a destino.

—Párese aquí —le dijo Peppone al conductor—. Tengo una cita con un amigo. Voy a esperarme.

El taxista se sacó el periódico del bolsillo y se puso tranquilamente a leer, mientras Peppone, escondido dentro del coche, seguía cada movimiento de don Camilo.

Después de haber liquidado a su taxista, don Camilo se quedó parado unos minutos en la acera, después empezó a pasear arriba y abajo delante de un gran portal abierto.

Debía de tener dudas y sospechas. Sin embargo, de repente, se decidió y entró en el portal.

Peppone se esforzó en leer el letrero que estaba adosado junto al portal: ¡«Montecatini»!

Un párroco de la Tierra Baja que se disfraza para ir a Milán a la dirección de la empresa Montecatini, ¿con qué finalidad lo puede hacer? ¿Con la de comprar abonos químicos?

Está más claro que la luz del sol: el clero vaticano-norteamericano y la gran industria se complotan en perjuicio del proletariado y, ante la inminencia de las elecciones, conciertan la acción a llevar a cabo.

—Se ve que no viene mi amigo —dijo Peppone al chófer.

Y se disponía a bajar cuando vio aparecer a don Camilo.

—Esperemos unos pocos minutos más —le dijo Peppone al taxista.

Don Camilo salió y se volvió hacia la derecha, dio unos pasos, luego retrocedió y volvió a entrar en el portal.

Luego, en cuanto hubo entrado, volvió a salir y nuevamente volvió a entrar y salir, y otra vez volvió a entrar y salir. Pero esta vez ya se marchó.

El taxista que había seguido la maniobra se rió burlonamente:

—¡Parece imposible que viejos imbéciles se diviertan como chiquillos! ¿Se ha fijado?

—Sí —contestó Peppone—. Pero no he entendido nada.

—¿No es de Milán?

—No.

—¡Ah! Ahí hay una gran puerta de cristal con dos hojas correderas que funciona por célula fotoeléctrica. Cuando uno pasa el umbral, el rayo se interrumpe y la puerta se abre. Y lo mismo al salir. Mire: ¿ve?

Un hombre estaba entrando y Peppone prestó atención.

—Mi amigo ya no viene —dijo Peppone al mismo tiempo que bajaba.

Pagó la carrera y el tiempo de la parada y se dispuso a seguir la pista de don Camilo. Pero al cabo de unos pocos pasos, volvió atrás y fue directamente hacia la gran puerta de cristal que, con docilidad casi milagrosa, se abrió y se cerró tras él.

El mismo fenómeno verificó Peppone al salir.

Don Camilo se había puesto nuevamente a pasear. Parecía que no tenía ni la más mínima idea de a donde quería ir. Pero aún así, Peppone siguió en guardia porque de los curas, aunque vayan vestidos de paisanos, nunca hay que fiarse.

El asunto amenazaba con volverse extraordinariamente monótono, pero de repente adquirió interés. Porque al adentrarse por una determinada callejuela se oyeron unos gritos y por detrás de Peppone y de don Camilo llegó corriendo una gran mesnada de gente que gritaba horriblemente y que agitaba pancartas que contenían apreciaciones que no eran precisamente benévolas sobre el gobierno. Muchas frases apropiadas para desenmascarar una no mejor identificada «ley timo».

Peppone se pudo refugiar en un portal, pero don Camilo, que caminaba por el centro de la calle, fue alcanzado y engullido por la mesnada, que le empujó hacia adelante, en primerísima fila hacia la cercana placita, evidente meta del turbulento cortejo.

Lo malo es que en la plazuela había un grandioso destacamento de agentes de la policía y Peppone llegó a tiempo de ver cómo una multitud de agentes cargaban contra la columna de manifestantes.

Naturalmente, uno de los elementos de primera fila que más llamaba la atención por la inusitada mole de su persona era don Camilo; y sobre el cabezorro de don Camilo se desencadenó un temporal de palos como para llenar de estrellas dos o tres firmamentos.

Y como la mesnada que se concentraba en la callejuela empujaba condenadamente, los infelices de primera fila de la columna no podían hacer marcha atrás y las porras de goma de los agentes continuaban con creciente vigor machacando cocos y espaldas ya machacadas.

Don Camilo, sorprendido por aquel diluvio universal de palos, se quedó durante un rato desconcertado, pero luego, al darse cuenta de que, si seguía allí, le iban a poner la cabeza como un dirigible, de un empellón se liberó de las garras de los agentes y realizó un laborioso retroceso. Los policías, al ver aquella espalda ancha y cómoda como una cama de matrimonio, se sintieron como si les dijeran a bodas os convido, y empezaron a sacudir su espalda con tanto entusiasmo que hizo que don Camilo pusiera la *primera marcha*. De modo que, sujetando con ambas manos las alas del sombrero, don Camilo se lanzó con la cabeza baja contra la mesnada de turbulentos manifestantes, consiguiendo hacer una brecha y llegar a una posición más atrasada. La amenaza de una carga con las camionetas indujo al cortejo a disolverse y don Camilo pudo así escaparse por una callejuela lateral y refugiarse dentro de un café.

Peppone no tenía ojos más que para don Camilo, y el hecho de haber visto todos los palos que le había sacudido la policía hacía que el corazón le rebosara de alegría.

Pensar en poder contar en el pueblo el trato que había recibido don Camilo le entusiasmaba. Casi le llenaba de exaltación.

Siguió a don Camilo abriéndose camino a codazos entre la muchedumbre y, pocos instantes después, también Peppone entraba en el café.

El gran salón estaba a rebosar de gente, y don Camilo, sentado en una mesita de un rincón, estaba haciendo cautamente el inventario de todas las magulladuras situadas en lugar accesible.

Peppone, triunfante, rompió con el juego de seguirle la pista y, sentándose a una mesa en las inmediaciones de don Camilo, voceó alegremente:

—¡Invito a beber!

El dueño del café le miró recelosamente:

—¿Qué le pasa? ¿Ha acertado una quiniela?

—¡Aún mejor! —explicó riéndose burlonamente Peppone—. ¡He visto cómo un tipo recibía de la policía todos los palos que le hubiera querido propinar yo! ¡Qué bien le han caído: parecían que ni pintados por Correggio! ¡La verdad es que estos buenos chicos del ministro Scelba valen mucho!

Don Camilo encajó sin pestañear. Aunque la fina ironía de Peppone no tuvo un gran éxito, porque inesperadamente Peppone se vio rodeado por unas

treinta caras prohibidas, todos ellos gente que había entrado allí dentro para refugiarse del temporal de caucho de la policía.

—¡Puerco fascista! —le dijo uno, haciéndole volar el sombrero de un guantazo.

Peppone no tuvo ni tiempo de abrir la boca que ya tenía encima a los treinta, dispuestos de todo corazón a machacar al provocador. Por suerte, antes de que empezaran el trabajo, el dueño del café había hecho una señal al camarero y éste había corrido como un rayo hasta la plazuela, que estaba allí al lado, para avisar a la policía, que aún estaba de guardia.

En cuanto olieron el olor del caucho en camino, los virulentos manifestantes interrumpieron su hazaña y se largaron por la puerta del patio. Resurgido del aluvión, Peppone se puso trabajosamente en pie y se dejó caer luego en la silla. El dueño del café le trajo una buena copa de coñac y se la hizo beber.

Entraron los agentes:

—Han escapado todos —explicó el dueño—. ¡Si pasan cinco minutos, le destrozan!

Los agentes se dirigieron a Peppone:

—¿Los conoce?

—No conozco a nadie —explicó Peppone—. Había entrado aquí porque me he encontrado desgraciadamente en medio de todo ese jaleo.

Explicó de dónde provenía y que la finalidad de su viaje era la compra de unas piezas de recambio. Enseñó su carnet de identidad, la carta de la empresa que le invitaba a Milán.

Los agentes se dirigieron al dueño:

—¿Y usted conoce a alguno de esos tipos?

—Nunca los he visto. Han venido aquí a guarecerse. Todos ellos son unos delincuentes, canallas comunistas. Se han lanzado sobre él como unas fieras porque no comparte sus ideas.

Un agente descubrió a don Camilo en su rincón.

—¿Y ése no era del grupo? —preguntó, receloso—. No es una cara nueva.

El dueño del café abrió los brazos.

—No lo sé. La cara ya la tiene de comunista; aunque, de todos modos, no se ha movido de su mesa.

Un policía había sacado el bloc y se disponía a hacer un interrogatorio:

—Deje estar —dijo Peppone—. Tienen demasiado que hacer en estos momentos. Tengo la piel dura y hace falta algo más para que me hagan daño. Además voy a volver en seguida a mi pueblo y no me ha pasado nada.

Se oyó un griterío en la calle y los agentes dijeron «Está bien», y se fueron.

El dueño sirvió otra copa de coñac a Peppone, y esto puso a punto el motor del camarada alcalde.

Estirándose el traje arrugado y sacudiéndose la cabeza, Peppone se levantó y preguntó:

—¿Cuánto es?

El dueño meneó la cabeza sonriendo y le dio la mano:

—Nada: ¡entre los que compartimos la misma ideología nos tenemos que ayudar! ¡Adiós, camarada!

Peppone le dio un apretón de manos y se fue.

Se encontraron poco después en un banco del parque.

—¡Mira —observó muy sarcástico Peppone— que esos agentes del gobierno clerical ni respeten a un sacerdote!…

—¡Y que esos comunistas ni respeten a sus camaradas de fe!… —replicó don Camilo.

—¡Es algo distinto, padre! —se rió Peppone—. ¡Es otra cosa!

—Los palos no dejan de ser palos —sentenció don Camilo—. De todos modos, no tienen ningún valor porque se deben a un simple equívoco.

—Cuando los palos aún están calientes todo va bien, padre; ya me lo dirá mañana.

Peppone encendió un toscano, aspiró unas bocanadas y luego preguntó a don Camilo:

—Padre, ¿ese traje de salida libre se lo facilita directamente el Vaticano?

Don Camilo suspiró:

—No, es un traje que me ha dejado en casa mi hermano. Me lo he puesto para airearlo un poco.

—Ha sido una buena idea porque ha tenido ocasión de sacudirle el polvo como es debido.

Don Camilo sacó la mano derecha del bolsillo del abrigo y le mostró a Peppone una porra de goma.

—En el barullo me ha quedado en la mano… —explicó.

Peppone se sacó del bolsillo un trozo de tela.

—También a mí me ha quedado algo en la mano —dijo— durante el jaleo del café.

Y era la solapa de una chaqueta con una insignia comunista puesta en el ojal.

—Nos conviene intercambiarnos los trofeos —dijo riéndose don Camilo, que dio la porra de caucho y cogió la solapa con la insignia.

Peppone le dio varias vueltas en las manos a la porra y después la tiró lejos.

—Es un feo trofeo, padre, aunque me recuerde un episodio agradable para mí y desagradable para usted.

Don Camilo tiró la solapa.

—Has hecho bien en deshacerte de él, Peppone. Yo tengo otro porque en el alboroto me quedaron dos entre las manos… Pero éste me lo guardo. Siempre puede servir. Nunca se sabe.

Peppone miró con desprecio la porra de goma que don Camilo se había sacado del otro bolsillo y luego le espetó:

—¡En cualquier ocasión usted siempre demuestra su sucia alma fascista!

—Sí, camarada —contestó sonriendo don Camilo.

Peppone se alejó molestísimo. Pero pronto se animó porque se acordó de las fotografías documentales tomadas por la mañana. Sacó del Billetero la hojita del recibo y, subiéndose a un taxi, se hizo llevar al número de la calle indicada en el membrete. Sólo encontró las ruinas de una casa bombardeada.

Tres mil liras por tres fotografías tomadas con una máquina sin cargar.

Tres fotografías que valían un millón.

También a la vuelta, Peppone tuvo que coger segunda porque estaba todo magullado. Y en cuanto estuvo sentado en el asiento, llegó don Camilo vestido de cura.

—¿Ya se ha acabado jauja? —se informó Peppone.

—Ya se ha acabado.

—De todos modos —afirmó Peppone—, según mi punto de vista Milán no es tanto como dicen.

—Tiene sus partes buenas y malas —contestó don Camilo, que, a pesar de todo, no conseguía olvidarse de la maravilla de las escaleras mecánicas de La Rinascente y de la puerta «mágica» de la Montecatini.

Una vez vuelto a casa, don Camilo fue a arrodillarse ante el Cristo del altar mayor.

—¿Ya de regreso, don Camilo? ¿No te has divertido?

—Sí, Jesús, mucho; pero no hay que abusar de las diversiones.

Sabias palabras.

«La Nube»

Tomada en sí, monda y lironda, era una gran furgoneta a triciclo con una plataforma amplia, baja y sin bordes, con las ruedas laterales bastante más pequeñas que la rueda motriz.

Tenía un sólido armazón en tubo de acero pintado de rojo escarlata y podía transportar notables cargas; pero a pesar de todas estas cualidades, considerado en sí y por sí, no era más que una furgoneta a triciclo.

Pero cuando quedaba completada por *el Flaco* se convertía en *la Nube*.

Tosca, pesada, lenta por su naturaleza, la furgoneta a triciclo de la casa del Pueblo, con *el Flaco* en el sillín, se transformaba en una criatura atrevida, brava, casi asaeteadora.

Peppone, constructor del triciclo, una vez terminada su obra, había explicado a los compañeros de la casa del Pueblo:

—Dejad que los de la reacción se rían de que a causa de la multiplicación de piñón haya que pedalear a prisa y se vaya despacio.

—Lo importante es llegar donde se quiera llegar, cualquiera que sea la carga. El concepto de la revolución proletaria que pierde en velocidad, pero que gana en potencia, es el que he seguido en la construcción del triciclo.

El Pardo y luego *el Brusco y el Largo* habían puesto a prueba el triciclo siguiendo el concepto de la revolución proletaria, lenta y potente, pero al llegar su turno, *el Flaco* había saltado al sillín afirmando:

—¡Jefe, la multiplicación no va a hacer reír a los reaccionarios!

Y los reaccionarios no se rieron precisamente a causa de la multiplicación que hacía que el triciclo fuera lento, sino que se rieron por el furor con que tenía que pedalear *el Flaco* para hacer que fuera veloz la marcha de la ciclorrevolución proletaria.

La reacción se rió y dijo:

—¡Pasa *la Nube*!

Se rió porque no comprendió que no se trataba de una cuestión de piernas, sino de una cuestión de fe.

—¿Está en orden *la Nube*? —preguntó en voz baja Peppone *al Flaco*.

—En orden, jefe —le tranquilizó *el Flaco*.

Peppone se dirigió a los demás de la banda y dijo:

—Ya son las doce y media de la noche: ya os podéis ir a casa. Yo y el *Flaco* nos quedamos para acabar de revisar el fichero.

Poco después, en la casa del Pueblo se quedaron solo Peppone y *el Flaco*.

Se entretuvieron un poco con el fichero, y luego Peppone fue al grano:

—Hay que hacer un servicio delicado, y ésta es la noche apropiada porque hay niebla y la tierra está helada.

El Flaco abrió los brazos y miró perplejo a Peppone.

—No te preocupes: ya lo entenderás —musitó Peppone—. Ahora sólo tienes que contestarme si te sientes capaz de comprometerte en una misión delicada.

—Estoy aquí para esto.

Peppone se levantó y se dirigió hacia la puertecita que daba al patio, y *el Flaco* le siguió.

Una vez atravesado el patio oscuro y silencioso, se pararon bajo el tejadillo de chapa ondulada que protegía el portalón del garaje.

Abrieron con cuidado y, una vez dentro del recinto del garaje, Peppone, tras haberse asegurado de que las contraventanas estuvieran cerradas, encendió una linterna.

—Dale la vuelta a *la Nube* para que esté a punto de salir, y acércala a la puerta —ordenó Peppone.

La maniobra no resultó difícil porque dentro del garaje, a parte de *la Nube*, no había nada más y, cuando *el Flaco* hubo colocado el gran triciclo tal como quería el jefe, a través de una puerta de espesa chapa.

—¡Ayúdame a quitar esos leños!

El Flaco lo hizo y poco después el rincón que a Peppone le interesaba quedaba limpio. O mejor dicho: quedaba limpio de leños, siendo ocupado sólo por dos grandes cajas.

Peppone acercó la luz de la linterna a las cajas y *el Flaco* se sobresaltó. Conocía bien aquel tipo de cajas: material militar, cerradas con robustos cerrojos y selladas con precintos de lacre.

—¡Ayúdame a llevarlas al otro lado!

El Flaco agarró una manecilla de la primera caja:

—¡Caramba cómo pesa! ¡Ni que estuviera llena de plomo! —exclamó.

—¡Cierra el pico!

Llevaron la caja a la cochera y la cargaron en *la Nube*.

—¿Crees que se tendrán que hacer dos viajes o que se podrá hacer un solo viaje cargando las dos cajas? —preguntó Peppone.

—Depende de la duración del viaje —respondió *el Flaco*—. Lo que es llevarlas, las puede llevar incluso hasta si fueran más pesadas.

—El viaje es desde aquí hasta el patio de mi casa —explicó Peppone—. Pero hay que pasar por el camino de los Huertos y, al llegar al canal pequeño de desagüe, tomar la vereda.

El Flaco se sobresaltó:

—¿La vereda? Jefe, si me meto por la vereda me voy a quedar embarrancado y me van a tener que sacar con un Caterpillar.

—¡No digas tonterías! La tierra está helada y dura como el hierro. Y además, si no lo consigues, silbas y vengo yo.

—¡Si la tierra está helada, con *la Nube* subo hasta el Mont Blanc! —afirmó *el Flaco*, seguro de sí—. Carguemos también el resto de la mercancía.

Cuando la otra caja también fue colocada en la amplia plataforma de *la Nube*, Peppone puso una mano sobre el hombro del *Flaco*:

—*Flaco*, dime la verdad: ¿te sientes capaz?

—Jefe, pongo la primera y ya no hay quien me pare.

—*Flaco*, el asunto no consiste tan sólo en llevar dos cajas desde aquí hasta mi casa. Se trata de llevarlas sin que nadie se dé cuenta. ¡Si no, no haríamos la operación a estas horas!

—Lo he entendido. Correré como un condenado. Pero si me cruzo con alguien, ¿qué puedo hacer? ¡No me puedo poner a volar!

Peppone dio las últimas instrucciones.

—Ahora yo voy a ir a casa por el camino normal. Después, dentro de una hora, vendré a esperarte a la vereda. Quédate aquí, y cuando oigas sonar las dos en el campanario, sal.

—De acuerdo, jefe… Pero sólo para saber a qué atenerme sobre la forma de conducir. ¿Es mercancía frágil? Algo que se pueda romper… No sé: ¿algo que pueda explotar?…

—Es mercancía que tiene que llegar a mi casa. Lo demás no te interesa. Pon todo tu interés. Cuanto antes acabes será mejor para todos.

El Flaco se secó la frente empapada de sudor.

—Jefe, está bien. Pero antes de ponerme en camino tengo que llenar el depósito. No quisiera quedarme a mitad de camino sin carburante.

—¿Grappa? —murmuró Peppone.

—No; necesito gasolina *super*: coñac.

Peppone se alejó y volvió con media botella de coñac.

—Procura que no se te ahogue el motor.

El Flaco se quedó solo y la botella de coñac le sirvió de buena compañía.

Cuando oyó sonar las dos, abrió la puerta del garaje y la verja que daba al sendero y, montándose en el sillín de *la Nube*, tragó un buen sorbo de coñac y empezó a pedalear a todo gas.

La niebla era espesa, pero *el Flaco* se conocía el camino de memoria y, además, el coñac le había aclarado extraordinariamente la vista.

Al final del sendero empezaba el camino de los Huertos; *la Nube*, alimentada a base de coñac, iba a toda pastilla, y *el Flaco* pedaleaba de tal manera que iba tan embalado como si en lugar de dos piernas tuviera seis como el Supercortemaggiore.

De repente aparece débil, en medio de la neblina, la luz del farol del recodo. Después del recodo, otros cien metros, y *la Nube* habría llegado al canal y cortaría por la vereda.

Y llega el recodo; *el Flaco* tiene ganas de salir cuanto antes de aquella molesta luz de la lámpara y, echándose al coleto el último sorbo de coñac, aborda la curva a toda velocidad.

Pero la asechanza le espera justo detrás de la curva: dos ojos rojos brillan en la niebla. Dos faros. Dos bicicletas. Dos sombras negras.

¡Dos *carabinieri*!

—¡Alto!

La Nube se encalla contra un montón de grava del borde del camino, y *el Flaco* sale despedido del sillín, se cae a la cuneta, se levanta, salta el seto y desaparece entre los prados, tragado por la niebla.

Mientras tanto, Peppone espera en la vereda. Pero tendrá que esperar una buena hora antes de ver aparecer al *Flaco*.

—¿Y la mercancía? —pregunta al llegar *el Flaco*.

—Jefe, los carabineros me han cortado en el recodo. Y para no toparme con ellos no he seguido.

—¡Alto!

Don Camilo —de regreso de haber velado al viejo Bedi— estaba girando por el camino de los Huertos cuando se vio aparecer enfrente a *la Nube* lanzada a tope por *el Flaco y*, temiendo ser arrollado, había gritado «¡Alto!».

El demonio misterioso se había parado y un hombre había saltado del vehículo y desaparecido. Un hombre completamente borracho que había confundido a un cura con dos *carabinieri*.

Don Camilo, bajándose de la bicicleta, se acercó receloso al vehículo e inmediatamente lo reconoció.

No le costó adivinar que el hombre desaparecido en la niebla sólo podía ser el otro apéndice de *la Nube*.

¿A las dos de la noche *el Flaco* estaba haciendo un transporte y por el camino de los Huertos? ¿Para quién?

Pensó en el sendero que, partiendo del canal de desagüe de riego, llegaba hasta detrás de la casa de Peppone.

Luego, después de ver las cajas de tipo militar y de haber comprobado su peso y de verificar que estaban cerradas con candado y selladas, ya no pensó en nada más porque ya lo había comprendido todo.

Cargó la bicicleta encima de las cajas y, montándose en el sillín de *la Nube*, empezó a darle a los pedales.

La maniobra no era fácil, pero la luz que cortaba la oscuridad del recodo le ayudó. Consiguió dar la vuelta y pedaleó como todo un equipo de *Flacos*.

No encontró ni un alma en todo el trayecto y, al cabo de veinte minutos, estaba ante la puerta de la rectoría.

Abriendo de par en par el gran portal del vestíbulo, consiguió meter a *la Nube*. Con ello quedó atrapada *la Nube* con toda su carga infernal.

Con un gran escoplo, don Camilo hizo saltar rápidamente los cerrojos de las dos cajas.

Levantó casi con miedo la primera tapa. Después con mano más firme, la segunda.

Fue todo un golpe. No se esperaba algo así.

A las cuatro de la mañana, don Camilo iba a sacar de la cama a Barchini, el tipógrafo, y, haciéndole vestir a toda prisa, le entregaba una hoja y le ordenaba que se pusiera inmediatamente a trabajar.

A las seis, tres jóvenes se presentaban en casa de Barchini y les eran entregados unos rollos de papeles.

A las ocho, cuando la niebla se esfumó, la gente encontró pegados en todas las esquinas unos carteles que decían:

HALLAZGO

> *Esta mañana han sido halladas dos grandes cajas que contienen toneladas de ejemplares sin vender del periódico la* Unità.

Evidentemente han sido perdidas por alguien que no ha conseguido vender los mencionados ejemplares y que para no quedar mal ante sus superiores, cada vez que le han sido enviados los periódicos los ha pagado de su bolsillo. Luego, cuando ha visto que había llegado el momento de deshacerse de la mercancía que cada vez abultaba más, ha aprovechado la noche de niebla para llevárselos a su casa por caminos ocultos, yendo quizá por el sendero que gira a la izquierda, poco antes de la esclusa.

Quien haya perdido, en un momento de distracción, dichas tres o cuatro toneladas de ejemplares de la Unità, *los puede retirar en la rectoría.*

La gente, aquel día, empezó a reírse entre dientes a las ocho, y desde las ocho y cinco hasta medianoche; por el vestíbulo de la rectoría desfilaron todos los peores reaccionarios de la zona para cerciorarse de la real existencia del hallazgo.

Don Camilo había organizado la manifestación muy concienzudamente. Tras haber hecho desaparecer a *la Nube*, había sacado de las cajas los paquetes de periódicos y los había alineado en el suelo, por orden cronológico, colgando en la pared unos carteles que explicaban cómo es que los paquetes cada vez eran más gruesos. Lo que significaba que la venta del periódico disminuía día a día.

Esto significaba que don Camilo fijaba con diagramas la exacta consistencia de dicha disminución y formulaba interesantes previsiones para el futuro.

La mañana siguiente, la gente salió de casa al alba porque estaba impaciente por conocer la respuesta del desconocido. Y tal como se esperaba, encontró pegada en las esquinas la réplica:

ADVERTENCIA

Cualquier reaccionario nazifascista puede hacerse con periódicos atrasados en la consiguiente administración pagando el doble, y luego hacer ver que han sido hallados.

Es un sistema ingenioso y cómodo que cuesta bastante dinero. ¡Que, sin embargo, se tiene en abundancia cuando se es siervo de los guerrafundistas norteamericanos!

El tipo se defendía bien y la gente quedó impresionada: en el fondo el desconocido no decía cosas increíbles. Y siguió a la espera de los acontecimientos, y así, veinticuatro horas más tarde, apareció el tercer cartel:

HALLAZGO

> *Junto con las cajas que contienen las copias sin vender de la* Unità *ha sido hallado el vehículo en el que viajaban en la noche profunda y misteriosa dichas cajas. Los expertos en la materia dicen que se trata de un triciclo furgoneta denominado* la Nube. *El vehículo puede verse en la rectoría, y el que lo haya perdido puede venir a retirarlo presentando, como identificación, el carnet del PC a nombre del señor Giuseppe Bottazzi.*

El golpe era formidable y todo el pueblo se precipitó ante la iglesia; *la Nube* estaba allí, delante de la puerta, y todos la podían ver.

La gente no se cansaba de mirar el espectáculo de *la Nube* y esperaba pasarse allí al menos una horita en agradables comentarios, pero, de repente, sucedió un hecho extraordinario.

Apareció *el Flaco* pedaleando en *la Nube*.

Se paró, sacó de un rollo un cartel y con cuatro pinceladas de cola lo pegó a la pared de la rectoría. Y la gente asombrada leyó:

ADVERTENCIA

> *El señor Giuseppe Bottazzi no es un señor y la llamada* Nube *visible en la rectoría no es* la Nube.
>
> *Ésta sigue estando en poder de la casa del Pueblo como cualquier ciudadano puede ver con sus ojos y tocar con sus manos si quiere. Es, pues, fácil juzgar quién son los maldicientes que responden quizá al nombre del reverendísimo don Camilo.*

La gente quedó alelada: comparó *la Nube* de don Camilo con *la Nube* del *Flaco*: ¡eran idénticas!

No conseguían decir palabra quizá también en parte por el hecho de que ninguna de las dos tenía matrícula de circulación.

Don Camilo abrió los brazos:

—No sé cómo explicarme este hecho extraordinario. Lo acepto así, tal cual, sin discutirlo. Mi buena fe es evidente. Esto significa que como la casa del Pueblo ha tenido interés en demostrar que el triciclo hallado no es suyo, nos lo quedaremos nosotros, pasándolo al Parvulario que tanto lo necesita.

Don Camilo se encontró con Peppone algunos días después:

—¿Te interesan tus periódicos? —le preguntó—. Aún los tengo.

—No —respondió Peppone—. Lo que me interesaría saber es por qué, cuando sacó el primer cartel, no habló de *la Nube*.

—Cuando se entra en polémica, siempre hay que guardarse el cartucho más fuerte.

—Habría sido mejor que lo hubiera disparado en seguida, si no me equivoco.

—Te equivocas: si lo hubiera disparado en seguida, habrías tenido que venir a buscar *la Nube*. En cambio, así has tenido cuarenta y ocho horas de tiempo para fabricar otra igual y el Parvulario ha tenido la furgoneta que tanto necesitaba. ¡Sigues siendo un buen herrero!

Peppone se rió entre dientes.

—¡Esta historia se la puede contar al cura!

—Sí; ya se la he contado y me ha contestado: «¡Piensa, don Camilo, en el papel que habría hecho el pobre Peppone si tú, antes de exponer a la auténtica *Nube* al público, no le hubieras quitado la matrícula!».

Don Camilo metió la mano en el bolsillo y le entregó a Peppone una plaquita metálica.

—Esto es tuyo; a mi *Nube* ya la he matriculado yo a mi nombre.

Peppone apretó los dientes:

—¡Después de la mala pasada que me ha hecho y del perjuicio, aún le tendré que dar las gracias!

—No hace falta, Peppone. Me contento con *la Nube*.

La conciencia

—Las mujeres, cuando se meten en política, son peores que los activistas más frenéticos.

Porque, así como los frenéticos de la política suelen cometer sus atropellos por el bien de la *causa*, las mujeres frenéticas cometen los mismos atropellos exclusivamente para perjudicar a sus adversarios políticos.

O sea, la diferencia que podría haber entre ir a la guerra para defender a la patria o ir para matar al enemigo.

La Jo' del *Seco* era una mujer comprometida hasta las cejas en política, y como tenía temperamento conseguía fácilmente cumplir con su cometido y también con el del marido.

El Seco había muerto de enfermedad y la dejó sola con un niño de apenas tres años; aunque el dolor por la pérdida del marido debía haber sido ampliamente compensado por el hecho de que la Jo' había podido asestar un golpe bajo al cura llevando al muerto al cementerio con funeral civil, al son de *Bandera roja*.

La Jo' era más bien una hermosa hembra y tenía menos de treinta años; habría podido encontrar otro marido y vivir mejor. Pero nunca renunciaría a su malestar: sentía que ese malestar se le convertía en veneno, y el odio por los adversarios crecía de día en día y la sostenía porque el odio era su fe.

Se las arreglaba como podía: para la siega, la trilla, aparvar, despajar, etc. Y en la estación baja fabricaba cestas y cestillos de mimbre, que luego se iba a vender por ahí.

Trabajaba con ahínco, como si su mayor placer fuera el cansancio en sí. Y hasta los hombres más impertinentes se guardaban bien de meterse con ella, porque la Jo', además de tener la mano rápida, era capaz de soltar letanías de palabrotas capaces de hacer quedar sin aliento a los más célebres campeones del lenguaje soez.

El chiquillo crecía como un potrillo en estado bravo y, cuando no se quedaba solo en la casucha perdida en medio del campo e iba con la madre,

era como si estuviera solo porque, en cuanto la Jo’ lo descargaba en alguna era, lo único que se le imponía era que no molestara a la madre.

A los cinco años, el hijo de la Jo’ tiraba ya pedradas como un chico de diez y podía arruinar en menos de media hora todo un árbol cargado de fruta.

Rondaba como los perros que husmean las trufas para descubrir dónde las gallinas ponían los huevos, para darse el gusto de romperlos; iba sembrando trozos de vidrio por los caminos, y otras cosas del género; pero tenía un estilo, por ser sus acciones de carácter totalmente personal. *El Secucho* detestaba las diabluras colectivas.

Participaba en las pedreas, pero como franco tirador: se apostaba detrás de una mata o dentro de algún agujero y lanzaba pedradas contra los unos y los otros.

Actuaba él solo contra toda la sociedad; actuaba como saboteador aislado. Tenía una habilidad extraordinaria en preparar el golpe y desaparecer inmediatamente después de haber cumplido la hazaña.

Era pequeño, delgado y esbelto como una liebre: conseguía meterse por donde quería. Tenía rasgos geniales, en su maldad, y la noche del último festejo, escabulléndose allí donde se guardaban las bicicletas, cerca de la pista de baile, poco a poco consiguió desinflar las ruedas de más de cincuenta bicicletas, tomando la precaución de tirar los tapones de las válvulas.

No lo descubrieron y nadie le vio; pero todos dijeron: «¡Sólo puede haber sido el condenado del *Secucho*!»

Algunas buenas señoras, un día, fueron a visitar a la Jo’ y, con buenas maneras, le explicaron lo conveniente que sería no dejar suelto al chiquillo y confiarlo durante el día a la guardería.

La Jo’ se puso encarnada y empezó a gritar que antes de dejar a su hijo en un parvulario de curas prefería dejarlo a que lo cuidaran ciertas mujeres que ella se sabía.

—¡Decidle a ese zapatones de cura que se meta en sus sucios asuntos! —concluyó la Jo’, lanzando toda una andanada de palabrotas que hizo que las buenas señoras se alejaran a toda prisa.

La comisión refirió con indignación a don Camilo el resultado de la expedición.

—¡Y no le quiero decir qué me ha llamado aquella desgraciada! —exclamó una de las señoras, levantando las manos al cielo.

—Ya lo sé —respondió, sombrío, don Camilo.

Había empezado el buen tiempo y, desde hacía una semana, los niños de la guardería de don Camilo pasaban las horas de mayor calor de la tarde al

aire libre, en el campo de juegos.

Los caballitos y el columpio habían sido puesto de nuevo en funcionamiento y hasta los niños más recalcitrantes habían vuelto a encontrar la sonrisa.

Don Camilo, estirado en la tumbona, estaba fumando su medio toscano, gozando del sol tranquilamente, cuando, de repente, tuvo la sensación de que algo no funcionaba con regularidad.

El campo de juego, del lado en que acababa, dada sobre un gran prado de alfalfa, y entre el campo y el prado había una alta valla de tela metálica. Por eso era normal que don Camilo pudiera ver perfectamente la gran extensión de alfalfa que había más allá de la red de tela metálica; lo que no era normal era que la alfalfa, de vez en cuando, ondeara en cierto punto.

Evidentemente había algo agazapado en medio de la alfalfa, y el instinto de cazador le decía a don Camilo, que no se trataba ni de un pollo ni de un gato.

Don Camilo no se movió; al contrario, entornó a medias la cortina de los ojos, haciendo ver que dormía para observar con más tranquilidad el fenómeno.

Y, unos momentos después, de la alfalfa surgió lentamente algo oscuro, luego algo más claro, y don Camilo sintió posados sobre él los ojos del *Secucho*.

Don Camilo contuvo incluso la respiración y vio que al cabo de unos instantes los ojos del *Secucho*, tranquilizados por la inmovilidad de don Camilo, abandonaban su primer objetivo y se fijaban en otros.

El Secucho seguía ahora los juegos de los niños: se ve que el asunto le interesaba mucho porque, en cierto momento, se olvidó de toda prudencia y sacó la cabeza para poder ver mejor.

Pero nadie lo notó y don Camilo se alegró.

De repente, la cabeza del *Secucho* se hundió entre la alfalfa y desapareció: una gran pelota de goma, con la que el grupo de los más mayorcitos se estaba distrayendo, de una fuerte patada había saltado por encima de la verja y había caído en medio de la alfalfa, a unos quince metros del límite del campo.

—¡Padre! ¡Se ha caído la pelota en el prado! ¿La podemos ir a buscar?

Don Camilo hizo ver que se despertaba sobresaltado.

—¿Otra vez la pelota en la alfalfa? —gritó furioso—. ¿Cuántas veces os tendré que decir que vayáis con cuidado? ¡No se puede pisar la alfalfa! Como castigo, basta de pelota por hoy. Dejadla donde está. ¡Ya la iréis a buscar mañana! ¡Y ahora dejadme tranquilo, que tengo sueño!

Los chiquillos protestaron un poco, hasta que al descubrir una pelota de trapo volvieron a jugar, y don Camilo volvió a tumbarse, haciendo ver que dormía.

Pero estaba más despierto que nunca.

Y así, al cabo de diez minutos, la alfalfa se empezó a mover; pero la cabeza del *Secucho* no volvió a aparecer. La alfalfa se movía, si bien la zona ondulante se alejaba ahora de la verja.

El Secucho estaba huyendo, siguiendo un itinerario más bien extraño, porque la marcha tendía a alcanzar el centro del prado de alfalfa.

«Se ve que atraviesa en diagonal —pensó don Camilo—, para salir bordeando luego por el seto del canal».

Sin embargo, al llegar a cierto punto, *el Secucho* se paró, luego cambió de ruta y, en vez de seguir hacia la derecha, lo hizo decididamente a la izquierda.

El pirata había alcanzado la pelota, se había apoderado de ella y se llevaba ahora a salvo el botín.

—¡Por Barrabás! —masculló don Camilo cuando se dio cuenta de la táctica del corsario de la alfalfa—. ¡Has dado el golpe! ¡Pero, al llegar al límite, donde se acaba la alfalfa, bien tendrás que salir y ponerte al descubierto!

Pero *el Secucho* sabía muy bien cómo apañárselas y, al llegar al límite de la zona, siguió arrastrándose a gatas por la hierba, bordeando la hilera de matas hasta ir a parar al pequeño foso que corría al final del prado.

Una vez alcanzada, podría proseguir a descubierto.

—Jesús —susurró don Camilo, casi espantado—, ¿quién le puede haber enseñado a un mocoso de cinco años tamaña astucia?

—Don Camilo —respondió el Cristo—, ¿quién enseña a nadar a los pececillos? Es el instinto.

—¡El instinto! —dijo, sombrío, don Camilo—. ¿O sea, que los hombres tienen el instinto del mal?

Don Camilo facilitó otra pelota a los chiquillos y no habló a nadie de la hazaña del *Secucho*. Esperaba volver a ver al *Secucho*: quizá aquella pelota había funcionado de anzuelo y de cebo. Cada día miraba el prado de alfalfa; pero no advirtió ninguna ondulación.

Luego supo que *el Secucho* estaba enfermo y, que desde hacía un tiempo, no se movía de casa.

Al *Secucho*, efectivamente, le había entrado la fiebre la misma noche de la hazaña. En el pequeño foso al borde del prado de alfalfa había encontrado

agua y, para no descubrirse, había continuado su marcha arrastrándose por el suelo y empapándose como una esponja.

Antes de entrar en casa había hecho un hoyo y había enterrado dentro la pelota. La Jo’ había vuelto del trabajo y se había encontrado al chiquillo helado como un polo.

Al principio parecía algo sin importancia, que se podía curar con un poco de calor y algunos comprimidos, pero el asunto se había complicado y, una noche, *el Secucho* empezó a delirar.

No dejaba de farfullar siempre las mismas palabras, que la Jo’ no conseguía entender; finalmente comprendió que el niño hablaba de una pelota grande de goma.

—Bueno —le tranquilizó la mujer—. Ahora tienes que curarte y después te compraré la pelota de goma.

Pareció que el *Secucho* se tranquilizó, pero a la noche siguiente, cuando la fiebre le subió, volvió a empezar con la pelota:

—La pelota… La pelota grande…

—Estáte tranquilo: no te agites. ¡Ya te he dicho que te la compraré cuando te cures!

—No… No…

—¿La quieres ahora? Si te estás quieto, te la voy a comprar.

—No… No… La pelota…

Evidentemente era como una idea fija. Fenómenos del delirio. Hasta el doctor dijo que no hay que buscarle ningún sentido a lo que puede decir un niño delirando.

Por eso, a la noche siguiente, cuando el chiquillo empezó a desvariar con el mismo tema, la Jo’ se limitó a contestar:

—Sí, sí, está bien…

El niño deliró hasta la una de la noche; luego, la fiebre lo agotó y se pudo dormir.

Entonces la Jo’ se fue a echar, muerta de cansancio, a su cama.

Aquella mañana, don Camilo se había levantado pronto y, a las cinco, estaba ya afeitándose ante el espejito que había colgado en la falleba de la hoja de la ventana de su habitación.

Era una hermosa mañana, fresca pero nítida, y don Camilo se entretenía con la hoja de afeitar y con la brocha, en parte porque no tenía prisa, y en parte porque, desde allí arriba, veía la gran extensión de campos verdes, y la orilla y los chopos junto a la orilla, y entre los chopos destellaba el río.

Allí abajo estaba el recinto de los juegos con los caballitos, el columpio, etc.; todo ello quieto, silencioso, desierto; aunque dentro de pocas horas iba a llegar toda la banda. Sonrió pensando en las caritas frescas y limpias, en los ojitos que aún tendrían dentro cachitos de sueño.

Miró la alta red metálica y el prado de alfalfa e instintivamente dijo:

—Aquel barrabás estaba allí…

Se sobresaltó al ver navegar por en medio de la alfalfa algo blanco. No entendía qué podía ser, pero cuando aquello estuvo a pocos metros de la red metálica, lo comprendió.

Era *el Secucho*, que caminaba tambaleándose como un sonámbulo borracho. *El Secucho*, embutido en un largo y amplio camisón que no era más que una vieja camisa de su padre.

El Secucho tropezó, se cayó, se levantó, pero proseguía avanzando hacia la red y, sujeta contra su pecho, llevaba la gran pelota de goma.

Cuando llegó bajo la verja, *el Secucho* tiró la pelota.

La quería echar dentro del campo de jugar, pero la red era demasiado alta y la pelota no entró.

El Secucho recogió la pelota y la volvió a lanzar, pero nuevamente la pelota chocó contra la red.

Don Camilo estaba jadeando y tenía la frente llena de sudor:

—Jesús —imploró—, ¡haz que tenga fuerzas para echarla dentro!

El Secucho estaba agotado y los bracitos, que le salían de las enormes mangas de la vieja camisa del *Seco*, parecían aún más escuálidos; le costaba mantenerse en pie y, antes de volver a lanzar la pelota, tardó un rato. Por fin la lanzó.

Don Camilo cerró los ojos y, cuando los volvió a abrir, la pelota estaba dentro del campo de juegos, y *el Secucho* estaba tendido en la alfalfa, inmóvil y rígido, como muerto.

Don Camilo se precipitó por las escaleras y, al cabo de un instante, se hallaba en la alfalfa. Se inclinó para recoger al *Secucho y*, al sentirlo tan ligero entre sus manos, se estremeció y se le llenó el alma de temor.

El Secucho abrió un momentito los ojos y, viéndose entre los garfios del hombretón, susurró:

—Padre Zapatones…, la pelota está dentro…

—¡Muy bien, muy bien! —contestó don Camilo.

El campanero, que había corrido a avisar a la Jo', se encontró a la desgraciada gritando como una loca porque había descubierto la desaparición de su hijo. Y cuando, al cabo de poco rato, se encontró en el cuarto de estar de

la rectoría al chiquillo tumbado en el sofá que habían colocado delante del fuego de la chimenea, se quedó parada.

—Lo he encontrado desvanecido en el prado de alfalfa, hace veinte minutos —explicó don Camilo.

La mujer abrió los brazos:

—¿En el campo de alfalfa? ¿Y qué iba a hacer? Ahora sí que ya no entiendo nada.

—¿Y cuándo has entendido algo? —replicó don Camilo.

Llegó el doctor y dijo a la Jo' que ni se soñara con mover de allí al chiquillo. Le puso una inyección al enfermo. Explicó a la Jo' lo que tenía que hacer.

Mientras tanto, don Camilo se estaba preparando en la sacristía para la misa.

—Jesús —exclamó don Camilo, dirigiéndose al Cristo del altar mayor—. ¿Cómo puede haber actuado así este niño, con la tremenda educación que ha recibido? ¿Quién puede haberle enseñado la diferencia que existe entre el bien y el mal si ha vivido siempre en el mal?

El Cristo sonrió:

—Don Camilo, ¿quién enseña a nadar a los pececillos? Es el instinto. La conciencia no se enseña; la conciencia es instinto, don Camilo. La conciencia no es algo que se pueda dar a quien no la tiene. No es llevar desde fuera una lámpara encendida a un cuarto oscuro. Sino que la lámpara ya ardía, y el cuarto estaba oscuro porque la lámpara estaba cubierta por un espeso velo, y al sacarle el velo, la estancia se ilumina.

Don Camilo extendió los brazos:

—Jesús, pero ¿quién le ha quitado el velo a la lámpara que ardía en el alma de ese niño?

—Don Camilo, cuando se aproxima la oscuridad de la muerte, cada uno busca instintivamente dentro de sí un poco de luz. No investigues el cómo y date por satisfecho. Da gracias a Dios de que ese chiquillo haya hallado la luz que ardía bajo el velo.

El Secucho se quedó dos semanas en la rectoría y la Jo' todos los días, mañana y tarde, lo iba a ver; no entraba, sin embargo; se quedaba fuera, delante de la verja de la ventana del cuarto de estar.

Golpeaba los cristales; don Camilo abría y la Jo' refunfuñaba:

—He venido a ver a mi hijo a la cárcel.

Don Camilo no contestaba y dejaba que la Jo' charlara sola con *el Secucho*.

Pero al cabo de quince días don Camilo entró improvisadamente en la rectoría y encontró al *Secucho* que estaba desinflándole las ruedas de la bicicleta.

Entonces le lió todos sus bártulos en un hatillo, se lo puso debajo del brazo, lo sacó fuera y le dijo:

—¡Lárgate! Ya estás curado.

Al atardecer llegó la Jo' toda orgullosa.

—¿Qué le debo por las molestias? —preguntó.

—Nada. La única gran recompensa que me puedes dar es no dejarte ver más por mí *per omnia saecula saeculorum*.

—Amén —masculló la Jo'.

Se marchó; pero por despecho, el domingo siguiente la Jo' estaba en la iglesia en la misa de las once. En primera fila, junto con *el Secucho*.

Don Camilo, al encontrársela allí delante, le lanzó una mirada tremenda y, por el descaro con que la Jo' correspondió a la mirada, don Camilo comprendió perfectamente que la Jo' le estaba diciendo mentalmente: «Padre Zapatones, ¡es inútil que me mires con esos ojos: no me asustas!».

Paisaje y figura

Una mañana llegó un joven en bicicleta y, parándose delante de la iglesia, empezó a mirar a su alrededor como si buscara algo.

De repente pareció que había encontrado lo que le interesaba y, después de haber apoyado la bicicleta contra una columna, empezó a afanarse alrededor del fardo que llevaba en el portapaquetes.

Sacó un taburete plegable, un caballete, una caja de pinturas, un lienzo y, al cabo de pocos minutos, ya estaba trabajando.

Afortunadamente, los chiquillos estaban en la escuela, y así el pintor pudo trabajar tranquilo durante una buena media hora. Pero luego empezó a llegar gente de todas partes, y pronto, el joven sintió sobre su pincel el peso de cien ojos curiosos.

Andando poco a poco, como si pasara por allí por casualidad, también llegó don Camilo, y alguien le preguntó en voz baja qué pensaba del asunto.

—Es demasiado pronto para poder juzgar —respondió don Camilo.

—No entiendo qué tiene de bonito ese pórtico —murmuró un joven del grupo de los intelectuales—. Hay temas mucho más pintorescos a lo largo del río.

El joven lo oyó y, sin volverse, dijo:

—Lo pintoresco está bien para las postales. La Tierra Baja me gusta precisamente porque no es pintoresca.

La afirmación dejó perpleja a la masa, que continuó siguiendo con desconfianza el trabajo del joven hasta mediodía. Después, a mediodía, se marcharon todos; el joven se quedó solo y pudo seguir dando pinceladas sin ninguna preocupación durante dos horas seguidas.

Y así, cuando el pueblo volvió a disfrutar del espectáculo, el cuadro mereció que alguien se fuera corriendo a la rectoría a avisar a don Camilo:

—¡Padre, venga a ver qué maravilla!

La verdad es que el joven lo sabía hacer muy bien, y Peppone, que estaba entre los espectadores, expresó, con palabras muy sencillas, el punto exacto de la situación:

—¡Mirad lo que es el arte! ¡Hace casi cincuenta años que veo todos los santísimos días ese pórtico, y sólo ahora me doy cuenta de lo hermoso que es!

El joven estaba cansado: guardó la paleta y los pinceles y, cerrando la caja, se levantó.

—¿Ha acabado ya? —preguntó alguien.

—No; lo acabare mañana. Ahora ha cambiado la luz. Hay todo un juego de colores distinto.

—Si quiere guardar el material en la rectoría, tengo todo el sitio que precise y nadie le tocará nada —dijo don Camilo, al ver que el joven estaba preocupado por dónde colocar el lienzo aún fresco de pintura.

—Se lo agradezco mucho —contestó el joven.

—¡Estaba seguro de que lo pescaría! —murmuró Peppone, marchándose despechado.

Después de haber colocado todos sus bártulos en el gran armario del vestíbulo de la rectoría, el joven preguntó a don Camilo:

—Padre, ¿podría indicarme algún sitio para comer y dormir que no cueste mucho?

—Sí —contestó don Camilo—. Aquí.

El joven lo miró asombrado.

—Usted es un artista y me siento muy satisfecho de poderlo alojar —explicó don Camilo.

En la sala de estar el fuego estaba encendido y la mesa estaba puesta. El joven tenía frío y estaba hambriento, y a medida que comía, su cara recobraba los colores.

Eso también era pintura.

—No sé cómo agradecérselo, padre —dijo al final.

—No tiene por qué agradecérmelo —contestó don Camilo—. ¿Se va a quedar mucho tiempo por aquí?

—Mañana por la tarde vuelvo a la ciudad —explicó el joven.

—¿Ya se ha acabado su entusiasmo por la Tierra Baja?

—Se me ha acabado el dinero —suspiró el joven.

—¿Tiene mucho trabajo en la ciudad?

El joven se puso a reír.

—Vivo al día.

Don Camilo le miró.

—Yo no puedo darle dinero porque no lo tengo —dijo—. Pero si me hace algún trabajo para la Iglesia, le puedo dar de comer y dormir durante un mes.

Piénselo.

—Ya lo he pensado —respondió el joven—. Se trata de un contrato que me interesa. Con tal de que me deje tiempo para pintar también para mí.

—¡Claro está! —exclamó don Camilo—. Basta con que le dedique a la iglesia un par de horas al día. Ya verá que lo que hay que hacer no es mucho.

La iglesia había sido reparada hacía un mes y donde habían arreglado el yeso se habían borrado las decoraciones interiores. Había que retocar y completar las decoraciones.

El joven, al ver de lo que se trataba, se sonrió:

—¿Eso es todo?

—Sí; eso es todo.

—En un día se lo arreglo todo, padre. No puedo aceptar el contrato. No sería honesto por mi parte. Tendría que darme algo más que hacer.

Don Camilo extendió los brazos.

—En realidad, habría algo más —respondió—. Pero es un trabajo de envergadura, de compromiso y no me atrevo ni a hablar de ello.

—¡Vamos: dígamelo!

Don Camilo se acercó a la balaustrada de una capillita lateral y encendió la luz.

—¡Mire qué desastre!

El joven levantó la mirada y vio sólo una gran mancha que afeaba la pared encima del altar.

—Una filtración de agua —explicó don Camilo—. Nos hemos dado cuenta demasiado tarde. Una vez reparado el techo, el yeso ha saltado porque, con el hielo, se ha despegado de la pared. Y la imagen de la Virgen ha quedado destruida.

El joven meneó gravemente la cabeza.

—Es todo un desastre —dijo—. Hay que volver a enyesar la pared, porque el yeso que ha quedado ya no sirve.

—¡Si se tratara sólo de enyesar, el desastre no tendría importancia! —exclamó don Camilo—. Es la imagen de la Virgen la que hay que pintar de nuevo.

—Esto corre de mi cuenta —se avino el joven—. Usted haga restaurar la pared. Mientras tanto yo estudiaré la figura y prepararé el cartón y el material de espolvorear. Cuando llegue el momento, me tendrá que poner a disposición un albañil para el revoque. Conozco bien la técnica de la pintura al fresco. Pero quiero trabajar tranquilo: ya verá el trabajo cuando esté acabado. Para mí es una tortura trabajar con los ojos de la gente posados en mí.

Don Camilo estaba tan contento que no tuvo ni aliento para contestar: «Sí, señor».

El joven era un artista apasionado y, además de encontrarse en un ambiente de su agrado, el hecho nuevo de poder comer con regularidad y en abundancia, cada día, le había conferido un entusiasmo extraordinario. Así que una vez acabado —entre la aprobación incondicional del pueblo— el cuadro de los pórticos de la plaza, partió al descubrimiento de la Tierra Baja y a la búsqueda de la inspiración para la Virgen de don Camilo.

No podía pintar una Virgen convencional: tenía que espiritualizar un rostro auténtico. Esa imagen no tenía que ser sólo un homenaje a don Camilo, sino un homenaje a la pintura.

Durante la primera semana liquidó los remiendos y retoques de las decoraciones. Y hasta hizo más, porque restauró la gran pintura al óleo que había sobre el coro: porque no se sentía a gusto.

Sólo cuando encontrara la inspiración para la Virgen de la capillita, la inquietud que cada día le iba en aumento se le aplacaría.

Pero, al final de la segunda semana, las cosas habían notablemente empeorado para el joven: la pared de la capillita, ya totalmente restaurada, le estaba esperando, y el joven aún estaba sin saber que hacer.

El joven había mirado miles de mujeres, entre las del pueblo y las de las aldeas, pero no había encontrado una cara interesante.

Don Camilo pronto se dio cuenta de que algo no funcionaba: parecía como si el pintor hubiera perdido las ganas de trabajar, y, más de una vez, volvía a casa sin ningún apunte.

—¿Ya no le interesa la Tierra Baja? —preguntó una noche don Camilo—. Quedan aún tantas cosas bellas que no ha captado en sus lienzos.

—¡Ahora sólo me interesa una cosa bella que no consigo descubrir! —contestó, con una voz completamente descorazonada, el joven.

A la mañana siguiente, el pintor montó en la bicicleta y se puso en camino con este firme propósito: «Si no la encuentro, esta noche me voy».

Dio vueltas, dejándose llevar por el azar; entraba en las eras para pedir un vaso de agua o cualquier cosa; se paró cada vez que se cruzó con una mujer, pero sólo consiguió aumentar su amargura.

Al mediodía se encontró en La Rocca, la aldea más cercana al pueblo, y se detuvo a comer algo en la fonda del Faisán.

No se sentía con ganas de volver a casa.

El comedor del Faisán, una estancia baja que tenía unas vigas decoradas con las oleografías del Otelo, estaba desierto.

Apareció una vieja y el joven pidió pan, salchichón y un vaso de vino.

Al cabo de poco rato, una mano puso ante él, en la superficie oscura de la mesa, el salchichón, un vaso de vino y un trozo de pan; el pintor levantó la vista y se quedó sin aliento.

¡Había encontrado la inspiración!

La inspiración tenía como máximo veinticinco años y actuaba con la arrogancia de una chica de dieciocho. Pero lo que al joven le interesaba era el rostro de la mujer.

Y se quedó mirando embobado aquella cara que hacía tiempo que andaba buscando.

La muchacha sostuvo su mirada un poco y luego saltó:

—¿Qué pasa? —preguntó con voz dura—. ¿La ha tomado conmigo?

—Perdone —balbuceó el joven, confundido.

La muchacha se fue, y luego volvió al cabo de un rato, sentándose junto a la puerta y poniéndose a coser.

El joven no pudo resistir: sacó una cartulina y se puso a dibujar.

No duró mucho, porque la muchacha, al sentirse observada, levantó la cabeza y dijo:

—¿Se puede saber qué hace?

—Si me lo permite, quisiera hacerle un retrato —respondió el joven.

—¿Un retrato? ¿Por qué?

—Soy pintor de profesión —explicó el joven—, y a los pintores nos interesa todo lo que es bello.

La chica hizo una mueca de compasión, se encogió de hombros y se puso a trabajar.

Estuvo allí quieta más de una hora; luego se levantó y se acercó al joven:

—¿Puede verse lo que ha hecho?

El joven pintor le mostró el apunte.

—¿Soy así yo? —dijo, riéndose, la chica.

—Apenas está esbozado, señorita, si me lo permite, vendré mañana a acabarlo.

La muchacha recogió el plato y el vaso.

—¿Cuánto es? —preguntó el joven.

—Ya pagará mañana.

El pintor, en cuanto regresó a la rectoría, se fue a encerrar a su habitación, donde se quedó dibujando hasta la noche.

A la mañana siguiente siguió dibujando: salió hacia mediodía, cerrando la puerta con llave.

—Padre —explicó—, ya lo tengo. ¡Ha llegado la inspiración!

Partió pedaleando a todo gas y encontró en el Faisán todo como el día anterior: el comedor desierto, pan, salchichón, vino y la inspiración sentada junto a la puerta.

Esta vez, al cabo de un par de horas de posar, la muchacha, al ver el resultado del trabajo del joven, pareció más satisfecha que el día anterior.

—Así está mejor —dijo.

—Si pudiera volver también mañana, la cosa aún iría mejor —suspiró el joven.

Resulta que el joven volvió dos veces más: después no se dejó volver a ver por el Faisán porque tenía otras cosas en que pensar.

Se quedó encerrado durante tres días en su habitación; después, una vez puesto de acuerdo con el albañil, empezó a trabajar en la capillita.

Empezó a trabajar lleno de ardor, y nadie podía ver lo que nacía, porque un robusto e impenetrable tabique había sido alzado ante la capilla, que la aislaba del resto de la iglesia. Y sólo el joven podía entrar en la capilla, porque sólo él tenía la llave del candado que cerraba la portezuela de acceso.

Don Camilo ardía de curiosidad, pero conseguía dominarse y se contentaba con preguntar cada noche al joven:

—Bueno: ¿qué tal va?

—¡Ya verá, padre! —respondía el joven, excitadísimo.

Y llegó finalmente el día fatal.

El pintor, una vez acabado su trabajo, cubrió el fresco con una tela, hizo quitar el tabique de madera y se fue a llamar a don Camilo:

—Padre, ya está.

Don Camilo en un periquete estuvo ante la balaustrada de la capillita y esperó, latiéndole fuertemente el corazón.

El joven, con una pértiga, dejó caer el telón que tapaba a la Virgen del Río.

Era algo estupendo, y don Camilo se quedó boquiabierto ante aquella aparición.

Luego, de repente, sintió como si una mano le atenazara el corazón y la frente se le cubrió de sudor.

Y se le escapó un grito, lleno de angustia:

—¡La Celestina!

El joven le miró extrañado.

—¿Qué Celestina?

—¡Ésa es la Celestina, la hija de la dueña del Faisán!

El joven extendió los brazos.

—Sí —admitió tranquilamente—. Es una muchacha que he encontrado en el Faisán.

Don Camilo agarró la escalera de mano y, entrando en la capillita, la apoyó contra la pared del fondo y tapó la imagen con la tela.

El joven no entendía nada.

—Padre —preguntó a don Camilo cuando éste bajó—. ¿Se ha vuelto loco?

Don Camilo no contestó y se fue corriendo a la rectoría, a donde le siguió el joven, cada vez más aturdido.

—¡Sacrilegio! —jadeó al llegar al comedor—. ¡La Celestina del Faisán! ¡La Celestina del Faisán! ¡La Virgen con la cara de la Celestina del Faisán! Pero ¿no sabe usted quién es la Celestina del Faisán?

El joven palideció.

—¿Usted no sabe que la Celestina del Faisán es la más consumada comunista de la zona? ¿No sabe que hacer una Virgen con la cara de la Celestina del Faisán es como hacer a Jesucristo con la cara de Stalin?

El joven consiguió calmarse un poco.

—Padre —dijo—, yo no me he inspirado en las creencias políticas de esa muchacha; yo me he inspirado en su cara. Su cara es hermosísima y la belleza no se la ha regalado el partido, sino Dios.

—¡Pero el alma negra que esconde bajo esa belleza se la ha regalado el demonio! —gritó don Camilo.

—La Belleza no es nunca un don del demonio —replicó el joven—. Todo lo que es bello es un don divino.

Don Camilo levantó los brazos hacia el cielo:

—¡Usted ha cometido un sacrilegio! Y si no supiera que ha actuado de buena fe, ya le habría enviado al demonio. ¿No se da cuenta de la enormidad del hecho?

El pintor meneó la cabeza.

—No —respondió—. Tengo la conciencia muy tranquila. Para pintar la cara de la Virgen he buscado inspiración en la cara más hermosa que he encontrado.

—¡Usted, a pesar de sus buenas intenciones, ha hecho el retrato a un tizón infernal! ¡A una excomulgada! ¿No le parece un enorme sacrilegio dar a la

Virgen las semblanzas de una mujer excomulgada? ¿A la Virgen del Río? ¡La Virgen excomulgada, éste es el nombre apropiado!

El artista sentía ganas de llorar:

—Y yo que tanto he buscado y que he puesto toda mi pasión en espiritualizar ese rostro…

Don Camilo agitó los brazos con violencia:

—Pero ¿qué quiere espiritualizar? ¿Cómo puede espiritualizar una cara tan vulgar como la de la Celestina? ¿Una mujer que cuando se pone a soltar palabrotas hace que se sonrojen hasta los carreteros? Pero ¿cómo se puede tener la desfachatez de pensar que la Virgen pueda tener la cara aviesa de la Celestina del Faisán?

El joven se fue a tumbar en su cama. No bajó a cenar y don Camilo ni intentó llamarlo. Pero hacia las diez de la noche subió a buscarlo.

—Bueno: ¿está convencido de haber cometido un sacrilegio? Espero que haya repasado con mente serena sus bocetos y que se haya dado cuenta de que no es posible encontrar en el mundo una cara más vulgar que la de esa chica. Usted es joven, ha visto una muchacha provocadora y los ojos del artista han dejado de funcionar dando paso a los del mujeriego.

El pintor meneó la cabeza.

—Usted me juzga mal, padre. Me insulta sin razón.

—¡Pero coja sus apuntes! ¡Mírelos!

—Lo he roto todo —respondió el joven.

—Vamos abajo —exclamó don Camilo—. Quiero que se convenza.

Bajaron a la iglesia, silenciosa y solitaria, y al llegar a la capillita don Camilo dejó caer con la pértiga el telón que cubría el fresco.

—Míreselo con calma y dígame si tengo o no razón.

El joven miró el fresco, lo iluminó con los reflectores, lo volvió a mirar, y luego dijo que no con la cabeza.

—No, padre: esa cara no es aviesa ni vulgar.

Don Camilo se sonrió maliciosamente y se puso a estudiar cejudo el fresco.

La Virgen del Río tenía una cara dulce, serena, y los ojos eran limpios y puros.

—¡Es para volverse loco! —gritó, irritado, don Camilo—. ¡Quisiera saber cómo se las ha arreglado para encontrar espiritualidad en la cara de esa desgraciada!

—Padre, ¡o sea, que usted reconoce que esta imagen tiene una cara espiritual y no aviesa, vulgar y perversa!

—La imagen tiene una cara espiritual…, ¡pero la Celestina tiene una cara vulgar y perversa! Y todos los que vean la imagen dirán: «Anda: la Celestina disfrazada de Virgen».

—Padre —exclamó el joven—, no hay que hacer tragedias. Mañana por la mañana se borra todo y se vuelve a hacer de nuevo.

Don Camilo volvió a cubrir el fresco y apagó la luz.

—Mañana por la mañana lo decidiremos —dijo—. Lo malo, por desgracia, es que, como pintura, el fresco es bellísimo y sería un delito destruirlo.

La verdad es que la Virgen del Río le gustaba muchísimo al pobre don Camilo. Para él, aquella pintura era una obra maestra. Era lo más bello que había visto. Pero, sin embargo, ¿cómo podía tolerar que la condenada Celestina apareciera en el altar como la Virgen?

Al día siguiente, don Camilo recurrió a los cinco o seis feligreses de más confianza y, llevándolos ante la capillita, bajó el telón y dijo:

—Expresad libremente vuestra opinión.

Y todos, tras haber exclamado: «¡Maravilloso!», tuvieron un sobresalto y añadieron horrorizados:

—¡Pero si es la Celestina del Faisán!

Don Camilo explicó la desgracia acaecida al pobre pintor y concluyó:

—Sólo se puede hacer una cosa: borrarlo todo.

—¡Es una lástima porque es una obra de arte! —comentaron los de la comisión—. Por otra parte, no se puede permitir que la Virgen lleve la cara de una mamita excomulgada…

Don Camilo volvió a dejar caer el telón y rogó a los de la comisión que no comentaran nada.

El resultado fue que la voz circuló inmediatamente y en seguida hubo una gran afluencia de gente ante la capillita; pero la imagen estaba tapada y el paso a la capillita estaba cortado.

La voz circuló incluso fuera del pueblo, y la misma noche, mientras don Camilo estaba cerrando el portón de la iglesia, surgió de la sombra una cara ceñuda.

Era la Celestina del Faisán.

—¿Qué quiere? —preguntó seco don Camilo.

—Tengo que decirle unas palabras a ese desgraciado imbécil —murmuró, sombría, la Celestina.

Don Camilo se volvió: el joven se estaba acercando.

—Aparte del hecho que usted ha venido cuatro veces a comer a casa sin pagar —exclamó amenazadoramente la Celestina— quisiera saber quién le ha dado el derecho de denigrarme sirviéndose de mi cara para ir pintando Vírgenes.

El joven miró pasmado y casi horrorizado a la Celestina: ahí estaba el rostro vulgar, avieso, perverso del que hablaba don Camilo. Se preguntó angustiado cómo había podido encontrar algo de espiritualidad en aquella cara.

Balbució algo, pero la chica no le dejó chistar:

—¡Es un imbécil!

Don Camilo intervino:

—Oiga, joven; no arme jaleo y lárguese. Aquí no estamos en su fonda, estamos en la iglesia.

—¡Usted no tiene derecho de explotar mi fisonomía para sus Vírgenes! —replicó ásperamente la Celestina.

—Nadie ha pensado en aprovecharse de usted —afirmó don Camilo—. No sé qué anda buscando.

—¡Hay gente que ha visto la Virgen con mi cara! —gritó la Celestina—. ¡Mienta si se atreve!

Don Camilo se sintió incómodo.

—No hay ninguna Virgen con su cara ni podría haberla —replicó don Camilo—. De todos modos, puesto que en la imagen pintada por este joven alguien ha encontrado cierto parecido con usted, aunque remoto, mañana se arrancará la imagen y se volverá a pintar.

—¡La quiero ver! —exclamó la muchacha—. Y quiero que sea borrada inmediatamente mi cara. En presencia mía.

Don Camilo miró aquel rostro desfigurado por la cólera: pensó en la dulce cara de la Virgen del Río y dijo:

—No es su cara. Puede comprobarlo.

La chica caminó decidida hacia la capillita y, al llegar ante la barandilla, se paró.

Don Camilo tomó la pértiga y dejó caer la tela que tapaba la imagen.

Luego miró a la Celestina.

La Celestina se quedó inmóvil, contemplando el fresco y entonces sucedió algo inesperado, extraordinario.

El rostro de la Celestina se fue distendiendo poco a poco, sus ojos endiablados cada vez se volvían más dulces, más serenos.

Del rostro de la Celestina desapareció todo rastro de vulgaridad y cada vez su cara se iba volviendo más igual al rostro de la imagen.

El joven se agarró a un brazo de don Camilo.

—Así es como la he visto yo —susurró al oído de don Camilo.

Don Camilo le hizo señal de que estuviera callado.

Hubo unos instantes de silencio y luego se oyó la voz queda de la Celestina:

—¡Qué hermosa es!…

La Celestina no se cansaba de mirar la imagen; de repente se volvió a don Camilo:

—¡No la borre, por favor! —imploró llena de angustia—. ¡Espere!

Entonces se arrodilló ante la Virgen del Río y se santiguó.

Don Camilo se quedó sin aliento y vio pasmado cómo la Celestina se alejaba sollozando, seguida por el pintor.

Al volver a estar solo en la iglesia, don Camilo cubrió de nuevo la imagen y luego fue a confiarse al Cristo del altar mayor:

—Jesús —jadeó—, ¿qué está pasando?

—No entiendo de pintura —respondió, sonriendo, el Cristo.

Al día siguiente el joven montó en la bicicleta y se fue pedaleando hasta el Faisán.

La fonda estaba desierta y la Celestina estaba cosiendo con la cabeza inclinada sentada en el sitio de siempre.

—He venido a pagar mi deuda —dijo el pintor.

La Celestina alzó lentamente la cabeza y el joven sintió el corazón henchido de consuelo porque la Celestina tenía la cara dulce y serena del retrato.

—¡Qué bien pinta! —suspiró la Celestina—. ¡Qué hermosa es aquella Virgen!

El joven balbuceó algo y la Celestina añadió:

—Es demasiado hermosa: ¡no la tienen que borrar!

—Ya: también lo siento yo, porque al pintarla he puesto toda mi alma y todo mi corazón, pero la gente dice que es imposible dejar en la iglesia una Virgen con la cara de una excomulgada…

La Celestina sonrió:

—Ya no soy una excomulgada: esta mañana ya he hecho lo que tenía que hacer.

El pintor respondió que no la entendía, y entonces la Celestina se lo explicó todo. Luego aprovechó el asombro del joven para preguntarle si era su mujer la que se cuidaba de su ropa, y el otro explicó que nadie se ocupaba de su ropa porque estaba solo en el mundo y vivía como un perro.

Entonces ella observó suspirando, que, a cierta edad, la soledad pesa incluso a las mujeres más cortejadas y que se siente la necesidad de crear una familia.

Entonces el desgraciado admitió que siempre había soñado con crear una familia, pero que apenas podía apañárselas para vivir él solo.

Entonces la Celestina replicó razonadamente que esto le pasaba porque vivía en la ciudad, donde todo cuesta el doble. Mientras que, si viviera en el campo, encontraría las cosas más fáciles y aún más si la suerte le hiciera encontrar una buena chica con una casa pequeña pero limpia y un negocio pequeño pero rentable.

Entonces el pintor dijo algo, aunque en seguida sonó el mediodía, porque las horas pasan terriblemente de prisa cuando se habla de estos asuntos, y la chica se levantó y le fue a preparar pan con salchichón y vino.

Después de comer, el joven preguntó:

—¿Cuánto es?

—Ya pagará mañana —contestó la Celestina.

La Virgen del Río quedó oculta bajo el telón durante un mes aproximadamente. Pero el día en que el joven y la Celestina se casaron con toda pompa y acompañamiento de órgano, don Camilo levantó el telón e inundó de luz la capillita.

Don Camilo estaba un poco preocupado por lo que podría decir la gente al ver que la Virgen del Río tenía la cara de la Celestina; pero la gente comentó simplemente:

—¡Imagínate! ¡Ya le gustaría a la Celestina ser tan hermosa como esa pintura! No se le parece en nada.

Mala hierba

Una encina de trescientos años parece algo formidable y se la mira con ojos llenos de reverente asombro. Después, cuando cae un rayo y la parte de arriba abajo, nos damos cuenta que una encina no es más que una brizna de hierba algo más gruesa que las demás briznas de hierba.

La gente miraba admirada e intimidada a Peppone, que emergía de la masa como una encina secular, pero un día, de improviso, todos se dieron cuenta que Peppone era simplemente un hombre algo más grande que los demás nombres.

Peppone, hacía ya cierto tiempo, tenía el motor bajo de revoluciones. Seguía funcionando porque el chasis era bueno; pero sentía que no podía durar mucho.

Para los hombres fuertes, tener que recurrir al médico es algo humillante, y casi se avergüenzan como si tratara de una cobardía. Y Peppone, hombre hasta quizá demasiado fuerte, aguantó meses y meses. Finalmente, y en parte también para hacer callar de una vez a su mujer, que no dejaba de atormentarle, cedió y fue al médico.

El doctor hizo todo lo posible para lograr comprender qué era lo que se había desengranado o descompensado en aquella gran máquina y, al final, abrió los brazos:

—Creo que tiene algo en los pulmones. Vaya a la ciudad y hágase una radiografía. Así lo veremos.

Peppone volvió a casa furioso. Explicó gritando a su mujer que el doctor era un cretino y que la historia de los rayos era un truco para sacarle dinero a la gente.

—Es toda una banda de forajidos —gritó—. El médico te manda al radiólogo, el radiólogo al cardiólogo, el cardiólogo al del hígado, el del hígado al cancerologo, el cancerologo al cirujano. Te abren, te vuelven a cerrar, te vuelven a abrir, te ponen treinta mil inyecciones, te atiborran de especialidades, te entierran meses y meses en una clínica tan cara como la

quinina y, al final, te vuelven a expedir a casa, después de haberte sacado el dinero y la salud. Que vaya él al radiólogo.

La mujer le dejó desfogarse; después empezó a remachar el clavo:

—Bueno: ¿y cuándo irás al radiólogo? ¿Por qué no vas al radiólogo?

Peppone resistió durante cinco o seis días. Después comunicó a su mujer las condiciones de la rendición:

—Iré si tú me acompañas.

Su mujer se fue con él a la ciudad y le hizo compañía en la sala de espera del radiólogo.

Peppone tuvo suerte, porque había una gran cantidad de gente esperando, y así se pudo ambientar y encontrarse con fuerzas para entrar solo en el despacho del radiólogo.

El radiólogo, hombre de poquísimas palabras, leyó la tarjeta de presentación del doctor y dijo a la enfermera que tomara nota del nombre. Después hizo su trabajo.

—Doctor, ¿qué tengo? —preguntó Peppone cuando el radiólogo hubo acabado.

—Tengo que estudiar la placa —respondió el radiólogo—. Mande a alguien pasado mañana a buscar las placas y el dictamen.

Peppone, una vez vuelto a vestir, volvió a la sala de espera más bien preocupado y le explicó el asunto a su mujer, que le animó:

—Si hubiera algo importante, te lo habría dicho en seguida. Si antes tiene que estudiar la placa, eso quiere decir que no ha encontrado nada.

Peppone se consoló, pero, una vez llegado a casa, volvió a sentirse preocupado.

—¿Por qué me ha dicho «Mande a alguien pasado mañana a buscar las placas y el dictamen»? ¿Por qué no me ha dicho: «Venga pasado mañana a buscar las placas y el dictamen»?

—¡No cojas manías por tonterías! —respondió la mujer.

—¡Qué porras de tonterías! ¡Cuando descubren que un enfermo tiene un mal muy grave, evitan decírselo para no impresionarlo y se lo dicen a los familiares!

La mujer intentó tranquilizarle, pero Peppone estaba ya en pleno derrumbamiento moral, y por eso tuvo que irse inmediatamente a la cama porque le había entrado una fiebre de caballo.

También al día siguiente se quedó en cama y, al llegar la noche, hizo llamar al doctor.

—Mañana por la mañana las placas estarán listas y yo, que he comprendido la antífona, estoy seguro que contienen algo malo.

—No se impresione…

—¡Deje estar! Lo que pasa es que yo no puedo ir porque me encuentro mal. Por otra parte, no quiero que vaya mi mujer porque si, como me temo, tengo un mal feo, no quiero que ella se entere. Ni mis hijos. O sea, que escríbale usted una tarjeta al radiólogo, diciendo que selle el sobre y que lo entregue sellado al portador de la tarjeta, que le llevará el sobre a usted, y luego ya lo hablaremos entre nosotros.

A la mañana siguiente, *el Flaco* partió en moto, retiró el sobre, pagó lo que se tenía que pagar y tomó el camino de regreso.

Mientras tanto, Peppone ardía.

Cuando Dios quiso llegó el doctor.

Peppone lo oyó entrar, oyó cómo su mujer preguntaba al doctor si había algo malo. Oyó cómo el doctor respondía alegremente:

—¡Nada grave, señora! ¡Tranquilícese!

Oyó cómo la mujer se alegraba por aquella buena noticia.

Y sintió también que la noticia no tenía nada de buena.

Lo comprendió al mirar al doctor, tan pronto en cuanto entró el joven en la habitación.

—¿Cómo está? —preguntó, intentando mostrarse jovial el joven doctor.

—¿Que cómo estoy? ¡Es usted quien tiene que decirme cómo estoy!

El joven médico no sabía por dónde empezar:

—No se preocupe: he visto las placas y el dictamen… Nada demasiado grave. Usted sólo tiene que estar muy tranquilo, no agitarse y seguir el tratamiento… Me pondré de acuerdo con su mujer para el tratamiento.

Peppone se incorporó en la cama.

—¡Doctor, usted no tiene que ponerse de acuerdo con nadie! —dijo sombrío—. ¡Usted sólo tiene que ponerse de acuerdo conmigo! Vamos: ¡suéltelo!

El joven médico se secó el sudor.

—Si se excita, es peor. Precisa de toda su serenidad…

—¡Lo que preciso es que deje de hacer comedia! —rugió Peppone—. ¡Saque el sobre!

El doctorcillo alargó los brazos, hurgó dentro de su cartera de piel y sacó los negativos y la hoja adjunta.

Peppone miró el material negro y gris de las placas, leyó las extrañas cosas que estaban escritas en el dictamen, y luego gritó:

—¡No entiendo nada! ¿Qué significa?

El joven médico empezó a pronunciar palabras difíciles. Peppone le interrumpió furioso:

—¡Pare! ¡Llame las cosas por su nombre! ¡Diga lo que tengo empleando las expresiones corrientes del pueblo!

El doctorcillo respondió que resultaba difícil encontrar en el lenguaje común una expresión que diera con exactitud la idea del mal, y Peppone resopló:

—¡Le voy a ayudar! ¿Qué es? ¿Un tumor maligno?

—¡No! —respondió el medicucho—. Empleando una expresión dialectal que se aproxima algo, se podría hablar más bien de eso que la gente llama tisis galopante…

Peppone se calmó y se relajó.

—¿Total?

—¿En qué sentido total? —balbuceó el joven médico.

—¡Total en el sentido de echar cuentas y conocer el punto exacto de la situación!

El doctorcito intentó afanosamente hablar en forma complicada, pero Peppone le cortó:

—Sólo hay dos posibilidades; o es que se cree que está tratando con una pobre mujer o esa mujer es usted. Yo soy todo un hombre y quiero tratar con nombres. Si no es capaz de darme la sentencia exacta, váyase de mi vista. Haré venir a un doctor de la ciudad.

El joven médico suspiró.

—¿Y bien? —intimidó Peppone.

—Bien: puesto que lo quiere, le diré que, según las placas y el dictamen, sus pulmones están en un estado que preocupa bastante. Tiene que ser inmediatamente ingresado en un sanatorio.

Peppone miró a los ojos al doctorcito.

—¿Y qué voy a hacer en un sanatorio?

El joven médico abrió los brazos:

—Usted es de una fortaleza excepcional y, ayudado por el tratamiento y el aire, se puede recuperar. Si se queda aquí, su suerte está irremediablemente perdida.

El joven médico se acercó y le explicó con gran exactitud el significado de las manchas negras y grises de los negativos.

—He comprendido —observó al final Peppone—. Como un motor con los cilindros cascados.

—No exactamente —rectificó el doctorcito.

—¡Cuestión de pocas revoluciones!

—Cambiando el régimen de revoluciones, el carburante y el lubricante, el motor puede seguir funcionando bastante aún. Incluso hasta años.

Peppone agarró al joven doctor por un brazo:

—Usted es un joven que conoce bien su oficio: ¿así, a ojo, sin contar con posibles milagros, cuánto tiempo me daría?

—Dos meses, señor alcalde —contestó el doctorcito, bajando la cabeza.

—Gracias —dijo Peppone—. Sobre todo: no se lo diga a nadie. Nadie lo tiene que saber. Ahora estoy agotado: es la fiebre. En cuanto me pase, me iré. Sobre todo se trata de un deber para con los míos. Cuéntele cualquier bola a mi mujer.

Pero el joven médico no pudo contarle ninguna bola a la mujer de Peppone, porque la mujer se había quedado escuchando detrás de la puerta y lo había oído todo. Y el doctor, al salir de la habitación de Peppone, se la había encontrado toda espantada.

—¡Cálleselo, no hable de esto con nadie! —le ordenó duramente el médico—. No empeore la situación. Diga que es la gripe.

La pobrecilla juró que no diría nada a nadie. Naturalmente, como era superior a sus fuerzas, se lo fue a confiar a su anciana madre. Así que, al día siguiente, la noticia corría por el pueblo.

La boca de una vieja es como un molino de viento.

Peppone se tuvo que quedar en cama dos días enteros: a la mañana del tercer día se levantó, al habérsele pasado la fiebre. Le había crecido la barba, pero no se quiso afeitar, porque no tenía valor de mirarse al espejo.

Salió de casa a escondidas y marchó decididamente hacia la casa del Pueblo. Era domingo y encontró a todo el estado mayor reunido.

—¡Salve, jefe! ¿Cómo está? —preguntó *el Flaco* al ver aparecer a Peppone.

—¡Bien! —contestó Peppone—. Todos tienen que pasar la gripe.

Se sacó del bolsillo medio toscano y se lo metió en la boca. Lo encendió, pero no tuvo tiempo de darle la segunda chupada, porque empezó a ahogarse como si alguien le hubiera metido un brazo en la garganta y le hubiera revuelto todo el estómago.

Le lloraban los ojos y, antes de que la carburación volviera a la normalidad, pasó cierto tiempo.

—¡No tendría que fumar! —exclamó *el Flaco*.

Peppone se encogió de hombros. Se tragó un vaso de agua y preguntó:

—¿Qué novedades hay?

Los hombres del estado mayor se miraron.

—¡Nada! —contestó *el Largo*—. La poca correspondencia que ha llegado ya ha sido despachada.

—¿Y quién ha firmado? —se informó Peppone.

—Yo —contestó *el Largo*—. Se trataba de cosas sin importancia de rutina administrativa.

Intervino *el Flaco*.

—En lugar de perder tiempo, ¡enséñele el libro de las copias! —exclamó impaciente.

El Largo abrió los brazos:

—¡No vale la pena! ¡Ya he dicho que se trata de cosas de rutina. Afiliaciones, campaña de prensa, etcétera!

El Flaco apretó los puños:

—¡*Largo*, muéstrale las copias y para de charlar!

El Largo hizo una gélida sonrisa:

—*Flaco*, métete en lo tuyo y baja las agallas que, si no, te las voy a bajar yo.

Peppone dio un puñetazo sobre la mesa.

—*Largo* —gritó—, ¡tráeme el libro inmediatamente!

—¡Con calma se hace todo, camarada! —contestó *el Largo* con una cara que daban ganas de abofetearle.

Algo tan extraordinario no había pasado nunca y Peppone quedó como fulgurado. Luego se recobró y estuvo a punto de saltar, pero sintió las manos del *Flaco*, del *Pardo* y del *Brusco* que le agarraban los brazos.

Peppone se volvió y se encontró con los ojos de siempre del *Flaco* de siempre, del *Pardo* de siempre, del *Brusco* de siempre.

Pero los ojos del *Largo*, del *Halcón*, del *Rojillo* y de los otros tres «muchachos» que estaban junto al *Largo* no eran los de siempre.

—Con calma se hace todo —repitió *el Largo*, poniéndose lentamente en marcha para ir a buscar el registro de las copias de las cartas a un cajón del escritorio.

Cuando Peppone hubo repasado las últimas páginas del libro pegó un manotazo sobre el registro.

—¡No está bien! —gritó.

El Largo extendió los brazos:

—Las respuestas han sido acordadas por todos y aprobadas por todos.

—¡Menos por nosotros tres! —replicó *el Flaco*.

—¡Claro: no estabais! Había que contestar con la máxima urgencia y me he tenido que aconsejar con los que estaban. El partido tiene que funcionar siempre. La marcha tiene que proseguir sin parar: no se puede parar para esperar al que se ha quedado atrás o al que ha caído en el foso.

Peppone no contestó: agarró el libro del registro y, apretándolo entre las manos, lo retorció para partirlo por la mitad.

Pero no consiguió ni doblarlo. Era como si Peppone se hubiera quedado sin músculos.

El Largo extendió los brazos.

—¡Otros tiempos! —suspiró—. ¡Necesitas mucho reposo, camarada!

Peppone volvió a dejar el registro en el escritorio. Se levantó y, sin mirar a nadie, salió.

Para volver a casa tomó el camino de los campos y caminó cabizbajo, aunque no estaba solo: *el Flaco, el Pardo y el Brusco* le seguían.

Cuando se dio cuenta, se volvió.

—¡Regresad! —dijo—. Vuestro puesto está allí.

—Nuestro puesto está junto a ti —respondió *el Brusco*.

—Si aún puedo daros una orden, os ordeno que volváis allí y que permanezcáis siempre allí: ahora más que nunca.

Los tres se miraron, luego dieron la mano a Peppone e hicieron marcha atrás.

Peppone se quedó solo y lentamente se volvió a encaminar hacia su casa.

Encontró al doctor que estaba esperándole:

—¡Tiene que irse en seguida! Su mujer y yo nos hemos preocupado de encontrar el sanatorio más adecuado.

—¡O sea, que me ha traicionado! —exclamó Peppone—. ¡Ha hablado!

—¡No, se lo juro! Su mujer lo ha oído todo. Estaba escondida detrás de la puerta.

Intervino su mujer:

—¡Sólo se lo he dicho a mi madre! ¡Te lo juro!

Peppone sonrió tristemente:

—Sabiéndolo tu madre, se explica todo. Me marcharé esta misma tarde. Haré el viaje en tren: no me siento en condiciones de soportar el traqueteo del coche.

Peppone se fue a encerrar en su habitación, donde estuvo echado hasta que no llegó, a eso de las cuatro de la tarde, el doctor.

Le tomó la temperatura y le auscultó el corazón.

—Puede viajar —concluyó—. Avisaremos por teléfono a la dirección del sanatorio. Usted no tiene que preocuparse de nada: llegará a S a las nueve de la noche. Allí estará esperándole el coche. Su mujer se encargará de que lleve todo lo necesario.

—Está bien —contestó Peppone—. Ahora lárguese. No quiero ver a nadie antes de irme. Tomaré el atajo del Bruciatino y cogeré el tren en la estación de Torricella. Que mi mujer se vaya con los chicos. Porque, si no, se me va a partir el corazón y me quedo aquí seco.

Cuando se quedó solo en casa, Peppone se arregló la ropa y bajó. Salió, pero antes de salir quiso echar una ojeada al taller.

Todo parecía estar en su sitio, pero, al mirar en torno, Peppone vio, abandonado en un rincón, el mazo, el que utilizaba para doblegar el hierro más grueso.

Lo levantó para ponerlo encima del yunque.

Pesaba terriblemente. Antes, poco antes, lo manejaba como si nada.

Según el joven médico, le quedaban como máximo dos meses de vida; al pensar en ello, se estremeció. Tenía que ir inmediatamente.

El sendero que atravesaba los campos pasaba, casi en seguida, por detrás de la iglesia: Peppone rodeó los muros de la iglesia y entró por la puertecita del campanario.

Don Camilo estaba retocando la imagen de san Antonio Abad y, al aparecérsele Peppone, así de forma tan inesperada, por poco se sobresaltó.

—¡Casi me has asustado! —murmuró.

—Los fantasmas siempre impresionan —respondió Peppone.

Don Camilo meneó la cabeza.

—Nos vamos, padre. Se alegrará de cambiar de alcalde.

—Yo no: un rojo vale lo mismo que otro y ninguno de los dos vale nada.

—Los habrá que se alegrarán cuando la palme, padre. Los mismos que estallaban de alegría al morirse Stalin.

—No digas memeces. Stalin era otra cosa.

Peppone se carcajeó:

—¡Dos meses! Palmaré justo a tiempo. ¡Buen golpe para las elecciones, padre! Buen golpe para las elecciones. ¡Qué triunfo, padre, cuando pase por el pueblo ante mi carro!

A don Camilo le dio un vuelco el corazón.

—¡Ah!… —balbuceó.

—Aunque, si no es un bellaco, tendrá que consentir la bandera roja en el funeral. ¡Quiero mi bandera, por la que he luchado como un hombre!

—Tu bandera, sí… La tendrás, aun a costa de hacer que me quiten los hábitos… Pero ¿si luego resulta que los tuyos no quieren que yo te acompañe al cementerio?

—¡Tiene que prevalecer mi voluntad! —replicó duro Peppone, sacando del bolsillo una carta sellada y entregándosela a don Camilo—. Aquí están las disposiciones para el funeral. La abrirá, tal como está escrito en el sobre, cuando me traigan aquí muerto.

Don Camilo intentó reaccionar:

—Pero ¿qué es toda esta historia? ¡Estás decidido a morirte!

—No lo he decidido yo, ha sido Aquél.

Don Camilo meneó la cabeza:

—Por ahora, Aquél aún no ha decidido nada. Por ahora, quien lo ha decidido ha sido un médico. Pero el futuro no está en manos de los médicos, está en manos de Dios.

Peppone sonrió:

—Yo también hablaría así si tuviera sus pulmones, padre.

—Bastaría con que tuvieras un poco de mi fe.

—Es asunto mío si la tengo o no.

—Peppone, ya que estás aquí, podrías al menos arrodillarte ante Cristo e implorar su ayuda.

—No; si me quiere salvar, que me salve de pie. No quiero que Dios crea que tengo miedo.

—¡Estás blasfemando en la casa de Dios!

—Dios sabe que no blasfemo. Dios entiende más que usted: no he blasfemado cuando he sabido la sentencia. Dios me ha otorgado la vida cuando ha considerado bien dármela. Puede darme la muerte cuando sea justo que muera.

Don Camilo suspiró:

—¿No querrías quizá confesarte?

—Cuando llegue el momento.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Por mí no: eche una ojeada a mis chicos.

—Rezaré por ti.

—No hace falta. Dios sabe lo que tiene que hacer. No se dejará influir por sus oraciones. Tanto si reza como si deja de rezar, Dios será igual de justo y actuará justamente.

—Estás blasfemando. Según tú, ¿la oración no sirve, pues, para nada?

—La oración sirve para salvar las almas, no los cuerpos.

Peppone se dirigió a la salida. Pero se paró:

—Padre, dese la vuelta porque quiero hacer la señal de la cruz sin que me vea. ¡Quiero dar una satisfacción a Jesucristo, no a un cura reaccionario!

Don Camilo se dio la vuelta, postrándose de rodillas y, cuando levantó la cabeza, Peppone ya había desaparecido.

Entonces don Camilo se dirigió, lleno de angustia, al Cristo del altar mayor.

—¡Jesús, ni se ha despedido de mí!

—Don Camilo, se ha despedido de mí. Es más que suficiente.

Entonces don Camilo empezó a respirar cada vez más trabajosamente y le pareció que con Peppone se le había ido un pedazo de su corazón.

El Pardo, *el Brusco* y *el Flaco* pasaron dos horribles días en la casa del Pueblo: *el Largo* y la banda de los «duros» habían tomado ya prácticamente posesión de la sección del partido. Y los tres fieles de Peppone seguían luchando cada vez más desesperadamente para defender el sistema y los principios de Peppone.

La noche del segundo día la pasaron casi toda en tremendas discusiones. *El Largo* tenía argumentos que agradaban a los más lanzados, a los jóvenes despiadados, siempre en lucha con la vieja guardia.

No llegaron a ninguna decisión para la sucesión oficial de Peppone y se dejaron acordando reunirse nuevamente a las ocho de la mañana siguiente.

Y a las ocho estaban presentes todos los del estado mayor; y todos llenos de irritación provocada por el cansancio.

Era un asunto que lo más seguro iba a acabar a bofetadas. Y se advirtió desde el inicio de la discusión.

A las nueve se habían ya planteado todas las premisas para barrer al *Flaco*, al *Pardo* y al *Brusco*. Así, a las nueve y diez *el Halcón* agarró por la ropa al *Flaco* y le amenazó, plantándole un grueso puño debajo de las narices.

A las nueve y diez, con tres segundos, una mano que parecía el castigo de Dios asía al *Halcón* y le enviaba volando a la otra punta.

Tras aquella mano estaba todo el corpachón de Peppone.

Un Peppone rebosante de salud.

El registro de las cartas estaba encima del escritorio: las manos de Peppone lo agarraron, lo retorcieron y lo partieron en dos.

Luego los dos pedazos del registro fueron a parar a la cara del *Largo*.

—Quien no quiera salir por la puerta que sepa que le haré salir a patadas a través de la verja de la ventana —explicó Peppone.

El Flaco, el Pardo y el Brusco no dejaban de mirar atónitos a Peppone, sin poder hablar.

—Nada de milagros —explicó Peppone—. En el sanatorio me han vuelto a pasar inmediatamente por la pantalla y se han dado cuenta que tengo los pulmones más sanos del mundo. Las placas no eran mías, sino de otro Giuseppe Bottazzi, de mi misma edad, que se había hecho la radiografía un día antes que yo. Especialistas distintos, enfermeras distintas. Nombres idénticos. Cosas que pasan. Nos veremos esta noche. Ahora tengo que liquidar un asuntillo.

Don Camilo recibió a Peppone en la rectoría.

—Todo está perfectamente solucionado, padre. He venido a volverme a llevar mi carta.

Tras haberse recuperado de su asombro, don Camilo exclamó:

—¿Y tú, en lugar de dar gracias a Dios, sólo piensas en recuperar la carta?

—Dios no tiene nada que ver. Dios no se equivoca de sobres, aunque tres millones de personas tengan el mismo nombre y apellido. Dios los conoce uno a uno y sabe quién es bueno, quién es malo y quién regular. Le ha fallado un buen golpe para las elecciones, padre.

—Mi partido ganará siempre —respondió don Camilo, señalando el crucifijo.

Peppone repitió que quería que le devolviera la carta con las disposiciones para los funerales.

—O sea, ¿que has decidido no morirte nunca? —se informó don Camilo.

—Moriré cuando sea mi hora, padre.

—Pues el sobre, mientras tanto, puede seguir aquí, sellado, entre los documentos de la parroquia. Nadie sabe, y yo menos que nadie, qué hay escrito dentro del sobre.

—¿Y si muriera antes que yo, por casualidad?

—Nadie se muere «por casualidad». De todos modos, no sucedería nada: pasaría el sobre sellado a mi sucesor.

—¿Su sucesor? —murmuró Peppone—. ¿Se podrá confiar en él?… De todos modos, es imposible que se muera antes que yo. Mala hierba nunca muere.

—¡Adiós, camarada mala hierba! —respondió don Camilo.

Guapísimo

Aquella mañana Peppone saltó de la cama a las cuatro. Se había dormido preocupado, y por eso no había tenido necesidad de poner el despertador para levantarse a aquella hora poco habitual.

Poco antes de medianoche, al llegar a casa, le había llegado la noticia de que los clericales habían celebrado una reunión secreta, en la quinta de Filotti. El informador, que se había quedado en las inmediaciones del lugar de la reunión, había conseguido captar una frase que uno de los grandes capitostes clericales había pronunciado en voz alta al salir con los demás: «¡Mañana reiremos!».

¿Qué iba a pasar al día siguiente?

Peppone no consiguió dar una respuesta a este inquietante interrogante y, después de haber puesto en marcha todos los engranajes de su cerebro, concluyó que lo único que podía hacer era irse inmediatamente a la cama, para estar en pie a las primeras luces del alba.

A las cuatro y cuarto, Peppone salía de su casa e iniciaba su giro de inspección por las calles desiertas del pueblo adormecido.

No notó nada raro: los carteles pegados en la pared eran los mismos que los de la noche anterior. Y lo mismo las fajas y lo que había en los tableros.

Esto tranquilizó un cierto sentido a Peppone, pero le preocupó en otro sentido: ¿si no se trataba de un golpe propagandístico a base de papeles pegados en las paredes, qué es lo que podían haber urdido los clericales?

Probablemente debía tratarse de un golpe periodístico y, entonces, a Peppone no le quedaba más que esperar tranquilamente la llegada de los periódicos.

Atravesó la plaza y se dirigió decidido hacia la casa del Pueblo. Caminaba cabizbajo, ensimismado en sus profundos pensamientos y, por eso, cuando, al llegar a destino, sacó del bolsillo la llave para abrir el portón de la casa del Pueblo, fue cogido por sorpresa y pegó un salto hacia atrás.

En el peldaño, al pie del portón, había un fardo de aspecto nada tranquilizador, y Peppone pensó inmediatamente que era un artefacto infernal.

Pero al cabo de unos instantes se verificó un hecho que echó abajo la hipótesis de Peppone: el fardo sacó una manita y la movió.

Peppone se acercó con desconfianza y, tras haber levantado un extremo del trapo negro que tapaba el fardo, descubrió que la manita estaba unida a un bracito, y el bracito a un niñito.

Peppone jamás había visto un niño tan guapo: no debería de tener más de tres o cuatro meses y sólo le faltaban dos alas para parecer un angelito.

En el vestidito, alguien había prendido con un imperdible una hoja: «Si vosotros sois el partido de los pobres, ésta es la criatura más pobre del mundo porque no tiene nada, ni nombre. Os lo confía una madre desgraciada».

Peppone, tras haber leído y releído el increíble mensaje, se quedó con la boca abierta, justo el tiempo necesario; luego lanzó un grito.

Llegó en seguida de todas partes gente vestida con poco más que el camisón y que aún tenían los ojos soñolientos. Y todos leyeron la nota y quedaron asombrados.

—¿Es posible que en la era de la bomba atómica aún sucedan cosas de este género? —gritó de repente Peppone—. ¡Esto es de plena edad media!

—¡Con la sencilla diferencia de que en la edad media dejaban a los niños en los peldaños de las iglesias! —observó *el Flaco*, que hacía poco que había llegado.

Peppone se volvió y le miró perplejo.

—Y con esto —murmuró agresivo— ¿qué quieres decir?

—Quiero decir que ha habido un buen progreso desde la edad media hasta hoy —explicó *el Flaco*—. Tanto es así que las madres desgraciadas que se ven obligadas a abandonar a sus hijos, ya no se fían de los curas, sino…

Peppone no lo dejó acabar: le agarró por la solapa y le arrastró hacia el portal.

—¡Coge al niño y entra!

El Flaco agarró el fardo y siguió a Peppone.

—Jefe —balbuceó *el Flaco* cuando estuvo en el despacho particular de Peppone— ¿por qué me tratas así? ¿Es que he dicho alguna animalada?

Peppone estaba excitadísimo.

—Flaco —exclamó—, toma una hoja y redacta el concepto. ¡No pierdas ni un segundo! ¡Somos nosotros los que nos vamos a reír, hoy!

La mujer del *Largo*, que había sido llamada a toda urgencia, se ocupó del niño, y *el Flaco*, armado de lápiz y papel, redactó el concepto.

Trabajó duramente durante una hora y, al fin, leyó a Peppone el resultado:

> “ *¡Ciudadanos!*

Esta mañana, valiéndose de las tinieblas nocturnas, la mano desconocida de una madre desgraciada ha depositado a su criatura ante la puerta de la casa del Pueblo, donde el camarada Giuseppe Bottazzi la ha hallado.

En el niño abandonado estaba prendida esta nota: «Si vosotros sois el partido de los pobres, ésta es la criatura más pobre del mundo porque no tiene nada, ni nombre. Os lo confía una madre desgraciada».

¡Ciudadanos!

Al estigmatizar el gesto insano de la madre desconocida, denunciamos también al mundo la injusticia social por la que los ricos tienen demasiado y los pobres no tienen ni para dar de comer a sus criaturas.

¡Ésos son los verdaderos culpables! ¡El pobre no robaría el pan si el rico no privara al pobre de los artículos de primera necesidad!

¡El gesto desesperado de la madre que abandona al hijo recién nacido es característico de la sociedad feudal de la edad media, pero la mentalidad del pueblo ya no es medieval porque así como en la edad media abandonaba al hijo ante la iglesia, ahora lo deja ante la casa del Pueblo, lo que significa que se ha acabado la confianza en los curas y que los pobres esperan sólo en el Partido Comunista, para el que todas las criaturas son iguales y tienen derecho a su lugar en el sol!

¡Ciudadanos, mientras asumimos la tutela de la criatura abandonada, os invitamos a votar compactamente nuestra lista!

La sección del PCI.

Peppone se hizo volver a leer un par de veces la proclama, discutió el desplazamiento de algunas comas y luego envió al *Flaco* a casa de Barchini con la orden de hacerle imprimir quinientos carteles.

Por la tarde ya estaban listos los carteles y el equipo de encargados de pegarlos partió a toda pastilla.

En seguida surgió una complicación, porque el comandante de puesto, en cuanto leyó el cartel, se fue a ver a Peppone.

—Señor alcalde, ¿corresponde a la verdad el hecho del que habla el comunicado de la sección del Partido Comunista?

—Comandante, ¿cree que me he inventado algo así? Yo mismo he encontrado al niño.

—¿Y por qué no ha denunciado el hallazgo?

Peppone le miró desconcertado.

—Comandante, ¡pero si el hecho ha sido denunciado por quinientos carteles pegados por todo el pueblo!

—Ya lo he visto; pero nosotros tenemos que levantar el atestado y presentar a nuestra vez una denuncia. Quien abandona hijos comete un delito. Y además, ¿quién le dice que ese niño sea efectivamente hijo de la mujer que ha escrito la nota? ¿Y quién le dice que haya sido una mujer la que ha redactado la nota? ¿Y si el niño hubiera sido raptado a sus padres y luego abandonado?

Peppone hizo la debida denuncia al comandante de puesto, que interrogó a los testigos y luego levantó el atestado.

—¿Dónde está ahora el niño? —dijo al final el comandante de puesto.

—En su casa —respondió Peppone, lleno de orgullo—. En la casa del Pueblo.

—¿Quién lo tiene en custodia?

—El Partido Comunista. Al niño lo hemos adoptado nosotros.

—Un partido no puede adoptar hijos. Ni puede tener niños en custodia. El niño tiene que ser confiado a una institución autorizada por el Estado. Por tanto, señor alcalde, le consideramos a usted personalmente responsable del niño. Avisaremos a una institución de la ciudad y, mañana por la mañana, usted entregará al niño a los encargados de dicha institución.

Peppone miró sombrío al comandante.

—Yo no voy a entregar nada —dijo—. El niño lo voy a adoptar yo personalmente.

El comandante de puesto meneó la cabeza.

—Admiro su generosidad, señor alcalde. Pero esto no es posible hasta que se hayan llevado a cabo todas las investigaciones pertinentes.

—Mientras usted realiza todas las investigaciones pertinentes, el niño puede quedar perfectamente confiado a mí y a mi mujer. Hemos criado cuatro hijos y, si no me equivoco, bastante bien. Por otra parte, del niño no responde

un desconocido, sino la más alta autoridad del municipio, lo que es decir el alcalde.

El comandante de puesto ya no sabía qué objetar.

—Vamos a ver al niño —murmuró.

—No se moleste, comandante: se lo haré traer aquí.

Al cabo de poco rato llegó la mujer del *Largo* llevando al niño en brazos, y en cuanto el comandante lo tuvo ante él, exclamó:

—¡Mecachis! ¡Es precioso! ¡No comprendo cómo alguien haya podido abandonar una criatura tan bonita!

Peppone suspiró:

—Por guapos que sean los niños no viven sólo del aire.

El comandante de puesto tuvo bien pocas investigaciones que llevar a cabo: la misma noche, le llamaron urgentemente porque cerca de Torricella, a tres kilómetros del pueblo, habían hallado a una pobrecilla muerta en las vías del tren.

En el bolso de la desgraciada había un carnet de identidad y una carta que empezaba:

> “ *Se trata de la consabida historia de la chica que está sola en el mundo, engañada y abandonada…*

Por el carnet de identidad se averiguó todo el resto, y el comandante de puesto no tuvo más que escribir a los *carabinieri* de la lejana ciudad en la que la muchacha estaba domiciliada y esperar la respuesta.

La respuesta llegó: efectivamente, se trataba de una chica que estaba sola en el mundo y el niño estaba registrado como hijo de ella.

El comandante de puesto comunicó a Peppone:

—Si le parece, puede empezar los trámites para la adopción. Si, por el contrario, ha cambiado de idea…

—Yo no cambio de idea.

El niño era verdaderamente una preciosidad, y todos los que lo veían se quedaban asombrados. Resultó que acabaron también por verlo Bicci y su mujer, y quedaron prendados.

Los Bicci estaban llenos de dinero; en la vida todo les había ido bien menos una cosa. No habían tenido hijos y, ahora, sólo soñaban con tener uno.

Al ver el niño dijeron:

—¡Nos lo envía Nuestro Señor! No tiene a nadie en el mundo. ¡Es nuestro!

Corrieron a ver a don Camilo y se lo explicaron todo:

—Tan sólo usted puede hacer algo. Peppone sólo le hace caso a usted.

Y don Camilo se tuvo que ir a llamar, acompañado por el comandante de puesto, a la puerta de Peppone.

Peppone le recibió de mal grado.

—¿Política? —se informó.

—No. Algo más serio. Se trata de ese niño.

Peppone, después de haber escuchado las propuestas de los Bicci por boca de don Camilo, replicó con un «No» seco.

—Tengo en mi poder una carta que la pobrecilla, antes de tirarse al tren, echó al buzón en Torricella: una carta idéntica a la que usted, señor comandante, encontró en el bolso. Y la carta iba dirigida a mí.

—¿A usted? ¡O sea, que usted conocía a la muchacha!

—No; la carta iba dirigida al «Jefe de la casa del Pueblo». Y el jefe de la casa del Pueblo soy yo, y la carta me ha llegado personalmente a mí.

El comandante sonrió incrédulo:

—Que aquella pobrecilla, tras haber dejado al hijo frente a la casa del Pueblo haya dirigido una carta al jefe de la casa del Pueblo, puede ser. Pero ¿cómo puede usted decir que se trata de la misma carta encontrada en el bolso y dirigida a las autoridades judiciales?

—Por la sencilla razón de que en la carta que me ha llegado a mí pone: «He enviado una carta idéntica a ésta también a la autoridad judicial».

Peppone se sacó del bolsillo una hoja escrita a máquina.

—El original está a buen recaudo. La carta dice exactamente: «Se trata de la consabida historia de la chica que está sola en el mundo, engañada y abandonada. El que me ha engañado es un hombre rico, egoísta y deshonesto. Antes de morir he confiado a mi hijo a quienes combaten a los ricos, su egoísmo y su deshonestidad. Quiero que hagan de él un enemigo de los ricos. Actúo así no por sed de venganza, sino por deseo de justicia».

El comandante se quedó impasible:

—Yo no sé nada —afirmó—. Yo sólo he transmitido la carta a quien en razón y, por la carta, puede responder sólo en razón.

—De acuerdo, comandante, pero yo tengo en mis manos una carta autógrafa de la madre del niño, firmada y dirigida al «Jefe de la casa del Pueblo». Nadie me habría podido impedir hacer reproducir fotográficamente la carta y sacar unos carteles así de grandes. ¡Imagínese, señor arcipreste, qué golpe habría podido dar si sólo hubiera pensado en explotar al niño como

motivo de propaganda electoral! ¿No le parece también a usted, señor comandante?

—Es una cuestión que no es de mi competencia, señor alcalde. Yo le he dicho todo lo que le podía decir.

Don Camilo y Peppone se quedaron un buen rato en silencio. Por fin Peppone dijo:

—Padre, ¿tendría o no tendría derecho a romperle la cabeza de un martillazo?

—No: sólo Dios tiene el derecho de quitar la vida a una criatura humana.

—Está bien: ¿entonces Nuestro Señor tendría o no el deber de quitar la vida a la criatura humana que ostenta el cargo de arcipreste de esta parroquia?

—Dios no tiene deberes: Dios sólo tiene derechos. Y respecto a Dios, los hombres sólo tienen deberes.

—¡Perfecto! —gritó Peppone—. Y en este caso, ¿cuál sería mi deber ante Dios? ¿Dar el niño a los Bicci para que hagan de él un puerco egoísta como ellos?

—¿O quedártelo tú y educarlo en la escuela del odio? —replicó don Camilo.

En la gran cocina estaba la cuna y, dentro de la cuna, el niño dormía. Cuando don Camilo y Peppone se le acercaron, abrió los ojos y sonrió.

—¡Qué guapo es! —exclamó don Camilo.

Peppone se secó el sudor de la frente. Después se alejó y volvió con una hoja.

—Es el original de la carta de la madre —explicó Peppone—. Puede comprobar si he dicho o no la verdad. Mire.

—¡No me des esa hoja! —exclamó don Camilo—. ¡Si me la das, te juro que la destruyo!

—¡Yo no quiero saber nada! —replicó Peppone—. Tenga: si lo quiere ver, mire.

Entre don Camilo y Peppone se hallaba la cuna, y Peppone le alargó la hoja a don Camilo.

Pero una manita agarró al vuelo aquel rectángulo de papel y lo estrujó entre los deditos.

Peppone abrió la manaza y se quedó mirando asombrado al niño que, con las manitas, hacía pedazos la carta.

—¡Jesús!… —jadeó don Camilo, abriendo desmesuradamente los ojos.

En aquel momento entró la mujer de Peppone.

—¿Quién es el desgraciado que le ha dado ese papelote? —se puso a gritar indignada—. ¡Si está escrito hasta con lápiz de tinta! ¡Si se lo mete en la boca, se puede envenenar!

Recogió los pedazos de la carta uno a uno y los tiró al fuego.

Después sacó al niño de la cuna y lo acarició:

—Padre, ¿ha visto qué preciosidad? ¡Dígale a De Gasperi si es capaz de hacer uno como éste!

Y lo dijo como si fuera suyo.

Don Camilo no recogió la provocación: se fue después de haber saludado educadamente a toda la tropa:

—Buenos días, señora Bottazzi. Buenos días, señor Bottazzi. Buenos días, señorito Bottazzi.

Y el señorito Bottazzi contestó con un gorjeo agudo y fino que le entró dentro del corazón a don Camilo y que se lo reconfortó y llenó de esperanza.

La Giannona

A don Camilo no le gustaba nada inmiscuirse en los asuntos particulares de las familias, pero Grolini tanto le insistió y tanto le rogó que, una tarde, armándose de valor, se fue decidido a la droguería.

Era una hora muerta, la más apropiada para charlar con la dueña de la droguería, y por eso la Giannona mordió el anzuelo y se puso a hablar alegremente de unas y de otras cosas con don Camilo.

—¿Y Alfredo sigue comportándose siempre bien? —preguntó en cierto momento don Camilo.

—Padre, ¡mejor que no hablemos! —respondió la Giannona, poniéndose de repente seria.

Don Camilo se sacó del bolsillo el gran pañuelo blanco y encarnado y se secó el sudor de la frente: una forma como otra de infundirse valor.

—Si quiere que sea sincero —murmuró don Camilo—, creo que le trata demasiado bruscamente.

La Giannona aspiró e hinchó el pecho; y no hay que extrañarse que don Camilo se sintiera amilanado, porque hay que tener en cuenta que, aunque don Camilo era un hombretón con unas manos tan grandes que parecían palas, la Giannona era una mujer tan grandota que casi se podía comer sopa encima de su cabeza.

—¡Ya lo entiendo —exclamó con voz áspera la Giannona—, ese bribón ha ido a la rectoría a denigrarme!

—No la ha denigrado —protestó don Camilo—. Simplemente ha venido a quejarse de que usted le trate tal como le trata.

La Giannona apretó los puños:

—¿Y cómo le trato, según usted, padre?

Don Camilo se encogió de hombros.

—Si es cierto lo que su marido me ha dicho —respondió—, creo que no le trata demasiado bien. Naturalmente, yo no quiero entremeterme en sus asuntos familiares…

—¡Me parece que se está entremetiendo demasiado, padre! —exclamó la Giannona.

—Cumplo simplemente con mi deber —afirmó don Camilo, a quien empezaban a arderle las orejas—: si una buena persona desgraciada le pide ayuda al párroco, el párroco no se puede negar a intervenir. Recuerde: fui yo quien los casó.

—¡Ojalá no nos hubiera casado nunca! —voceó la Giannona.

—El matrimonio es una cosa muy seria y hay que pensárselo muy bien antes de dar el paso. Por otra parte, usted se ha casado con un buen hombre al que debe su posición.

—¡No le debo nada! —gritó la Giannona—. ¡La que lleva adelante el negocio soy yo! Cuando llegué aquí, ésta era la tienda más desvencijada de todo el pueblo. La he sacado adelante yo. Y si el negocio funciona, es gracias a mí.

—Gracias a los dos, porque también su marido arrima el hombro de la mañana a la noche. Y de todos modos, aunque casi todo el mérito fuera suyo, esto no le da derecho a maltratar al pobrecillo.

—¿Pobrecillo? ¿Tiene el valor de llamarle pobrecillo? —gritó la Giannona.

—¿Y cómo quiere que llame a un marido al que le pega su mujer?

La Giannona levantó los hercúleos brazos al cielo:

—¿Ha llegado a decir esa infamia?

—Sí; y hasta ha llegado a mostrarme las magulladuras producidas por sus golpes.

—¡Sinvergüenza mentiroso! —gritó horrorizada la Giannona—. ¡Esta noche le voy a romper la cabeza!

Don Camilo intentó calmar a la Giannona, enfurecida. Pero la mujer le interrumpió violentamente:

—Padre, métase en sus asuntos. ¡No quiero que mis asuntos familiares sean del dominio público!

—Precisamente he venido por eso —explicó don Camilo—. Las cosas han llegado hasta tal punto que un día u otro su marido acabará haciendo una tontería. Y entonces ya verá que escándalo se va a armar. Y no será sólo el párroco el que se meterá en sus asuntos privados, sino toda la Italia del norte y parte del centro. Tenía el deber de decírselo y ya se lo he dicho. Hombre avisado, medio salvado.

Al decir «hombre avisado» don Camilo quería más bien aludir a la Giannona. En parte también porque Alfredo Grolini no era un hombre, sino

un hombrecillo de tres al cuarto y tenía que considerarse no medio salvado, sino completamente perdido.

Apenas hubo salido don Camilo, la Giannona se lanzó por la casa en busca del marido. Y al no encontrarle, su rabia aumentó.

A las once de la noche, la Giannona aún estaba levantada, más despierta que nunca. Pero esperó en vano, porque Alfredo en lo que menos pensaba era en volver a casa.

Don Camilo le había contado al dedillo cómo se había desarrollado la escena en la droguería y Alfredo, al final, había meneado la cabeza:

—Comprendo. Es mejor que permanezca fuera de casa.

Don Camilo le quiso decir que no hiciera tonterías para no complicar el asunto. Pero luego, al mirar a aquel hombrecillo pequeño, delgado y escuchimizado, se acordó de la Giannona inmensa, enorme, furibunda, y se limitó a contestar:

—*Fate vobis*.

Alfredo durmió en el sofá del cuarto de estar de la rectoría. O, más bien: intentó dormir, aunque sin conseguirlo.

Y se pasó la noche atormentándose el cerebro desesperadamente para encontrar una solución.

Porque por una noche se podía quedar fuera de casa; y hasta podía faltar dos noches. Pero tendría que volver a la fuerza. Y, al volver a casa, se encontraría a la Giannona esperándole.

Una Giannona más Giannona que nunca. Una Giannona llena de rabia.

A las primeras luces del alba, Alfredo se levantó del sofá y salió de la rectoría. Salió por el lado de los campos y anduvo por la hierba empapada de rocío.

Ya había tomado su decisión. Era una solución desgraciada, pero no quedaba otra.

Por eso, Peppone, que estaba atizando el fuego de la fragua, vio aparecer en el umbral del taller a Grolini. Y su asombro fue tal que Peppone se quedó parado como si estuviera medio atontado.

—¿Qué quieres? —preguntó agresivo, al darse cuenta de que no se trataba de un fantasma.

—Tengo que hablar contigo.

Peppone se acercó a Grolini.

—Yo también tengo que hablar contigo —le dijo cuando estuvo a dos pasos de él—. Yo sólo tengo una cosa que decirte: ¡cerdo!

Grolini encajó sin pestañear.

—Peppino —imploró—, no me maltrates tú también. Al oírse llamar «Peppino», Peppone se puso furioso.

—¡Peppino ha muerto! —gritó—. Peppino era tu compañero de infancia, el amigo que siempre te había defendido de los que te querían pegar. Peppino murió el día en que lo traicionaste, ¡maldito puerco!

—Nunca te he traicionado —replicó humildemente el hombrecillo, que así, arrugado, aún parecía más miserable y melancólico.

Peppone lo agarró por la solapa:

—¡Camarada, ten buena memoria!

Grolini se dejó zarandear sin intentar siquiera resistir.

—Peppino, sé justo: ¿qué daño te he hecho?

—¡Deja de llamarme Peppino o te aplasto contra la pared! Desde el día en que te entró la manía del uniforme fascista, de las botas y de la boina con el pichón, ya no me llamaste nunca más «Peppino». ¿Te acuerdas? Desde entonces, cuando tenías que hablarme decías: «Usted, señor Bottazzi…». Y, cuando podías, hacías ver que no me veías para no saludarme. ¡Entonces yo había dejado de ser «Peppino»: era un «subversivo»!

El hombrecillo se dejó caer sobre un cajón.

—Peppino, recuerda que nunca te he hecho mal. Y sabes que cuando lo has necesitado he intentado ayudarte.

—Ya hemos pagado esa deuda, camarada Alfredo Grolini. Tanto es así que en 1945, cuando llegó nuestro turno, el compañero Giuseppe Bottazzi ordenó que no se te tocara ni un solo pelo. Pero la traición subsiste. ¿Por qué te alineaste en el bando de mis adversarios? ¿Qué necesidad tenías de inscribirte al fascismo? ¿Qué esperaba yo de ti? ¿Que te volvieras «subversivo» como yo? ¡No, maldito cerdo! Sólo quería que no te implicaras en política, sólo quería que te quedaras fuera del pastel. ¡Quería tener al menos en ti a una persona que no me mirara como a un criminal peligroso!

El hombrecillo meneó la cabeza:

—Peppino, estaba desesperado: tenía que hacerlo.

Peppone soltó un grito:

—¿Tú tenías que hacerlo? ¿Un hombre que no necesitaba de nadie para vivir? ¿Un comerciante con una tienda montada que ya funcionaba a todo ritmo?

—Peppino, intenta comprenderme: no podía más, no sabía a qué santo recurrir. Ya había empezado a maltratarme… Había ya empezado a pegarme.

Peppone le miró asombrado.

—¿Que te pegaba? ¿Quién?

—La Giannina…

Al oír llamar «Giannina» a la Giannona, a Peppone le entró un ataque de risa.

—¿Y qué tiene que ver la Giannina? —preguntó cuando pudo parar—. ¿Qué tiene que ver ella con el fascismo?

—Tiene que ver porque al verme con el uniforme, las botas y el águila en la boina, ya no ha tenido el valor de maltratarme. Le daba respeto. Incluso cuando iba sin el uniforme. Bastaba con que viera la insignia. Si empezaba a gritar, yo le decía «ahora tengo que ir al *Fascio* porque hay una reunión de zona», y en seguida paraba. Siempre ha sentido miedo de la política.

Peppone se había quedado con la boca abierta.

—Peppino, lo juro. Juro que lo he hecho por eso. Sólo por eso. Y cuando el fascismo se ha acabado, ella ha vuelto a maltratarme. Se aprovecha porque tiene una fuerza de elefante y porque yo soy un pobre desgraciado que apenas se aguanta en pie. Me pega. Me da bofetadas, bastonazos.

Que la Giannona trataba a su marido como a la suela de un zapato, Peppone lo sabía perfectamente. Pero no creía que la Giannona hubiera llegado hasta el punto de pegarle.

—Y tú, imbécil, ¿no reaccionas? —gritó Peppone—. ¿No eres capaz de demostrarle que el dueño de la casa eres tú?

El hombrecillo dijo que no con la cabeza.

—Ayer convencí al párroco de que hablara con ella —suspiró—. Le ha dado todo un sermón.

—¿Y qué?

—Que no he ido a casa a dormir porque, si volvía, me partía la cabeza. Y ahora estoy aquí. Si tú no me ayudas, me tiro al río.

Peppone se alteró:

—¡Figúrate! ¿Si no ha conseguido convencerla don Camilo, que es su párroco, cómo la puedo convercer yo, que para ella soy el «peligro comunista» y el anticristo? Si quieres que le vaya a sacudir unos cuantos palos, bien. Pero no puedo hacer nada más.

—Sí que puedes —dijo Alfredo—. Si quieres, sí que puedes.

Peppone miró lleno de compasión al pobrecillo.

—Dime.

—Hazme inscribir al Partido Comunista.

—¿Tú? ¿Que hasta el final has ido presumiendo con el uniforme fascista?

Alfredo abrió los brazos desolado:

—Peppino, entonces no es verdad que tu partido defiende a los oprimidos…

A las nueve de la mañana la Giannona estaba en la tienda, pálida de rabia, esperando el regreso del marido, cuando entró *el Flaco*.

—Buenos días —dijo, brusco, *el Flaco*—. Tengo que hablar urgentemente con el camarada Grolini.

La Giannona le miró extrañada.

—¿Qué camarada Grolini? —balbuceó.

El Flaco se puso a reír:

—¡Señora, no bromee! ¿Su marido se llama, o no, Alfredo Grolini, hijo de Amilcare, droguero?

—Sí.

—Entonces haga el favor de llamarle. Tiene que venir urgentemente a la sede, porque está el secretario federal, que quiere hablar con él personalmente.

—Ahora no está —contestó la Giannona, asustada.

—Bueno: en cuanto llegue, entréguele esta carta.

El Flaco dio a la Giannona un sobre y salió.

> “ *Al camarada Alfredo Grolini. Urgentísimo. Estrictamente personal.*

La Giannona leyó y volvió a leer las señas. Y no podía apartar la vista del sobre que ostentaba la hoz y el martillo y la estrella y el membrete del Partido Comunista Italiano. Sonó la campanilla de la puerta de la tienda y la Giannona levantó la mirada.

Era Alfredo: tan cepillado y resplandeciente y con cuatro copitas de *grappa* en el depósito, parecía un hombre normal. Además lucía en el ojal de la chaqueta la brillante insignia roja con la hoz y el martillo.

—¿Alguna novedad? —preguntó Alfredo.

La Giannona le alargó la carta.

—La acaban de traer —balbuceó—. El secretario federal quiere hablar contigo…

—Bien. Volveré en cuanto acabe.

—Alfredo —masculló la Giannona—, si te ven con la insignia, vamos a perder un montón de clientes…

—¡Nosotros nos preocupamos de la justicia social, no de la clientela! —respondió, categórico, Alfredo.

Luego salió orgulloso, solemne, fatal. Parecía el prólogo de la revolución de octubre.

En cuanto tuvo un momento libre, la Giannona se fue corriendo a la rectoría.

—Don Camilo —imploró—, ¡ayúdeme! Alfredo ha cometido una locura. Se ha afiliado al Partido Comunista.

—¡Es algo terrible! —contestó don Camilo.

Y de verdad que era algo terrible, porque don Camilo tenía unas ganas locas de soltar la carcajada.

—¿Qué va a ser de mí? —gimió la Giannona.

—¿Quién sabe? —suspiró don Camilo—. ¿Quién sabe lo que le puede pasar, pobre señora, ahora que tiene al demonio dentro de casa?

La Giannona regresó espantada a la base: en cuanto la oyó entrar, Alfredo, que estaba haciendo la siesta en el sillón acolchado de la salita, se enderezó y abrió el periódico *Unità*.

Así, al asomarse a la puerta de la salita, la Giannona quedó como fulminada por un rayo y rápidamente hizo marcha atrás.

El asilo

Pocci, el usurero que se había pasado la vida acumulando riquezas, se murió, y al no poder llevarse nada consigo, fue espléndido y dejó las tierras y el dinero a instituciones benéficas de la ciudad.

—Mal bicho en vida y de muerto —dijeron en el pueblo al conocer el testamento.

Pero Pocci era tan mísero que no quiso dar ni esa satisfacción al pueblo y, cuando ya nadie se lo esperaba, el notario sacó lentamente un sobre sellado «para abrir dos meses después de la muerte».

Pocci destinaba su casa, tres millones en metálico y una finca de cien fanegas para hacer un asilo de viejos.

Como albaceas del testamento figuraban el párroco, el alcalde y otros seis tipos escogidos minuciosamente.

Don Camilo, Peppone y los restantes miembros del comité se encontraron en el despacho del notario para la lectura del testamento, y fue un duro golpe para todos ellos, al no saber ninguna de las personas convocadas la presencia de las demás.

Se miraron de soslayo sombríos y escucharon la lectura. Cuando el notario se calló, ninguno resolló.

—El que calla otorga —masculló el notario—. O sea, que aceptan ser los albaceas testamentarios y se comprometen a constituir y administrar un asilo para los viejos pobres del municipio.

—¡Un momento! —exclamó Peppone—. Aquí hay que hablar claro. El viejo Pocci también en esto se ha comportado como el gran bicho que ha sido siempre…

—¡Señor alcalde —le interrumpió don Camilo—, respete a los difuntos!

—Señor párroco —respondió Peppone—, cuando Pocci escribió de su puño autógrafo eso no estaba difunto, sino vivo. O sea, que era el mal bicho que todos sabemos. Y así para hacernos la última, ha elegido como albaceas a ocho personas cada una de las cuales está a matar con las otras siete. Era difícil encontrar una combinación como ésta; pero el viejo Pocci ha sabido

encontrarla: cuestiones políticas, cuestiones de intereses, viejas rivalidades de diversos tipos, etcétera, el hecho es que si cada uno de nosotros ocho pudiera manifestar su propio impulso, escupiría a la cara a los otros siete. ¿No es así?

—En cierto sentido sí —masculló don Camilo.

—Bien —continuó Peppone—. O sea, que nos encontramos ante, calificándolo en vida y no de muerto, un mal bicho que bajo el noble pretexto de la solidaridad humana y social lo que pretende es hacernos mala sangre a los ocho, con el objetivo final de que nos partamos la cabeza los unos a los otros y enviar a todo el comité al hospital o a la cárcel. Por lo que propongo que los interesados, hablando con respeto, le hagamos butifarra al difunto provocador y pasemos a otros la tarea de realizar el asilo de ancianos.

—¡De acuerdo! —exclamaron vivamente los demás del comité, exceptuando a don Camilo.

—¿El señor arcipreste no aprueba nuestra decisión? —preguntó, agresivo, Peppone a don Camilo.

—El señor arcipreste se permite simplemente recordar que los ocho albaceas designados por Pocci son insustituibles. El documento explica que si no aceptamos todos, el legado pasa automáticamente al asilo de ancianos de Palermo.

—¿Palermo? —gritó Peppone—. ¿Qué tiene que ver Sicilia?

—Habría que preguntárselo al señor Pocci. Sé lo mismo que usted, señor alcalde. O sea, que si no aceptamos, privamos al pueblo de un gran beneficio y todo el pueblo estará en contra de nosotros ocho, y nos considerarán responsables del grave perjuicio.

Peppone dio un puñetazo sobre la mesa.

—Esa es la verdadera finalidad del viejo Pocci: ¡hacerle otro feo al pueblo y perjudicarnos a nosotros personalmente!

—No creo, señor alcalde —objetó don Camilo—. Más bien creo que a Pocci le animaba otro deseo. Un noble deseo: obligarnos a olvidar nuestras antipatías para el bien del pueblo. Es decir, damos un motivo sobre el que estemos todos de acuerdo.

Peppone echó una ojeada a su alrededor.

—Para mí —dijo— la finalidad de Pocci era la de perjudicarnos. Y por eso pienso: aceptemos ser los albaceas testamentarios. Nuestras relaciones privadas seguirán siendo las de ahora; ¡pero cuando nos reunamos para tratar del asilo, tenemos que comprometemos a hacer todos los esfuerzos sobrehumanos posibles para estar de acuerdo!

—¡Bravo! —aprobó don Camilo—. Tenemos que hacerlo por el bien de la comunidad.

Los otros seis permanecieron tenazmente callados, pero sus ojos decían: «¡No!».

—¡El bien de la comunidad no me interesa! —voceó Peppone—. Lo que tenemos que hacer es comprometernos en estar de acuerdo, porque la verdadera finalidad será la de que el viejo Pocci no se salga con la suya.

—Si se trata de eso y de hacerlo por despecho a Pocci, estoy de acuerdo con todas las condiciones —afirmó uno de los seis.

—Yo también —dijo otro.

Todos estuvieron de acuerdo, y entonces don Camilo concluyó:

—Que quede bien entendido, sin embargo, que yo no estoy de acuerdo por despecho a Pocci, sino por el bien de la comunidad. El bien no puede ser usado como medio para obtener el mal.

La asamblea se insurreccionó:

—¡Ni hablar! O acepta también por despecho a Pocci o nosotros nos retiramos.

—Lo siento —replicó don Camilo—. Yo no puedo emplear el bien con fin de mal. Es contrario al principio de a religión cristiana. Yo tengo que combatir el mal para conseguir el bien. Vosotros sois una banda de malvados que usáis el bien, la institución de un asilo, para hacer despecho al alma de un pobre difunto. Tendría que retirarme para no hacer posible vuestra sacrílega empresa. Pero, al retirarme, causaría un perjuicio a infelices viejos necesitados. De modo que no me retiro y me quedo a vuestro lado, pero sólo en el caso de que quede bien claro que me sirvo del mal, vuestro malvado deseo para obtener el bien representado por el asilo para viejos indigentes.

Peppone protestó:

—¡Y de este modo, mientras usted hace el asilo de ancianos porque es un hombre de bien, nosotros lo hacemos porque somos unos canallas! Como siempre, el señor cura quiere tener una posición privilegiada.

—Nadie os impide estar a mi altura —replicó tranquilamente don Camilo —. Basta con que aceptéis el encargo no por despecho a un muerto, sino con la intención de hacer un bien a los vivos.

—¡Los vivos! ¡Los vivos! —gritó Peppone—. ¡Menuda gente los vivos! ¡Cuando esté muerto los vivos no pensarán en mí!

Los otros seis menearon gravemente las cabezas, como si dijeran: «Tienes razón».

—De todos modos —concluyó Peppone—, creo que en las líneas esenciales todos estamos de acuerdo. ¿Hay alguien que se oponga a la iniciativa de un asilo para viejos?

Nadie se opuso.

Al salir de la notaría, cada uno de los ocho se fue por su lado, sin tan siquiera saludarse.

Al llegar a la iglesia, don Camilo se fue a arrodillar ante el Cristo del altar mayor

—Jesús —exclamó después de haberle contado con todo detalle toda la historia— os doy las gracias por haber frustrado la malvada intención del viejo Pocci. Él esperaba que nos estranguláramos y, sin embargo…

—Don Camilo —respondió severamente el Cristo—. ¿Cómo puedes afirmar que Pocci, al hacer el legado, estuviera animado de malvadas intenciones?

Don Camilo extendió los brazos.

—Jesús —balbuceó apurado—, todos lo decían allí en el despacho del notario… Naturalmente, yo no. Al contrario, le he defendido. ¡Pobre señor Pocci! ¡Que Dios le haga más llevaderas las penas del infierno!

—¡Don Camilo!

—Señor —se justificó en seguida don Camilo—, yo nunca me permitiría querer sustituir la justicia divina. Sólo me limito a transmitir lo que dice la opinión pública.

La casa de Pocci era una de las más hermosas, amplias y cómodas del pueblo y tenía también un gran jardín. Parecía hecha ex profeso para ser transformada en asilo.

El dinero líquido rué ampliamente suficiente para transformarla y equiparla. La finca, que había sido dejada en dote al asilo, era una de las mejores del municipio; los colonos eran buenos y honrados y la renta excelente.

El comité de los ocho funcionó desde su primera sesión de modo ejemplar: las discusiones fueron siempre llevadas de la forma más serena posible y el trabajo se desarrolló magníficamente.

En cuatro meses todo quedó listo, y cuando el comité, en pleno, realizó la visita para dar el visto bueno y todo fue aprobado con general satisfacción, se pensó en el programa de la ceremonia de inauguración.

Pero aquí don Camilo suscitó una seria objeción:

—Según mi opinión, el asilo no tiene que ser inaugurado como simple edificio acabado y equipado para albergar a ancianos necesitados, sino como

institución en pleno funcionamiento. Inaugurarlo así, vacío, sería como botar un barco en seco sin echarlo al mar. La población tiene que ver el asilo ya en funcionamiento; o sea, con ancianos. Sólo así la población podrá hacerse una idea concreta de la eficiencia de cada servicio. De todos modos, *fate vobis*.

Los otros se estrujaron la cabeza.

—Claro —exclamó Peppone—. El asilo sin ancianos es como una línea eléctrica sin electricidad, o una vía ferroviaria sin tren. Y ya se sabe lo que pasa: vienen los periodistas y entrevistan a los viejos: cuántos años tiene, cómo se encuentra, qué oficio tenía, etcétera.

—Además —dijo uno de los otros seis—, al poner en el asilo a los ancianos se puede hacer la verdadera prueba práctica. Y suplir todos los posibles inconvenientes antes de la inauguración oficial.

Era necesario encontrar a los viejos que había que albergar y no era en realidad una empresa difícil, porque los que en el municipio podían ser acogidos eran cinco, y todos los conocían: Giacomone, de 75 años, que vivía en el pueblo; Ranieri, de 78 años, que vivía en Torricella; Girardengo, de 80 años, que vivía en Trecaselli; Joffini, de 79 años, que vivía en Fiumetto, y la Mirácola, de 85 años, que vivía en Crociletto.

Cinco pobrecillos que, aún sin hacer de mendigos, vivían de limosnas. Giacomone, alto y delgado, con unos huesos que parecía que le iban a agujerear la piel, era una víctima de la huelga de 1908: perdió entonces su puesto de trabajo y, desde entonces, se había quedado parado. Y durante cuarenta y cinco años había ido tirando, alimentándose casi exclusivamente de vino y durmiendo en los graneros y en los establos.

Ranieri, de estatura media y con un gran bigote hacia abajo, tenía en realidad otro nombre, pero le llamaban Ranieri porque un par de veces por semana «iba a por ranas», en el sentido de que le encontraban borracho durmiendo en alguna cuneta. Y el día en que lo sacaron de la cuneta de la carretera Cuarta, encontraron que le había entrado una rana en el bolsillo de la chaqueta.

Girardengo era el más quebrantado del grupo, su nombre era Bedetti, pero como tenía los cojinetes de las rodillas en buen engranaje y los de las caderas oxidados, y por eso tenía que andar a pasitos de diez centímetros cada uno y para hacer medio kilómetro tardaba todo un día, le había rebautizado con el nombre de Girardengo.

A quien le preguntaba a dónde iba, Girardengo contestaba sin falta: «Tengo que llevar una carta urgente a la marrana de tu hermana».

Joffini era el más serio y trabajador. Siempre pulido, se pasaba la vida entre las varas de un carrito.

Nadie le había visto nunca sin su carrito: verano e invierno paseaba por los caminos de la Tierra Baja su carrito, y cada doscientos metros se paraba, se sentaba sobre una de las varas, sacaba la pipa, la encendía y, si en la pipa había algo de tabaco, sacaba humo por la boca. Si no, se contentaba con chupar el aire apestoso de la caña.

La vieja Mirácola rondaba, por el contrario, con una canasta colgada del brazo y era tan pequeña y menuda, y tenía el pelo tan blanco e iba siempre tan bien peinada que todos la querían. Curaba las erisipelas y los esguinces: y de aquí le provenía el nombre de «Mirácola».

Los cinco susceptibles de ser recogidos actuaban completamente independientes el uno del otro. Cada uno tenía su zona, sus clientes y no se encontraban nunca.

Se encontraron por primera vez el día en que *el Flaco*, en calidad de guardia municipal adjunto, los fue a pescar y los llevó al Ayuntamiento, donde los estaban esperando el alcalde y don Camilo y los demás de la comisión de los ocho.

Se había establecido que hablaría, en nombre de todos, Peppone, y cuando tuvo delante a los cinco pobrecillos, dijo con voz cordial, pero solemne:

—Os hemos convocado aquí para daros una buena noticia. Una buena noticia para vosotros y para nosotros. Porque aunque los que vais a obtener un beneficio material seréis vosotros, nosotros obtendremos un beneficio moral por la satisfacción de poder cumplir finalmente con el primero de los deberes sociales: la asistencia a la clase más necesitada.

Los cinco seguían mirando con desconfianza a Peppone, a don Camilo y a los otros seis.

—Como seguramente sabréis —continuó Peppone— está a punto de inaugurarse el asilo de ancianos, y por esto os hemos llamado.

—Yo no soy viejo —masculló Giacomone—. Yo no tengo nada que ver.

—Tú tienes setenta y cinco años cumplidos —replicó Peppone— y, por tanto, eres viejo.

—Cuando uno aún es capaz de trabajar y de ganarse un mendrugo de pan no es un viejo que haya que recluir en un hospicio —afirmó Giacomone.

Peppone se enfadó:

—Giacomone, no digas tonterías: tú nunca has hecho nada cuando eras joven; imagínate ahora que eres viejo. Desde niño que os he visto ir por ahí pidiendo limosna a ti y a tus socios.

—¡Yo nunca he pedido limosna! —protestó Giacomone.

—¡Ni yo! —afirmó Ranieri.

—¡Y yo hace cincuenta años que trabajo con mi carrito y que me gano la vida! —exclamó Joffini.

Peppone se puso encarnado como una amapola:

—¡Basta! desde esta noche vais a ir al asilo. Y si no queréis ir os haré llevar.

—¡Tú me harás llevar y yo me escaparé! —gritó con voz airada Girardengo.

La Mirácola se puso a llorar en silencio y se secaba los ojos con una punta del pañuelo negro que llevaba sobre sus blancos cabellos.

—¿Y usted por qué lloriquea? —preguntó don Camilo.

—Quiero morirme en mi cama, no en el hospital —balbuceó la viejecita.

—¿Hospital? —vociferó enfurecido Peppone, interpretando la santa indignación de toda la asamblea—. ¿Quién es el desgraciado que tiene el valor de hablar de hospital? ¡*Flaco*, mételo en la ambulancia y llévalos al asilo, que se den cuenta!

Al oír hablar de ambulancia, la viejecita se puso a llorar aún más fuerte.

—Señor Peppino —imploró—, tenga respeto de una pobre vieja que le ha llevado en brazos cuando usted tenía dos meses…

Al oírse llamar Peppino y de aquella manera, Peppone soltó tal blasfemia que don Camilo rompió el pacto de no agresión y le dijo a la anciana:

—En vez de llevarlo en brazos, mejor habría hecho en tirarlo por el puente del canal.

Los cinco infelices fueron cargados en la ambulancia y trasladados. Peppone, don Camilo y los otros seis los siguieron a pie. Todos estaban enfurecidos:

—¡Nos desvivimos por hacerles bien y nos tratan como si fuéramos verdugos!

—¿Y bien?

Los cinco infelices que estaban esperando en el gran vestíbulo del asilo, se sobresaltaron al oír la voz de Peppone.

Los acompañaron a visitar el edificio.

—Ésta es la cocina donde os harán la comida —explicó Peppone—. Comida sana, limpia, sustanciosa. Muy abundante.

—Desayuno, comida, merienda y cena —añadió don Camilo—. Y cada día. Se acabó la inseguridad.

Pasaron al refectorio, amplio, lleno de luz.

—Se ha acabado el comer sentados al borde de una cuneta —explicó Peppone—. Comeréis como los cristianos, sentados en vuestra mesa bien puesta, al calor en invierno y al fresco en verano.

Después pasaron al dormitorio con las camas en fila.

—¡Jesús! —gimió la Mirácola.

—¿Qué Jesús? —preguntó don Camilo.

—Yo no quiero dormir donde duermen los hombres.

—Pero qué hombres de Egipto. Ésta es la sección de los hombres. Usted dormirá en la sección de mujeres.

Después les hicieron visitar los lavabos con sus porcelanas brillantes, la enfermería para los enfermos, la pequeña biblioteca, la sala de estar con los sillones reclinables y la guardarropía con la ropa blanca ya lista y los trajes colgados en las perchas.

—Calefacción por radiadores, luz eléctrica, agua fría y caliente, radio y, cuando esté el repetidor de Montepelli, también la televisión. Periódicos, libros, taller por si alguno quiere pasar el tiempo haciendo algún trabajo manual. Y su buen jardín para tomar el aire y el sol. ¿Aún creéis que somos unos canallas que os queremos mal? ¿Unos sinvergüenzas que os quieren mandar a un hospital? ¿Unos asesinos que os quieren encerrar en la cárcel? Ésta es vuestra casa y cada día tendréis vuestras horas libres de salida. Vamos: ¿qué tenéis qué decir?

Peppone esperó seguro de sí.

—Es una maravilla —dijo Giacomone.

—Algo digno de señores —añadió Ranieri.

—Precioso —suspiró Joffini—. Si se quisiera, hasta habría sitio para el carrito.

—¡Claro! —dijo, riéndose satisfecho, Peppone, guiñando un ojo a los otros siete.

Girardengo seguía mirando a su alrededor.

—Seguro —murmuró—. Seguro que no se puede pretender algo mejor.

—¿Y a usted qué le parece? —preguntó alegremente Peppone a la Mirácola.

—Yo soy una pobre vieja —gimió—: ¿qué quiere que sepa yo?

—¿Le gusta o no le gusta?

—Me siento cohibida de lo bonito que es.

—¡Ya se acostumbrará, ya se acostumbrará!

Don Camilo intervino:

—Todos nosotros nos alegramos mucho de que vuestra casa os resulte simpática. Dentro de una semana funcionarán los servicios y habrá el personal necesario. Por tanto, vamos a quedar así: mientras tenéis tiempo de liquidar todas vuestras cosas y dentro de una semana, sin necesidad de mandaros llamar, os presentáis aquí y empezáis vuestra nueva vida.

Peppone guiñó un ojo al administrador, que se dio por aludido y, adelantándose, entregó a cada uno de los cinco un billete de mil:

—Esto significa que desde hoy estáis bajo la tutela de la casa de reposo: os servirá como subsidio para los días que aún tenéis que esperar. Giacomone y Ranieri, sobre todo, no os emborrachéis.

Los cinco infelices se fueron apretando en el puño el billetazo.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó satisfecho Peppone—. Hay que tener paciencia con los viejos.

—Sobre todo con éstos —añadió don Camilo—. No han tenido nunca nada bueno de la vida y les cuesta creer que la Divina Providencia también se haya acordado de ellos.

Ya todo estaba listo, pero al finalizar el plazo de los siete días ninguno apareció.

Esperaron aún dos días y después enviaron al *Flaco* en busca de los cinco que iban a ser recogidos.

Costó otros tres días dar con ellos, y una vez localizados *el Flaco* volvió con las manos vacías.

—Sí; los he encontrado, pero si los quieren pescar tendrán que ir ustedes —explicó a la asamblea—. Yo no me siento capaz.

—*¡Flaco!* —gritó Peppone—, ¡ejecuta las órdenes!

—Jefe, jamás he desobedecido ninguna de tus órdenes. Lo que pasa es que esta vez se trata de una orden que yo no puedo cumplir. Sólo puedo acompañarte allí.

Los ocho partieron en el camión de Peppone, pilotado por *el Flaco*: estaba furioso y dispuesto a emplear hasta la fuerza con los ingratos pordioseros. El camión navegó por los caminos polvorientos y, pasado el grupo de casas de Crociletto, se paró ante una casucha aislada.

—Es la casa de la vieja —explicó *el Flaco*.

—¡Empecemos cargando a esa desgraciada! —exclamó Peppone—. Después pescaremos a los demás. Tanto si llora como si grita, dentro de una hora estará en el asilo.

La puerta estaba cerrada con cerrojo. Peppone empezó a pegarle patadas y, al cabo de unos minutos, la puerta se abrió y apareció la Mirácola.

—¡Dese prisa, sin historias! —La intimidó Peppone—. Recoja sus bártulos y en marcha. Cinco minutos de tiem…

Peppone se interrumpió al encontrarse de repente ante un espectáculo totalmente insólito.

Al entrar en la habitación, Peppone se encontró no en una cocina normal, sino en un taller de carpintería: Giacomone estaba trabajando en el banco.

Ranieri estaba barnizando la superficie de una mesita y Girardengo, sentado en un rincón, estaba haciendo un asiento de anea a una silla.

—Hemos formado una cooperativa —explicó Giacomone, tranquilo—. Cada uno se ha acordado de su antiguo oficio y se ha puesto a trabajar. La Mirácola ha puesto la casa y hace la comida. Joffini ha puesto el carrito y se encarga de ir a buscar y a entregar el trabajo. Con las cinco mil liras hemos comprado el banco y las herramientas más indispensables.

Peppone se acercó a ver lo que estaba haciendo Giacomone. También se acercaron y miraron los demás.

Era un trabajo modesto, pero de buen artesano.

—Bien —masculló Peppone, haciendo marcha atrás—. Cuando nos necesitéis ya sabéis dónde estamos.

Salieron y volvieron a montarse en el camión sin resollar. A la vuelta del viejo canal, apenas tomada la estrecha carreterita de Pioppaccio, *el Flaco* tuvo que pararse porque había un carrito parado en el borde de la cuneta. El carrito estaba cargado de sillas rotas y de cuévanos deshechos. En una de las varas estaba sentado Joffini con la pipa en la boca, en uno de los lados de la carretilla estaba escrito con pintura roja: «Cooperativa artesanal La Libre».

El Flaco se pegó completamente a la derecha y, al pasar por delante de Joffini, don Camilo se asomó fuera del camión y le tiró al regazo medio toscano.

El otro medio se lo metió en la boca y lo encendió, para no ser menos que Peppone y los demás, que fumaban furiosamente, como chimeneas.

Noche en el «Kremlin»

Las casas del pueblo estaban adosadas las unas a las otras como si ninguna se sintiera capaz de aguantarse por sí sola, y todas las callecitas que desembocaban en la calle principal eran estrechas y retorcidas; y sin embargo, el pueblo parecía un grano de arroz en medio de un billar, porque el campo, a su alrededor, era llano e ilimitado.

Pero también por allí la gente tenía la manía del «centro», y parecía imposible que alguien, al tener que construir una casa, la levantara a cincuenta o sesenta metros del «centro».

También la gente del campo, en cuanto vive en un «conglomerado urbano» de cuatro o cinco casuchas, se vuelve estúpida como la de la ciudad y, en lugar de mirar los campos verdes y libres, cierra lo ojos y sueña con rascacielos.

Tavoni hacía años y años que se quería hacer una casa; pero, naturalmente, la quería en el centro y, en el centro, de espacio libre ya solo quedaba el de la plaza.

Pero esperaba con paciencia, confiado, y la espera no fue en vano.

Había, en el centro, una decrépita iglesia abandonada hacía al menos cincuenta años. Un feo barracón de ladrillos podridos que, como máximo, podía servir de cuartel general de las ratas del pueblo.

Un nido de escarabajos con el techo hundido, a donde nadie tenía el valor de entrar por miedo a que las paredes se le cayeran encima. A medida que pasaba el tiempo, la iglesia abandonada cada vez se convertía más en un peligro público y el último golpe se lo había asestado la crecida que había debilitado sus ya demasiado débiles cimientos.

Había que derribarla a toda costa; pero para derribar una casa también hace falta dinero; y más cuando la construcción se halla en el centro de la población y da a una calle estrecha.

Fue entonces cuando alguien pensó en Tavoni y le hizo la proposición: que la derribara por su cuenta y así le cedería el solar a buen precio.

Tavoni no se lo pensó ni un momento: firmó en seguida el contrato y empezó las obras de derribo.

Durante cincuenta años, en el pueblo, habían visto la peligrosa iglesia que había sido desconsagrada y abandonada precisamente porque era un peligro para los fieles y que no podía ser reparada porque se estaban hundiendo los cimientos; pues bien, sólo cuando empezaron las obras es cuando la gente se enteró del *asunto y*, después de haber intentado quitárselo de las manos a Tavoni haciendo ofertas locas, dijeron que Tavoni era un imbécil.

—Sólo un imbécil —afirmó la gente— puede construir una casa sobre los cimientos de una iglesia.

Tavoni siguió tranquilamente con las obras de derribo, y cuando fueron sacados los escombros, a muchos, al ver el magnífico espacio libre, les entró un ataque de hígado.

El golpe fue duro y la gente salvó las apariencias aseverando que, a pesar de todo, la idea de hacer una casa sobre los cimientos de una antigua iglesia seguía siendo siempre digna de alguien con poco discernimiento. Pero la historia duró poco, porque Tavoni, en cuanto acabó de derribarla, empezó a hacer cavar los cimientos. Quería una casa nueva de arriba abajo.

Durante algunos días la gente tragó bilis, pero, al fin, se esparció por el pueblo la buena noticia:

¡Muertos! Bajo el suelo de la iglesia había grandes tumbas llenas de huesos y de calaveras.

Huesos y calaveras a vagones, decía la gente. En realidad, se trataba de algún saco de huesos, triste y escuálida mercancía que inmediatamente fue llevada al cementerio, pero para la gente era como si se hubieran encontrado docenas de toneladas de huesos. Y hubo alguien tan pérfido como para hacer aparecer en el periódico provincial la noticia del hallazgo de una «antigua necrópolis». Noticia que acababa: «Según lo que se dice en el pueblo, Tavoni ha parado las obras para erigir en lugar de la casa proyectada, una lápida de mármol como recuerdo del macabro hallazgo».

Tavoni escupió arsénico, pero no dio ninguna satisfacción a la gente; al contrario, hizo intensificar las obras y continuó cavando hasta que no se encontró con la pura tierra.

Entonces echó los cimientos de hormigón y rellenó toda la superficie con piedras y gravilla traídas del río. Al llegar al nivel del suelo lo selló todo con una capa de hormigón de dos palmos de alta.

La gente rió sarcásticamente:

—¡No ha hecho sótanos porque tiene miedo de los muertos!

Aunque, evidentemente, Tavoni no temía a los muertos ni a los vivos, porque el edificio empezó a levantarse con una rapidez extraordinaria. Y esto significaba que Tavoni no veía el momento de entrar en su nueva casa.

La gente se quedó sin argumentos válidos, y el día en que, acabado el edificio por dentro y por fuera, y una vez secas las paredes y la pintura, Tavoni hizo el solemne traslado, la gente consideró el hecho como una injuria.

Y como Tavoni, aprovechándose hábilmente de su victoria, no perdía ninguna ocasión para explicar públicamente que desde que había entrado en la casa le parecía como si hubiera vuelto a nacer de lo bien que estaba, la gente empezó a sufrir atrozmente.

Pero pronto llegó el día del desquite.

¿Quién fue el primero en difundir la alarma?

Imposible saberlo: fue alguien, eso es todo. Y en seguida el pueblo entró en efervescencia.

La gente se dividió en dos corrientes: los que lo creían y los que no se lo creían.

—Era lógico que pasara esto —decían unos—. No se puede hacer una casa sobre los huesos de los muertos. A los muertos hay que dejarlos en paz.

—Todo eso son tonterías, chismes de viejas —decían los otros—. De todos modos, jamás hay que construir una casa sobre los huesos de los muertos.

Y así, unos de una manera y otros de otra, unos asustados, y otros burlones, todos fueron diciendo por ahí que en la casa se oían ruidos.

Puertas cerradas con llave pegaban portazos súbitamente durante la noche, la luz de vez en cuando se apagaba, se oían ruidos extraños.

Naturalmente, los únicos en no saber nada de todo esto eran Tavoni y su mujer, a los que ni se les había pasado por la imaginación notar en casa fenómenos curiosos o dignos de preocupación. Pero hubo quien se encargó de hacérselo saber a los directos interesados:

—La gente es mala en este pueblo —le dijo un día la droguera a la mujer de Tavoni—. A la gente le sabe mal que los demás estén bien. ¿Sabe qué le he contestado, no hace ni media hora, a cierta persona que sacaba a relucir la historia de los espíritus? «¡Sería mejor que cada cual se preocupara de lo que pasa en su casa!».

—¿La historia de los espíritus? —preguntó con curiosidad la mujer de Tavoni—. ¿Qué es? Yo no sé nada.

—¡Claro, señora! las tonterías de siempre. Ahora dicen que en su casa se oyen ruidos. Puertas que golpean, ruidos de cadenas, luces que se apagan, etcétera. Siempre por aquellos cuatro huesos de muerto que encontraron al hacer los cimientos. No le dé importancia, señora Tavoni; ríase de ello como hago yo.

La mujer de Tavoni no se rió de ello en absoluto: explicó en seguida la historia a su marido, y tenía un aspecto muy preocupado:

—¿Entiendes? —acabó—. Por ahí dicen que en nuestra casa se oyen ruidos.

—¡Déjalos hablar! —se rió Tavoni—. En nuestra casa vivimos nosotros y sabemos muy bien que los espíritus sólo están en las mentes de la gente que se muere de envidia.

Una noche, durante la cena, la luz se apagó de repente y la mujer de Tavoni dio un grito desgarrador.

Después la luz volvió, pero, durante la noche, una puerta golpeó y a la mujer de Tavoni le entraron convulsiones.

Al día siguiente, la mujer se fue corriendo a ver a don Camilo para suplicarle que fuera a bendecir su casa. La gente vio cómo don Camilo iba a la casa y tuvo la confirmación del fenómeno: en la casa había espíritus, tal como se decía por ahí. Tanto es así que los Tavoni habían llamado al cura para que les bendijera la casa.

La historia de los espíritus de la mansión se convirtió en el tema oficial de todas las conversaciones, y por eso Peppone, al entrar una noche en su despacho de la casa del Pueblo, sorprendió al *Flaco* hablando seriamente de espíritus con el *Pardo*.

Entonces se indignó:

—¡Aquí dentro no quiero oír cuentos de viejas chochas! ¡Que en la casa del Pueblo se tengan que encontrar los residuos del más necio oscurantismo medieval es algo intolerable!

—Jefe —balbuceó *el Flaco*—, simplemente estábamos hablando de lo que dice la gente.

—¡Ni hay que hablar de semejantes tonterías! —afirmó Peppone—. Al contrario, cuando se oye hablar de ello hay que explicar que son cuentos estúpidos. El primer deber de todo camarada es el de elevar espiritualmente al pueblo, liberarle la mente de la niebla de la milagrería clerical. Mientras el pueblo trabajador crea en espíritus y en fantasmas, no se podrá hablar nunca de revolución proletaria.

La bagatela de los espíritus pronto se convirtió —tal como afirmó Peppone— en la vergüenza del pueblo. Y cuando Peppone vio como una vieja, al pasar ante la casa de los Tavoni, se santiguaba, se puso furioso y se fue corriendo al Ayuntamiento, donde se encerró en su despacho y compuso un significativo pregón:

> *¡Ciudadanos!*
>
> *Por culpa de algún gracioso que ha puesto en circulación como broma pesada el rumor, se ha difundido por el pueblo el cuento de la llamada casa de los espíritus con manifestaciones de oscurantismo medieval dignas del siglo pasado. Prescindiendo del hecho del retroceso social, el pueblo se convierte en objeto de escarnio por parte de los municipios contiguos, con grave perjuicio moral y material.*
>
> *Se hace un llamamiento, pues, a la población para que haga obra de persuasión entre las clases más ignorantes para que cese esta vergüenza en el pueblo, porque por poco que continúe esta reprobable historia, se convertirá como en el chiste de Piolo, donde para desplazar el campanario ponían paja debajo de los pies para empujar, y así parecía que el antedicho se movía, mientras lo que hacía era patinar en sentido contrario.*
>
> *Se ruega localizar a los responsables, para poner fin al inconveniente.*
>
> El alcalde
> GIUSEPPE BOTTAZZI

El Flaco revisó la puntuación e inmediatamente se hizo imprimir el pregón qué fue pegado en las esquinas. Desgraciadamente, dos horas después de la colocación del pregón, Tavoni y su mujer abandonaban, con todos sus bártulos, la mansión y volvían a la antigua casa.

Este hecho incidía en la opinión pública de tal modo que anulaba completamente el vibrante mensaje de Peppone y hacía que acudieran al pueblo, de todos los municipios de la zona, grandes comitivas de amantes de lo sobrenatural.

Tavoni clavó en la puerta de la mansión un cartel: «Casa por alquilar». Más tarde, al ver que nadie acudía, cambió el cartel: «Casa en venta».

En el pueblo había bastante gente con dinero y el negocio parecía excelente; pero nadie se sintió capaz de dar el golpe.

Entonces Peppone, un domingo por la mañana, entró en el café donde después de misa se reunían los terratenientes y dijo con sarcasmo:

—Y pensar que cuando Tavoni firmó el contrato todos le querían birlar el negocio. Ahora que Tavoni vende la mansión por nada, nadie se presenta. El miedo es más fuerte que el egoísmo.

En nombre de todos contestó Filotti, que era el que hablaba más claro:

—Si tiene tanto valor, ¿por qué no la compra usted?

—El valor no basta, hace falta dinero. Yo no tengo.

—Su partido sí que tiene: haga que la compre el partido.

—Mi partido no es el de los terratenientes: no tiene dinero que derrochar.

—Pero tiene los cuatro millones necesarios para ampliar y hacer otro piso en la casa del Pueblo. Si usted la deja tal como está y compra por tres millones la mansión, le hará ahorrar a su partido un millón y hará un buen negocio.

Efectivamente, la casa del Pueblo estaba a punto de ser ampliada e iban a levantar otro piso. Todos lo sabían, en el pueblo, y conocían al dedillo el presupuesto.

—Esa mansión parece hecha a propósito para albergar las oficinas, el archivo, etcétera —prosiguió Filotti—. Lo malo es que el oscurantismo medieval funciona también para los progresistas.

Era un desafío público y Peppone no pudo más que responder:

—Es una idea.

Y en realidad se trataba de una idea brillante, porque la casa había costado más de seis millones y tenía todos los requisitos para albergar el cuartel general de los rojos.

De modo que los rojos dieron el golpe y, al cabo de pocos días, Peppone, con todos sus trastos, se aposentaba solemnemente en el edificio.

E inmediatamente la gente encontró el nombre apropiado para la ex mansión Tavoni: «Kremlin».

Una vez colocado todo en el «Kremlin», Peppone reunió después de cenar al estado mayor y dijo:

—Todos los documentos importantes están ahora aquí. No podemos en ningún momento abandonarlos. Desde ahora entra en funcionamiento el servicio nocturno de guardia. ¿Quién se quiere quedar esta noche?

Nadie contestó.

—Bien —masculló Peppone—. Quédate tú, *Flaco*.

—De haberlo sabido —contestó *el Flaco*—, me habría hecho preparar un termo con café por mi mujer. No quisiera dormirme. Y además no tengo cigarrillos.

—No pasa nada —lo tranquilizó Peppone—. Vete a buscar todo lo que necesitas y luego vuelve. Yo te esperaré.

El Flaco se fue y, uno por uno, también se fueron los demás. Peppone se encontró solo entre las paredes silenciosas del «Kremlin» y miró a su alrededor complacido: la verdad es que era una magnífica casa, bien construida, cómoda, amplia. El partido había hecho un buen negocio.

«¡Hasta los espíritus pueden servir de algo!», pensó, frotándose las manos.

Sonaron las once de la noche en el campanario.

«¿Cuánto tiempo tarda ese desgraciado en volver con el café?», pensó, irritado, Peppone.

Peppone encendió la radio, pero en aquel momento dio un portazo una puerta en el primer piso: alguien debía haber dejado abierta una ventana. Peppone se levantó y tranquilamente se dirigió hacia la escalera. Empezó a subir y la luz eléctrica bajó de intensidad, luego, tras unas oscilaciones, se apagó.

La puerta volvió a golpear; al mismo tiempo, un curioso chirrido llegó del desván.

Peppone buscó en los bolsillos la caja de cerillas y no la encontró.

Siguió subiendo. Al llegar a una puerta buscó el interruptor de la luz, que no encontró; por otra parte, era inútil pues era una avería general.

Entró en la habitación, que estaba oscura como una tumba, y la puerta se cerró con un golpe seco como un pistoletazo.

Empezó a andar a tientas y, de repente, se oyeron gritos en la planta baja.

Unos gritos tremendos.

Luego música.

Había vuelto la luz, evidentemente, y la radio se había puesto a funcionar. Peppone buscó el interruptor y lo encendió. Se encendió la luz y Peppone se encontró ante dos grandes ojos que le miraban.

Nada: el gran retrato de Stalin que alguien había apoyado allí, contra la pared.

Bajó, se fue a sentar junto a la radio, que apagó en seguida porque fuera había tormenta y las descargas perturbaban la escucha.

Miró el reloj y era medianoche. ¿Era posible que entre subir al primer piso y volver a bajar, hubiera pasado una hora?

Posible del todo: tanto es así que en el campanario sonaron las doce.

Otros ruidos extraños en el primer piso. Pero ¿Qué estaba haciendo ese maldito *Flaco*? ¿Por qué no volvía?

Hacía calor en la habitación, y Peppone se sintió lleno de sudor. Se acercó a la ventana y abrió las hojas. Mientras iba a abrir las persianas, se volvió a ir la luz. Esta vez de repente.

Intentó abrir en la oscuridad las persianas: la manecilla se le quedó en la mano. Empujó con todas sus fuerzas, pero las persianas parecían clavadas.

La puerta de la habitación chirrió.

Peppone sintió que le faltaba la respiración: sentía la presencia, en la habitación, de un enemigo desconocido, un enemigo que cada vez se acercaba más.

Se quedó allí, quieto como una roca, apretando desesperadamente los dientes y los puños. Resistió aún diez minutos: fueron un siglo, todos sus nervios estaban tan tensos como las cuerdas de un violín y el corazón le latía tan fuerte que le hacía daño.

Resistió hasta que sintió en la nuca el soplo gélido de la respiración entrecortada del desconocido.

Entonces Peppone no pudo más e hizo la señal de la cruz.

Volvió la luz.

La habitación estaba vacía. Las persianas no se podían abrir empujándolas porque eran de esas correderas cuyas guías entran en la pared.

Peppone se durmió en la silla, y *el Flaco* llegó cuando ya eran casi las seis de la mañana.

—Jefe —balbuceó *el Flaco*—, ¿se me ha hecho demasiado tarde?

—No, lo que haces es asco.

El Flaco abrió los brazos.

—Se hace lo que se puede —susurró, humillado.

Peppone salió: había dejado de llover y estaba saliendo el sol, rojo y redondo, tras el ligero velo de niebla que había entre el ramaje de los chopos.

«Si ese desgraciado de cura lo llega a saber —pensó Peppone al pasar por delante de la rectoría— ¡menuda satisfacción!…».

Pero don Camilo nunca lo supo, y por eso el único en estar satisfecho de aquella historia fue el buen Dios.

El parador

El territorio del municipio llegaba, por el sur, hasta el Stivone, un torrente de tres al cuarto, pero que discurría entre dos altos muros de contención porque iba a desembocar al gran río y, en las crecidas, existía el grave peligro de que rebosara.

A la otra orilla del torrente comenzaba el término del municipio de Castelpiano y, en línea aérea, entre nuestra población y la de Castelpiano había siete kilómetros. Pero si se recorría el camino por vía terrestre había que tragarse casi doce kilómetros.

Visto desde arriba, uno se daba fácilmente cuenta de que la primera idea del que, *temporibus illis*, había abierto el camino, había sido precisamente la de unir los dos centros con una gran rectilínea. Y por eso la carretera, al salir de Castelpiano, seguía durante unos buenos tres kilómetros en línea recta a la meta. Pero al cabo de esos tres mil metros, la carretera torcía a la izquierda y luego a la derecha y luego otra vez a la izquierda, y así sucesivamente, acabando en un sinfín de curvas que daban asco y que había que recorrer durante ocho kilómetros, mientras que el trayecto hubiera podido hacerse —según la lógica— sólo en tres.

Al llegar a la casona, la carretera dejaba de hacer el loco, y, volviendo a la misma línea de los primeros tres kilómetros, recorría los últimos mil metros y llegaba correctamente a la meta.

Naturalmente había un antiquísimo proyecto para rectificarla: un proyecto elemental que, desde el punto de vista del gasto, entraba perfectamente en los límites de lo factible. Se trataba simplemente de abrir tres kilómetros de carretera y construir un puente sobre el Stivone, en Casalta.

El proyecto, que durante un montón de años había servido simplemente como argumento para la propaganda electoral, en 1933 finalmente se puso en marcha: se estudió el puente en todos sus detalles y se jalonó el nuevo trazado. Y del jalonamiento resultó que, después de pasar el nuevo puente sobre el Stivone, la carretera pasaría justo a tres metros de la casa de labor de Folini.

Folini tenía entonces cuarenta años y, ayudado sólo por su mujer, llevaba las quince fanegas de tierra de Casaba; era un trabajo que mataba, y por eso Folini, que ya no podía más y que veía cómo su mujer se consumía como una vela, en cuanto vio los jalones colocados a través de sus campos por los topógrafos y en cuanto tuvo la confirmación, a través de la publicación del proyecto definitivo, de que la carretera iba a pasar por delante de su casa, no se lo pensó ni por un momento: conservó la casa y una zona de tierra edificable a ambos lados de la futura carretera, y se vendió todo lo demás.

—Ha llegado nuestro momento —explicó a su mujer—. Arreglaremos bien la casa y montaremos un buen parador. La zona edificable a lo largo de la carretera sigue siendo nuestra; de esta forma evitaremos que alguien abra cerca de nosotros otro parador y nos haga la competencia. Todo el tráfico, en cuanto quede listo el nuevo trazado, pasará por aquí: el mercado de Castelpiano es el más importante de la zona y podemos vivir sin matarnos.

También a la mujer la idea de abrir un parador le gustaba bastante. Una vez liquidado todo lo que había por liquidar, Folini y su mujer empezaron la transformación de la casa. El padre de la mujer era albañil. Hacía tiempo que no trabajaba porque pasaba de los sesenta, pero en este caso especial volvió a coger la paleta: el Stivone estaba allí a dos pasos para la grava y la arena y Folini había conservado el caballo y el carro. Ayudado por la hija y el yerno, que hacían de peones, el viejo se puso manos a la obra.

Tardaron más de un año en hacer las obras, pero todo quedó muy bien. Y cuando ya la carpintería, los muebles, la cocina, la bodega, etc., estuvieron listos, Folini planteó el problema más importante:

—¿Qué nombre le vamos a poner?

El viejo no tenía idea alguna sobre el particular, pero, al preguntársele, sugirió ponerle Parador Garibaldi.

La mujer de Folini no estaba de acuerdo con la propuesta, porque no quería mezclar la política con el negocio. Para ella, Cocina casera hubiera estado la mar de bien.

Folini era difícil de contentar, y don Camilo, que, Dios sabe cómo, había caído por allí como cazador, se encontró a los tres discutiendo animadamente.

—¿Os estáis peleando? —preguntó.

—No, le estamos buscando el nombre.

—¿Qué nombre?

—El nombre del local.

Don Camilo no sabía nada y entonces, después de haberle hecho asegurar que no diría nada a nadie, los Folini le enseñaron la casa.

—Padre, ¿no le parece una buena idea? —dijo al final Folini.

—Sí, una buena idea —murmuró don Camilo—. Pero yo lo habría empezado a hacer una vez construida la carretera.

—La harán: es cuestión de meses —replicó Folini—. Y entonces será un buen golpe.

Entonces era el año 1934. En 1939 murió el padre de la mujer de Folini sin haber tenido el consuelo de ver empezadas las obras de la nueva carretera. Nadie se acordaba ya del nuevo trazado.

Después vino la guerra y los Folini ya no tuvieron ni el valor de pensar que se pudiera hacer el nuevo trazado antes del final de la conflagración.

—Habrá que tener paciencia —decía Folini—; cuando acabe la guerra, todo volverá a su orden.

Mientras tanto hacía ya varios años que Folini, al habérsele acabado los ahorrillos, se las apañaba como bracero. Todas las mañanas iba al trabajo, pero, antes de ponerse en camino a través de los campos, decía a su mujer:

—Sobre todo.

—No te preocupes —contestaba la mujer.

Y, en cuanto el marido se iba, se ponía a barrer, a dar brillo, a quitar el polvo.

El hecho de que el Parador del Sol surgiera en medio del boscaje, en el sitio más desolado y desierto de la tierra, no tenía ninguna importancia. No estaba la carretera, pero ya la harían al acabar la guerra, y entonces todo funcionaría a la perfección.

Ful desapareció dentro de un matorral de aromos y don Camilo le siguió, aplastando las ramas como un carro blindado.

Después de una larga y cansada marcha, don Camilo salió a un claro. Una zona suavemente alfombrada de verde. Un rectángulo exactamente delimitado, con una linda casita en la mitad de uno de los lados más largos.

Se encaminó hacia la casa y un viejo de blancos bigotes apareció y fue a su encuentro.

—¡Pero si es Folini! Le creía muerto Dios sabe dónde. ¿Cómo es que no se ha dejado ver más por la iglesia? Si era un buen cristiano.

—Aún lo soy, padre. Pero no tengo ni un minuto de tiempo.

—¿Y qué hace de bueno?

—Trabajo un poco por todas partes y el poco tiempo que me queda se me lo lleva el negocio. Tengo que echar una mano a mi pobre mujer.

Don Camilo miró extrañado a Folini.

—No entiendo a qué negocio se refiere.

—El parador —explicó Folini.

Habían llegado a la casa que tenía delante una hermosa pérgola bajo la cual había mesas y bancos pintados de verde.

—Padre, ¿no se acuerda de cuando le enseñé el local hace veinte años? ¡Fíjese ahora!

Don Camilo siguió al Folini y se encontró en una bonita sala recién pintada con un alto arrimadero de madera brillante a lo largo de las paredes, con cortinitas de cuadritos rojos y blancos en las ventanas, con las mesas bien puestas, y en cada una de ellas un pequeño florero con flores del campo.

Frente a la entrada había una gran barra, detrás de la cual había una estantería llena de botellas.

—No puede imaginarse los sacrificios que nos ha costado, pero no hay que dejarse pasar de moda si se quiere salir adelante. Ahora la gente exige cosas sencillas, alegres, modernas. Ya tengo también lista toda la instalación eléctrica, incluido el ventilador y el extractor de humos: cuando hagan la carretera, seguro que pondrán el tendido y no tendré más que hacer la conexión.

Pasaron a la cocina.

—¿Ve, padre? Azulejos blancos, cocina económica y cocina con bombona de gas. Y también la nevera eléctrica. Ya he pagado cinco plazos. Es duro, pero saldré adelante.

Apareció una vieja pequeña y algo encorvada, con un pañuelo en la cabeza y un blanquísimo delantal.

—¿Ha visto padre? —dijo la vieja—. ¿Y qué le parece la petanca?

Salieron: detrás de la casa había un amplio jardín con una gran pérgola y con dos juegos de petanca, uno junto al otro, lisos como billares.

—Hace veinte años que nos estamos sacrificando —explicó Folini—, pero tenemos la satisfacción de tener un local como no lo hay en toda la zona. Si me funciona bien un asuntillo y cojo la representación, pondremos la iluminación de aquí fuera con todos esos tubos blancos modernos que dan una luz maravillosa y que gastan la mitad que las bombillas.

—Antes de las luces blancas —exclamó severamente la viejecita—, hay que hacer lo del pozo. ¡Eso sí que es necesario!

—¡Algo estupendo! —se rió Folini—: el pozo ya está hecho, la bomba funciona, faltan sólo el depósito y la conducción hasta la cocina, el lavadero y el servicio.

Se dirigió a don Camilo:

—Tendremos uno de esos modernos, de esmalte blanco y con agua, a la inglesa. Si se quiere trabajar, hay que hacerlo.

—Padre, siéntese —dijo la vieja—. ¿Prefiere un vaso de vino blanco o tinto?

—Tenemos vino de veinte años —explicó triunfalmente el anciano—. No lo encontrará en ninguna parte.

—Gracias, nada de vino. Sólo un vaso de agua.

La vieja se fue y don Camilo se sentó a una mesa bajo la pérgola. No sabía qué decir. La verdad es que no sabía si era o no oportuno hablar.

—Folini —dijo al final—, es muy bonito todo lo que me ha enseñado. Pero yo, en su lugar, ahora dejaría las cosas tal como están y volvería a reemprenderlas cuando comiencen las obras de la nueva carretera.

Folini indicó que no moviendo la cabeza:

—En el comercio hay que estar como cuando se va a cazar: siempre con la escopeta cargada, lista para disparar. El día en que comiencen las obras tenemos que estar preparados para que funcione el negocio. Así haremos en seguida clientes con los obreros de la carretera, con los ingenieros del puente y todo eso.

Don Camilo suspiró:

—Folini, razone por un momento. Hace veinte años que usted y su mujer están dando su sangre por este parador. Y hace veinte años que esperan inútilmente que empiecen las obras de la carretera. Folini: ¿y si no las empezaran nunca?

Había llegado la vieja, silenciosa como una sombra: puso ante don Camilo la bandeja brillante de latón con a jarra de agua fresca y el vaso.

—Padre —dijo la vieja—, lo importante es tener fe. Nosotros no pedimos nada imposible. Si hacen carreteras perforando montañas, ¿por qué no tendrían que hacer tres kilómetros de carretera a través de los campos? Si en estos veinte años nos hubiéramos encargado de ello, ya la habríamos hecho yo y mi marido esa bendita carretera. Estamos seguros que la Divina Providencia nos ayudará y que dentro de poco darán comienzo las obras de la carretera. ¿No es verdad?

—¡Seguro! —exclamó con vivacidad el viejo, al que había sido dirigida la última pregunta—. ¡Ya sólo es cuestión de meses, como máximo!

Don Camilo se bebió el agua y se levantó.

—Espere, padre: le voy a coger cuatro peras —dijo Folini—. Sólo un minuto.

Cuando el viejo se hubo marchado, la mujer se acercó a don Camilo.

—Por el amor de Dios, padre —susurró—, no le infunda dudas al pobre hombre. Hace veinte años que vive sólo para su parador. No me lo mate a disgustos.

La vieja desapareció silenciosa y al cabo de poco rato llegó Folini con el cestito de peras.

Salieron juntos al claro blando y verde, caminaron en silencio hasta el comienzo del sendero en el boscaje de aromos:

—Padre —susurró Folini—, no vuelva a hablar así. Aquella pobrecilla sólo vive con la esperanza de que hagan la carretera. No le envenene el alma.

—Jesús —exclamó impetuosamente don Camilo cuando estuvo ante el Cristo del altar mayor—, ¿queréis ver al hombre más estúpido del mundo?

Se dio dos golpes en el pecho y explicó:

—¡Está aquí!

—El que se humilla será ensalzado —respondió sonriente el Cristo.

Don Camilo estaba furioso:

—Jesús —imploró—, concededme una gracia. Ponedme en condiciones de poderme dar patadas yo mismo.

—No puedo secundar insanos propósitos de violencia. No te maltrates, don Camilo. Ama al prójimo cómo a ti mismo. Ámate a ti mismo como a tu prójimo.

—¡No, Señor, yo no puedo amar a un estúpido como don Camilo!

—Al contrario, don Camilo: ámalo más que a nadie, porque él, que se cree que enseña los caminos de la fe a los demás, a veces se sale del camino y no se da cuenta.

Don Camilo protestó orgullosamente:

—¡Señor, soy imbécil, sí; pero el camino de la fe lo conozco bien!

—El que se ensalza será humillado: explícale también esto a don Camilo en la primera ocasión —susurró el Cristo.

A ser sinceros, la ocasión no se hizo esperar: hacia las cinco de la tarde, *el Flaco* vino a pegar en la pared de la rectoría un cartel. Don Camilo en seguida se dio cuenta y salió con intenciones más bien belicosas:

> *Ciudadanos* —comenzaba el cartel—, *la administración democrática tiene el orgullo de anunciaros que una gran aspiración vuestra va a convertirse en realidad. Mañana darán comienzo las obras del nuevo trazado de la carretera de Castelpiano…*

—¡Toma y aprende, pedazo de imbécil! —exclamó don Camilo.

El Flaco, que se había parado para mirar a una distancia prudencial, preguntó:

—¿Qué dice, padre? ¿Hay algo que no le gusta?

—No hablo contigo.

—*De gustibus non disputoribus* —afirmó *el Flaco*, volviéndose a montar en la bicicleta—. Hay gente que se divierte hablando sola.

—Jesús —dijo don Camilo, cuando llegó corriendo ante el altar mayor—. ¡Tengo que ir corriendo a llevarle ese cartel a los Folini!

—No hace falta —respondió el Cristo—. Ellos no han dudado nunca. Siempre han creído firmemente que se haría la carretera. Te han hablado de aquella manera sólo porque sabían que tú no podías creer en una fe tan profunda. Sabían que los habrías tomado por locos.

Don Camilo bajó la cabeza.

—Jesús —balbuceó—, en un caso así, ¿cómo se puede discernir si se trata de una idea fija o de fe en la Divina Providencia?

—Son cosas que no se pueden saber, que sólo se pueden sentir. Aprende a desconfiar del sentido común, don Camilo. Muchas veces sólo es sentido común.

Don Camilo se alejó entristecido. Pero en seguida pensó en el claro verde en medio del boscaje de aromos. Pensó en la carretera que iba a cortar el boscaje y el claro verde y se sintió aliviado.

Sor Filomena

Peppone estaba en apuros. A decir verdad, durante los tres primeros meses del año todo había funcionado perfectamente bien, tan bien como para que Peppone se decidiera a empeñarse con el nuevo camión.

Y se había empeñado hasta las cejas, porque además de haber agotado hasta el último céntimo de sus ahorros, Peppone había firmado cierto número de letras que tenía que pagar a toda costa, aunque —como desgraciadamente había pasado en un segundo tiempo— se le hubieran escapado de las manos aquellos contratos para el transporte de acelgas, de tomates, etc., con los que Peppone ya contaba como seguros.

A este problema se habían juntado otros menores, pero no menos molestos, y por eso, cuando se vio obligado a llevar al médico a su hijo más pequeño porque el pobrecillo cada día estaba más escuálido, Peppone estaba fuera de sus casillas.

El doctor visitó minuciosamente al niño y después meneó la cabeza.

—No está nada bien —dijo—. Necesita absolutamente ir al mar.

Peppone rió de mala gana:

—Usted tiene ganas de bromear. ¡Justo ahora que el partido organiza una colonia de montaña, el niño necesita ir al mar!

—No tengo ningunas ganas de bromear —rebatió, seco, el médico—. Si usted no se fía, de mí, hágalo visitar por quien quiera. Y si encuentra a alguien que no esté de acuerdo conmigo sobre la necesidad del mar, dimito como médico.

—No estamos hablando de confianza. Lo que digo es que no lo puedo mandar al mar por la sencilla razón de que este año el partido ha organizado una colonia de montaña. No queda otra elección: irá a la montaña.

—El niño tiene necesidad urgente de ir al mar. Necesita yodo. El párroco ha organizado una colonia en el mar: mándelo con el párroco.

Peppone tuvo un gesto de impaciencia:

—No digamos tonterías. ¿El cura tiene yodo y el partido no?

—No es el cura quien tiene yodo: es el mar. Y como el cura ha organizado una colonia marítima, entonces…

—¡Entonces nada! —le interrumpió desairadamente Peppone—. Que el cura vaya donde quiera. Mi niño irá a la montaña. ¡Mejor a la montaña con el partido que al mar con el cura! La salud moral cuenta más que la física.

El médico perdió la calma:

—A mí no me importa la política, lo que me importan son las enfermedades. Y le digo que usted no puede cometer semejante tontería: enviar este niño a la montaña significa hacerle un daño.

—Yo lo mando a donde me parece y a donde me place: en mi hijo mando yo.

El médico, ese que llamaban el doctorcito, no era un tipo de esos que se dejan amilanar: miró a Peppone a los ojos y exclamó con voz firme:

—Sus cuestiones de partido no interesan a mi conciencia profesional. Cumpliré con mi deber hasta el final.

—¡Haga lo que le parezca! —gritó rabioso Peppone—. ¡Denúncieme a la ONU!

El doctorcito no se dirigió a la ONU: llamó a una puerta bastante más próxima. Y cuando tuvo delante suyo a la mujer de Peppone, fue directamente al grano:

—¡He visitado a su niño! Necesita ir al mar y en seguida. Si, en lugar de mandarlo al mar, lo manda a la montaña, será muy perjudicial para él. Para eso es mejor que se quede aquí.

La mujer le miró con desconfianza:

—En estos asuntos el que decide es mi marido. Vaya a decírselo a él.

—Ya se lo he explicado y me ha contestado que enviará el niño a la montaña, porque en su hijo quien manda es él. Como el niño es tanto del padre como de la madre, le he explicado también a usted lo que pasa, como es mi deber. De este modo, si el niño empeora o se muere, la responsabilidad es de los dos.

La mujer de Peppone se puso a chillar:

—¡La responsabilidad es de este mundo asqueroso lleno de injusticias! ¿Y aunque quisiéramos enviarlo al mar, cómo podemos hacerlo?

—Inscribiéndolo con los niños de la colonia marina —respondió el doctorcito—. Ya le he explicado el caso a don Camilo, y él está dispuesto a aceptar al niño sin crear ninguna dificultad.

La mujer le dio con la puerta en las narices al doctorcito, que se esperaba esto y algo peor, y por eso no se lo tomó a pecho.

«¡Si dentro del estómago, en vez de un ladrillo, tiene una pizca de conciencia, el niño recibirá los cuidados que necesita!», murmuró para sus adentros el doctorcito.

Y, afortunadamente, tanto Peppone como su mujer no tenían un ladrillo en el estómago.

Peppone, la misma noche, se fue a ver a don Camilo a la rectoría.

—Quisiera saber qué estupideces ha venido a contarle ese desgraciado de doctorcillo —dijo Peppone con voz amenazadora en cuanto se encontró ante don Camilo.

—Me ha explicado que vuestro hijo tiene necesidad urgente de ir al mar —contestó tranquilo don Camilo—. Si esto es una estupidez, es que el doctorcito se ha vuelto loco o el que te has vuelto loco eres tú.

Peppone se rió:

—Estoy entrampado hasta las orejas…

—Lo sé.

—El niño necesita ir al mar, mientras el partido organiza la colonia de montaña…

—Lo sé.

—Y el aquí presente está obligado a elegir: o traicionar al hijo, o traicionar al partido…

—No lo sé.

—Lo sabe muy bien: ¡por eso le ha dicho al doctor que aceptaba a mi hijo entre los suyos!

—No, compañero alcalde: yo no hago porquerías. A mí lo que me interesa es que tu hijo esté bien. La salud de tu partido no me importa.

Peppone le contempló con un desprecio inenarrable.

—¡Sepulcro encalado de negro! —gritó—. ¡Si yo mando a mi niño con los chicos de su colonia, sabe muy bien el golpe colosal que eso será para su propaganda! ¡Sabe muy bien cuáles serán los comentarios de la gente!

Don Camilo abrió los ojos de par en par, asombrado:

—¿La gente? ¿Y qué podrá decir? Acaso voy a poner en mi colonia a tu hijo. Irá a tres kilómetros de nuestra playa, con los niños de otro municipio piamontés. Tu hijo llegará a su destino antes de que marchen nuestros niños. ¿Te crees que un animalote grande y alto como yo, un hombretón que de un tortazo te puede hasta cambiar los apellidos a ti y a aquel desgraciado que te ha enseñado a no quitarte el sombrero cuando estás en casa ajena, te crees que un tipo como yo va a hacer especulaciones políticas sobre los huesecillos de gorrioncito de un niño enfermo?

Peppone se quitó el sombrero:

—Si no lo hace por especular, lo hace para envenenar el alma de mi hijo. ¡Para estropeármelo! ¡Para meterme al enemigo en casa!

Don Camilo meneó la cabeza:

—Tu hijo será tratado como si estuviera en una colonia comunista.

Peppone se puso a reír:

—¡Ésta sí que es buena!

—Nada de eso: tu hijo sólo será aceptado porque tiene necesidad de mar. Baños de sol y baños de agua de mar, juegos, paseos, etcétera, todo como los demás. Nada más.

—¿Nada de oraciones por la mañana, a mediodía, por la tarde y por la noche? ¿Nada de sermones? ¿Nada de santos? ¿Nada de himnos clericales? ¿Nada de misas? ¿Nada de comuniones?

—Nada, compañero alcalde. El doctor ha dicho que el niño necesita ir al mar y nosotros nos preocuparemos sólo de su salud física.

Peppone se secó la frente que tenía bañada de sudor.

—Padre —dijo—, usted tiene ganas de bromear y yo no. Yo tengo un niño enfermo y estoy con el agua al cuello. No se aproveche: sería una marranada.

Don Camilo abrió el cajón del escritorio y, tomando una carta, se la alargó a Peppone.

—Es de sor Filomena, la directora de la colonia de tu hijo.

Peppone se acercó a la ventana y leyó:

> “*Reverendo padre:*
>
> *Sitio para el niño hay. He comprendido perfectamente que la situación del padre es tal que, si no se hiciera como usted dice, no sería enviado el niño al mar y su salud se resentiría.*
>
> *Con tacto, para que no se pueda dar cuenta, el niño será separado de sus compañeros cada vez que se les imparta en algún modo, incluso en forma indirecta, asistencia religiosa.*
>
> *Lo que usted me hace hacer es casi una locura; pero me doy cuenta de que las culpas de los padres no tienen que recaer sobre los hijos inocentes. De todos modos, espero que no pretenda usted que le lea al niño páginas de los libros de Lenin o Stalin y que le enseñe que, cuando sea mayor, tiene que matar al párroco…*

Peppone le devolvió la carta.

—¡Eso ya se lo enseñaré yo! —masculló.

Se quedó un poco preocupado, luego saltó:

—Padre —exclamó—, todo esto es un asunto que apesta a comedia a la legua. Una cosa de este género no es posible. Debajo hay una trampa propagandística colosal. Pretende ponerme en ridículo.

Don Camilo puso su gran manaza abierta sobre el breviario.

—Está bien —dijo Peppone—. ¿Qué hay que hacer?

—Está todo escrito en esta hoja. A la gente les explicarás que lo mandas por tu cuenta.

—¿Y el médico?

—Secreto profesional. Es un hombre serio.

Peppone estaba aún lleno de sospechas:

—De modo que si el niño se cura, tendré que agradecérselo…

—No, camarada. ¿Sientes acaso deberes especiales de agradecimiento hacia el cartero que te lleva una carta? Haz como si yo fuera el cartero que te ha traído la carta de sor Filomena.

—Entonces se lo tendré que agradecer a la hermana. —No; ella tan sólo ha escrito la carta bajo dictado. El remitente no es ella, sino aquel que está clavado en la cruz.

—¿Lo ve? ¡Sabía que había alguna trampa! —exclamó Peppone.

—No; obligación de estar agradecido la tiene sólo el que cree en Dios. Tú no crees y, por tanto, estás perfectamente bien con la conciencia de tu partido.

—Padre, ¿volvemos a empezar?

—Fin. Es como si no nos hubiéramos visto. No hemos hablado nunca de colonias. Recibirás noticias de tu hijo directamente de sor Filomena. No, no te preocupes: sobre normal, sin membrete, enviada directamente a tu casa.

—¡Con copia para el cura! —bramó Peppone.

Don Camilo suspiró:

—¡Cómo me gustaría que fueras tú el que necesitaras urgentemente curas marinas! ¡Oh, qué alegría llevarte a alta mar y echarte al agua después de haberte puesto un salvavidas de plomo! ¡Adiós, Beria!

—Padre, ¡sin ofender!

—¡Si te hubiera llamado Beria hasta hace sólo un mes, te habrías sentido orgulloso! ¡Oh, caducidad de las cosas soviéticas!

El niño de Peppone partió al día siguiente, acompañado de su madre, y cuando la mujer estuvo de regreso, Peppone lo quiso saber todo.

—¿Quién te ha recibido?

—Una enfermera y un doctor. Han visitado al niño. Han dicho que hay que llevarlo inmediatamente al mar y darle una alimentación especial.

—¿Te han hecho preguntas?

—Han querido saber todo sobre el niño.

—¿Y sobre mí?

La mujer se encogió de hombros.

—No han preguntado ni si tiene un padre. Es gente seria que se preocupa de la salud de los niños y nada más.

—Seria aparentemente —afirmó Peppone—. ¿Ha llorado el niño cuando lo has dejado?

—¡Qué va! Saben tratar muy bien a los niños. Y además en el centro hay un patio con juegos infantiles, con cochecitos de pedales, etcétera. Ni se ha dado cuenta de que me iba.

—¡Los juegos infantiles, los cochecitos, etcétera! —mascculló ferozmente Peppone—. Es así como engañan al proletariado.

Pasaron unos días y llegó la primera carta.

> *Muy señor mío: su niño se encuentra bien. El mar no le perjudica. Ya es algo. Esperemos que le beneficie.*
>
> *Nosotros nos comportamos en todo y por todo según sus especiales deseos. Todo ha ido muy bien hasta hoy. El niño duerme en la habitación de la vigilancia de turno, que no es monja, sino una empleada normal, y así evita las oraciones de la mañana y de la noche y la santa misa.*
>
> *Durante las horas de religión y demás va a paseo por el pueblo acompañado por una vigilanta. A las comidas lo nacemos llegar un poquito más tarde, y así se salta la oración y la señal de la Cruz.*
>
> *Pero ahora surge un pequeño inconveniente: nosotros siempre hemos evitado que el niño asistiera a la ceremonia de la mañana y de la tarde de izar y de arribar la bandera en consideración al hecho de que no se trata de una bandera internacional, sino de la normal bandera nacional tricolor. El pequeño, sin embargo, se ha dado cuenta porque lo ha visto desde la ventana y quisiera asistir también él a la ceremonia.*
>
> *Como el pequeño, que la verdad es que está muy despierto y es muy espabilado para sus siete años, ha dicho: «Si no me dejan ver lo de la bandera con los demás, escribiré a mi papá,*

que es alcalde, y que de un puñetazo os parte la cabeza a todos», quisiéramos que usted nos diga a qué debemos atenernos sobre el particular.

Cordiales saludos.

SOR FILOMENA

Peppone miró a su mujer:

—Tú eres tonta, yo no. Esa desgraciada de monja se quiere hacer la graciosa; pero si se cree que se las tiene que ver con uno que se deja tomar el pelo, se equivoca.

Tomó una hoja y escribió la contestación:

Distinguida señora directora: me agrada mucho saber que mi hijo está bien. Tengo el gusto de informarle que él, por ser de nacionalidad italiana, tiene el derecho y el deber de saludar la bandera de la patria.

Aunque la impertinencia del mencionado hijo tiene que ser castigada, porque su padre de un puñetazo no le parte la cabeza a nadie, sino que emplea las manos para trabajar honradamente.

La segunda carta desde el mar llegó al cabo de una semana, junto con una ficha con el informe del médico.

Muy señor mío:

Le agradezco su amable respuesta. Hemos obrado según sus deseos. Como verá por la adjunta ficha médica, los progresos de su pequeño son sensibles.

Sin embargo, por lo que estamos preocupados es por sus travesuras: esta mañana, durante la ceremonia de izar la bandera, la cuerdecilla se salió de la polea que está arriba del alto mástil y se quedó enganchada. Mientras estábamos pensando cómo solucionarlo, su pequeño aprovechó la confusión para trepar como una ardilla hasta la punta del asta.

A todos nos ha entrado un miedo espantoso y desearíamos que escribiera a su hijo para decirle que no cometa más imprudencias de este tipo.

Según sus deseos, el viernes no le hemos dado pescado, sino carne; pero él pretende ser tratado como los demás,

porque el pescado le gusta mucho. Esperamos su amable respuesta para saber a qué atenernos.

Le saluda atentamente

SOR FILOMENA

Peppone leyó la carta en voz alta y la mujer en seguida se desesperó:

—¡Mira que mal nos hace quedar ese pillastre!

—¡Lo que hace es hacernos quedar bien! —voceó Peppone—. ¡Tú nunca entenderás nada!

La contestación de Peppone fue breve y vibrante.

Señora directora: cuando uno hace algo por el prestigio de la bandera de la patria no comete ninguna imprudencia. No se preocupe: yo a su edad trepaba a los palos de telégrafo y al llegar a lo alto hacia la bandera.

Además, recuerde que los Bottazzi tenemos la piel dura.

En cuanto a lo del pescado los viernes, no se trata de propaganda política y lo puede comer.

Le saluda atentamente.

Después llegó la tercera carta:

Muy señor mío: por el informe médico verá que su hijo está cada vez mejor. Espiritualmente nos da, sin embargo, algunas preocupaciones: es un niño que habla muy poco, y al principio, creíamos que este silencio suyo taciturno era debido a la timidez. Sin embargo, hemos descubierto que él, más bien bruto y, a veces, violento en sus manifestaciones exteriores, y por tanto aparentemente superficial y grosero, esconde un espíritu gentil inclinado a la meditación.

De vez en cuando nos plantea preguntas embarazosas que intentamos afanosamente eludir. Hace media hora, por ejemplo, me ha preguntado: «¿Por qué de los barcos primero se ve lo de arriba y luego el resto?».

Le he explicado que esto sucede porque la Tierra es redonda. Y él ha seguido: «Si la Tierra es redonda, ¿dónde se apoya?».

«*No se apoya, está suspendida en el vacío*».

«*¿Y quién la sostiene?*».

Como usted comprenderá, no es fácil salir del paso sin poder, como con los demás niños, hacer intervenir al Creador. He dejado en suspenso el asunto: ¿tengo que contestar que por encima de todo el universo está Stalin, o tengo que hablar genéricamente de partido?

Le saluda atentamente

SOR FILOMENA

Peppone apretó los puños.

—¡Coge una hoja y escribe lo que te voy a dictar! ¡Y no me rechistes! —gritó fuera de sí a su mujer—. Vamos:

«Distinguida directora: el objeto de la presente es comunicarle que el domingo por la mañana mi marido vendrá a llevarse al niño.

La saludo atentamente».

—Mándala urgente.

Su mujer intentó protestar, pero Peppone la hizo callar:

—Si ella no lo sabe, ya se lo explicaré yo que, aunque soy un proletario, tengo mi dignidad y mejor que los demás. No admito que me tomen el flequillo. Si se quieren divertir a mi costa, están muy equivocados.

No hubo nada que hacer: Peppone se fue el sábado por la noche y, después de un viaje asqueroso, se encontró en una pequeña estación llena de flores.

Eran las siete de la mañana y se alegró cuando le dijeron que para llegar hasta la colonia había tres cuartos de hora de camino.

El furor, que las molestias del viaje habían aumentado, hacía andar a Peppone a paso marcial y en media hora llegó.

Vio el edificio en medio del verde, al final de una avenida y se sentó en un banco. Aún no era una hora decente.

«¡Dentro de poco se la voy a cantar a esa monja!», pensó mientras encendía el medio toscano.

No dio ni dos chupadas porque oyó una voz sumisa:

—¿Señor Bottazzi?

Se puso en pie y se encontró ante una monjita pequeña, delgada y diminuta que parecía una niña.

Aún era joven y su cara era dulce y delicada.

—Soy sor Filomena —dijo—. Hace rato que le estoy esperando. He recibido su carta urgente.

Peppone estaba lleno de rabia, pero ¿cómo puede meterse uno con algo tan pequeño y que hablaba con una voz tan baja y fina?

—He venido a buscar al niño —mascullό Peppone con la cabeza baja.

—¿Por qué? ¿Por qué robarle veinticinco días preciosos para su salud? ¿Qué le hemos hecho?

—No me gusta que me tomen el pelo —explicó Peppone.

—¿Y quién le ha tomado el pelo?

—Sus cartas… Especialmente la última.

—Entiendo. Porque le he preguntado si tengo que decir a su hijo que el universo ha sido creado por Stalin. O el partido.

Peppone hizo un gesto de impaciencia:

—Dejémoslo estar: deme al niño y no hablemos más. Sor Filomena sonrió:

—El padre es usted y yo le devuelvo a su niño. Pero tampoco se resuelve nada así. El niño, mañana o pasado mañana, le preguntará a usted quién ha creado el universo. ¿Y usted, perdone, qué le contestará?

—Es asunto mío —refunfuñó sombrío Peppone.

Sor Filomena meneó la cabeza:

—Siento, haberle ofendido. ¿Si le pido perdón, me perdonará?

—No —dijo Peppone, mirándose la punta de los zapatos.

—Espero que me perdone el buen Dios. ¿Puedo pedirle al menos un favor?

Peppone le dio a entender que podía pedírselo.

—En su penúltima carta, usted ha escrito que cuando llegaba a lo alto del palo del telégrafo usted *hacía la bandera*. ¿Qué significa?

No era fácil de explicar.

—Es un juego: consiste en que uno se pone el palo debajo del sobaco izquierdo, luego se apoya con el codo derecho y saca hacia afuera las piernas bien tiesas.

Sor Filomena le miró asombrada:

—No entiendo.

Peppone intentó explicarse mejor, pero lo que hizo fue complicar más las cosas. Entonces se sacó la chaqueta y, agarrándose a una farola de la luz, le mostró prácticamente lo que significaba *hacer la bandera*.

Sor Filomena le miraba con unos ojos más abiertos que dos linternas:

—¿A su edad y con su peso aún puede hacer un ejercicio como éste?

Luego, mientras Peppone, chorreando de sudor por el gran esfuerzo, se dejaba caer sentado en el banco, sor Filomena dirigió los ojos al cielo.

—¡Jesús —dijo—, que lástima que un hombre tan fuerte sea tan malo!

La voz fina de sor Filomena hizo sobresaltar a Peppone.

—¡Basta! —imploró—. ¡Devuélvame a mi hijo y acabemos!

—¡No! —dijo autoritaria sor Filomena.

—¡Déjemelo al menos ver!

—Depende de cómo se presente aquí a las nueve.

A las nueve, Peppone volvió con una cara presentable y sor Filomena le hizo entrar y le permitió pasar el día en la playa con su hijo.

Y cuando Peppone, por la noche, se despidió, sor Filomena preguntó:

—Y si el niño me vuelve a hacer aquella pregunta, ¿qué le contesto?

—Lo que crea conveniente, hermana —refunfuñó sombrío y feroz Peppone.

Y sor Filomena hizo lo que creyó conveniente.

El festival

La villa de los condes Rocchetta estaba en el territorio de Gañola. Era una mansión ochocentista bastante adentrada respecto a la carretera provincial, y a la que se llegaba después de haber recorrido una amplia avenida bordeada por dos hileras de álamos colosales que impresionaban.

Los condes Rocchetta resultaban odiosos por partida doble a las masas de la zona porque, además de ser detestados como nobles, eran detestados como terratenientes.

Poseían algunos miles de fanegas de tierras trabajadas por colonos bajo el control de esos administradores que parecen creados expresamente por el Padre Eterno para empobrecer a los amos y hacerse antipáticos a los campesinos.

Cuando los Rocchetta estaban en la villa no se dejaban ver nunca ni en Gañola ni en ningún otro sitio: se limitaban a pasar velozmente, repantigados en grandes cochazos que hacían atragantarse a la gente, sepultándola bajo horribles nubes de polvo.

Más que malos, los Rocchetta eran estúpidos y juzgaban al mundo que los rodeaba no a través de sus experiencias personales, sino a través de los informes de los administradores, de los granjeros y de los informadores de confianza. Y, para evitar que la estirpe tuviera contactos impuros, habían mandado a los dos hijos, Giorgio y Elisabetta, a estudiar al extranjero.

Durante las vacaciones, los sacaban del colegio para mandarlos a la costa o a la montaña o de crucero: y todo funcionó a la perfección hasta el día en que Elisabetta, que llamaban Betty, cumplidos los diecisiete años, volvió a casa armada de un inútil diploma que atestiguaba el inútil curso de estudios seguido con honor.

Elisabetta había nacido allí, en aquel caserón amarillo, y el aire de la Tierra Baja la favorecía más que el del mar o de la montaña; aparte, como a los diecisiete años una chiquilla ya no es una chiquilla y, por tanto, no resulta prudente mandarla por el mundo con una institutriz, los Rocchetta decidieron quedarse a la hija en la villa, en Gariola, hasta que acabara la trilla.

Después se la llevarían a la Costa Azul.

A Betty le hicieron toda una serie de advertencias: le explicaron que bajo ninguna razón tenía que salir nunca de los límites de la propiedad. También le fue dicho el porqué con sus más y sus menos.

La muchacha aseguró haberlo comprendido perfectamente y el resultado fue que, a la tarde del día siguiente, tras haber buscado la bicicleta de carreras de su hermano, Elisabetta montó en el sillín y partió hacia lo desconocido.

El conde y la condesa le habían explicado que la zona estaba infestada de proletarios rojos como el fuego, y la muchacha, juiciosamente, para no hacerse notar, tras haber hallado en el depósito de los tractores un mono azul de mecánico, se lo puso, anudándose al cuello un llamativo pañuelo rojo.

Se arremangó las mangas naturalmente y los pantalones y empezó a pedalear tranquilísima, sin sospechar en lo más mínimo que ataviada así lo iban a notar hasta las piedras.

Porque hay que tener en cuenta que Elisabetta era una chica guapísima: aun sin ir pintada y conservando la dulzura y el frescor de la chiquilla, Elisabetta era algo formidable.

Dio vueltas arriba y abajo por las orillas, anduvo mojándose los pies en el agua del río, atravesó seis o siete pueblecitos. Y, al ser domingo, había en cada pueblo gente sentada delante de los cafés o de las fondas. Lo que significaba que a cada paso de Elisabetta por los centros habitados era saludado por aclamaciones: lo que no perturbó en nada a la chica, segura de sí misma y de su perfecto mimetismo.

Nunca se había divertido tanto.

La condesa, que estaba sesteando en el jardín, fue llamada de repente a la dura realidad por la llegada de una muchacha. Era la hija de una de las mujeres de servicio, chorreaba sudor y jadeaba.

—¿Qué pasa? —preguntó la condesa.

—¡La señorita! —balbuceó la pobrecilla.

—¿La señorita?

—Sí… Pasábamos yo y mi novio por delante de la fiesta de la *Unità* en el pueblo y es cuando hemos visto a la señorita entrar en el festival. Llevaba un mono azul y un pañuelo rojo al cuello.

La condesa la miró pasmada:

—¿Te has vuelto loca?

—No, estoy segura. Llevaba la bicicleta de carreras del señorito. La he visto cuando la ha dejado en el depósito: entonces he ido a mirar por un agujero y era la señorita. Estaba bailando y todos querían bailar con ella

porque baila bien… ¡Qué bien baila!… Me he hecho traer aquí en seguida por mi novio en la moto. No quisiera que le pasara nada: toda aquella gente son rojos y hay caras feas de todas las aldeas.

La condesa no perdió la calma:

—Di a Luigi que prepare el 1400 y espérame: en seguida vengo.

Al cabo de diez minutos, el 1400 partía hacia el pueblo, conducido por Luigi llevando a bordo a la condesa y a la muchacha.

—Vamos a intentar hacer las cosas discretamente —le explicó la condesa por el camino—. Paramos el coche antes del festival. Tú te bajas, entras en el festival, te las arreglas para acercarte a la señorita y le dices que estoy aquí esperándola.

Al llegar a la vuelta antes de donde se celebraba el festival, la condesa hizo parar el coche y la muchacha se bajó:

—Procura no hacerte notar —le recomendó la condesa.

La condesa estaba llena de rabia y habría gritado con gusto: se reservó para hacerlo en cuanto hubiera recuperado a la desgraciada de su hija.

«¡La hemos mandado a estudiar al extranjero para algo!», pensó. Y se acordó de los detalles horribles del mono de mecánico, del pañuelo rojo y de la bicicleta de carreras.

Por su parte, justo en aquel momento la señorita Elisabetta no estaba pensando en nada horrible: aún seguía divirtiéndose como jamás se había divertido.

Estaba acalorada y sudaba como dos proletarias que hicieran trabajos pesados, pero sus piernecitas brincaban incansables. Los chicos la acosaban sin cesar y en cuanto empezaba a bailar con uno, ya venía otro a «sacarla».

En el festival había dos orquestas que se iban turnando, de modo que Elisabetta no descansaba ni un instante.

Todos ya no tenían ojos más que para la morena del mono y del pañuelo rojo al cuello, y hasta Peppone en cierto momento se fijó en ella.

—¿Conoces a esa de allí? —preguntó al *Flaco*.

—No la he visto en toda mi vida. No es de aquí, jefe. Se ve a la legua: es producto de ciudad.

—No hay lugar a dudas —murmuró Peppone—. Lo lleva escrito en la frente: es del otro lado del torrente. Mira cómo baila. No está del todo mal, en conjunto.

—Sí, jefe; pero tiene una belleza ordinaria. Y además son chicas descaradas. Me han dicho que ha llegado en bicicleta de carreras.

Peppone miró el reloj:

—Apresúrate, *Flaco*: ha llegado el momento.

El Flaco llegó atravesando el gentío hasta la orquesta y, con un ademán, hizo parar la música. Subió al estrado y, después de un golpe de gong que hizo callar a la gente, *el Flaco* explicó:

—Ahora, que todos los hombres que están bailando dejen a sus parejas y que se pongan en corro. Las muchachas que bailan han recibido a la entrada un sombrero de papel que lleva un número impreso. Que todas se pongan el sombrero en la cabeza y que luego se pongan en fila una detrás de otra y den tres vueltas por la sata. Cada uno de los participantes ha recibido a la entrada una papeleta: En cuanto haya hecho su elección que escriba el número impreso del sombrero en la papeleta y que la deposite cerrada en esta urna de aquí delante. Todo bien sencillo, claro y democrático.

Los jóvenes se apiñaron a los bordes del entoldado y las chicas que habían quedado en el centro se pusieron los sombreritos de papel en la cabeza y, mientras la música tocaba en sordina una marcha, empezaron a desfilar.

Elisabetta también hizo como las demás: su sombrerito llevaba el número 108. No se preocupó en averiguar que finalidad tenía todo aquello. Era un juego.

La hija de la criada entró en el festival cuando las chicas ya habían empezado a desfilar. No consiguió ni llegar hasta las primeras filas de espectadores.

Esperó; acabadas las tres vueltas, *el Flaco* gritó:

—¡La comisión a su sitio! —y dio orden de reanudar el baile. Y la muchacha tuvo que renunciar a acercarse a Elisabetta.

Tres bailes y el gong volvió a sonar.

Volvió a aparecer *el Flaco* en el estrado de la orquesta con una hoja en la mano.

—Resultado de la votación —gritó *el Flaco*— La comisión, tras haber examinado las papeletas, ha encontrado que todas son regulares y válidas. El setenta por ciento de los votos ha recaído en el número ciento ocho el diez por ciento en el número quince, el diez por ciento en el número ochenta y el diez por ciento en el número noventa y tres. Por tanto, la señorita que lleva el número ciento ocho es la primera clasificada por aplastante mayoría y es elegida Estrellita de la *Unità*.

Un aplauso arrollador aclamó las palabras del *Flaco*, que continuó:

—Que la señorita ciento ocho se presente ante la comisión para recibir el primer premio, consistente en un frasco de perfume y una suscripción anual al

gran semanario *Vías Nuevas*. Y además la publicación de su fotografía en el mismo semanario.

El Flaco se dirigió también a las otras tres clasificadas, segundas por empate, pero la hija de la criada ya no lo escuchó: se escurrió afuera y se fue a dar el horrible informe a la condesa.

—¡Y bien! —preguntó la condesa en cuanto la vio aparecer—. ¿Has hablado con ella?

—¡No he podido! La han elegido Estrellita de la *Unità* y ahora le están dando el premio. También le harán una foto que publicarán en *Vías Nuevas*.

Era necesario intervenir antes de que fuera demasiado tarde, y la condesa, haciéndose llevar con el coche hasta la entrada del festival, entró decidida.

Entró implacable y, atravesando con dificultad la muchedumbre, consiguió llegar hasta el estrado de la comisión, justo en el momento en que Peppone estaba diciendo a Elisabetta:

—Ahora de a este joven su nombre, apellido y dirección para la suscripción a *Vías Nuevas*. Estoy seguro de que este premio aún le será más grato que el frasquito de perfume. No hay perfume más fragante que la cultura y la preparación espiritual.

El fotógrafo ya estaba listo para disparar el *flash*; la condesa, con un último esfuerzo, consiguió interponerse entre la hija y el fotógrafo.

Peppone reconoció en seguida a la condesa y se quedó con la boca abierta.

—Señor alcalde —explicó la condesa, acercándose a Peppone—, le ruego que perdone a esta atolondrada. Acaba de llegar del colegio, no sabe nada de nada. Le agradecería que evitara todo tipo de publicidad… Usted me comprende: la gente se reiría de nosotros y de ustedes… No me niegue este favor: anule la elección… En cuanto a mi hija, le prometo que recibirá el castigo que se merece por su descaro.

La chica palideció:

—Mamá, yo no creía hacer nada malo. Había entrado a bailar.

—Avergüénzate —le dijo con voz dura la madre.

Un anciano que se hallaba situado en primerísima fila intervino:

—¿Por qué tiene que avergonzarse? —exclamó—. ¿Qué ha hecho de malo? ¡No somos unos asesinos!

La gente empezó a susurrar en forma amenazadora; una mujer gritó dirigiéndose a la condesa:

—Si está aquí mi hija, que tiene los mismos años que la suya, ¿por qué no puede estar también su hija? ¿Qué se cree, que mi hija es una desvergonzada?

El murmullo amenazador aumentó y la condesa sintió latirle fuerte el corazón. Pero en seguida pasó al contraataque.

—Señora —dijo sonriendo a la mujer—, está su hija porque también está usted, que es su madre. Yo no estaba cuando entró mi hija.

—Pero ahora también está usted, condesa —replicó la mujer—; por tanto, no haga tantas historias.

Ahora ya se habían enterado todos y el murmullo se volvía cada vez más fuerte.

—¡Nosotros somos igual que los demás! —empezó a gritar alguien.

Peppone intervino con su voz más autoritaria:

—¡Basta! El incidente queda cerrado. Cada uno es libre de hacer y pensar lo que quiera. ¡Por lo tanto, si la señora condesa no está contenta de que su hija tenga el título de Estrellita de la *Unità*, es muy dueña de no estarlo! También nosotros nos alegramos de que su hija no sea la Estrellita de la *Unità*.

—¡Bien! —gritó la muchedumbre.

—¡Silencio! —prosiguió Peppone—. En dicho caso, la elección del número ciento ocho como Estrellita queda anulada. Por tanto, que cada participante saque otra papeleta y que se proceda a la votación inmediatamente. Es decir: como las tres concursantes clasificadas después del ciento ocho, mejor dicho: después del ex ciento ocho, están empatadas, que el público elija entre las tres. ¡Adelante el número quince, el número ochenta y el número noventa y tres!

Se formó un corro y las tres chicas se pusieron en medio.

—¡Número quince, número ochenta, número noventa y tres! ¡Que cada uno elija la que prefiera!

La votación fue rápidamente repetida y, al cabo de poco rato, el gong sonó de nuevo. La gente se calló y, en medio del silencio profundo, se oyó la voz de Peppone:

—Resultado de la votación: el número ciento ocho ha obtenido el ciento por ciento de los votos. ¡Y aunque éste no era el acuerdo, por ser, sin embargo, el deseo del pueblo, la señorita número ciento ocho es elegida Estrellita de la *Unità*, y recibe el premio consistente en un frasquito de perfume y una suscripción anual al semanario *Vías Nuevas*! ¡Adelante el número ciento ocho!

Se oyó un aplauso formidable. Parecía como un cataclismo.

Elisabetta, que se había quedado allí cerca, bloqueada por la muchedumbre, junto a su madre, palideció.

—¡Mamá! —imploró—, ¿qué he de hacer?

—¡Ve, tonta! —respondió con voz aplacada la madre.

Elisabetta fue, y, al verla en el estrado tan hermosa y gentil, la gente soltó otro aplauso colosal.

Se reanudó el baile: un último baile con las dos orquestas. ¡El vals!

Todos bailaban, hasta las viejas renqueantes, y no había ni un centímetro libre, pero, a pesar de ello, de repente, delante de la orquesta se formó un corro y, en el centro del oasis, Peppone estaba bailando con la condesa. Con la «Estrellita» madre. Un vals de campeonato mundial.

Dos santos de media estación

El término municipal administrado por Peppone y colegas estaba dividido en seis aldeas o caseríos y una república.

Antiguamente, el grupo de casuchas de Pioppina tenía su parroquia; es decir, tenía, además de la iglesia, una casa parroquial y un beneficio parroquial que permitían al cura titular resguardarse de la intemperie y comer con sufiente regularidad.

Pero un mal día, el río grande se encaprichó de la finca que constituía el beneficio y que, desgraciadamente, formaba parte de la fértil franja de tierra entre el río y el terraplén.

Le gustan al río grande estas bromas: durante mil años lame una tierra sin que pase nada y, de repente, el agua empieza a roer la orilla y, de bocado en bocado, se lo come todo. O bien sucede lo contrario: el río de improviso se pone a regalar tierra y un pobrecillo que poseía, entre el terraplén y el río, una estrecha franja de cinco o seis fanegas de alameda, se encuentra de repente siendo el dueño de una gran y rica finca.

A la tierra del beneficio de la parroquia, el río le hizo la broma del primer tipo y dejó de comerse tierra sólo cuando había llegado a unos diez metros del edificio de los colonos que estaba junto al terraplén y donde ya nadie quería vivir porque era de prever que la construcción iba a seguir la misma suerte que todo lo demás. Y, efectivamente, cuando hubo la crecida, la casa se deshizo dentro del agua. Y cuando las aguas se retiraron, del edificio sólo había quedado un montoncito de ladrillos cubiertos de lodo.

El viejo párroco de la Pioppina tiró adelante igualmente porque, al llegar a cierta edad, se vive a fuerza de inercia. Pero una mala noche, la rectoría se incendió y el pobrecillo, de todas sus cosas, sólo pudo salvar el pellejo.

Entonces, visto que no se podía ni soñar con encontrar dinero para reconstruir la rectoría, el pobre anciano se murió.

Y, con el párroco de Pioppina, se murió también la parroquia de Pioppina.

Los de Pioppina, al quedarse sin cura, fueron a protestar al obispo, pero éste abrió desolado los brazos:

—Hijos míos, no hay ninguna razón que justifique los grandes sacrificios que se tendría que hacer para mantener en vida la parroquia de Pioppina.

—Si la parroquia de Pioppina ha existido siempre, esto quiere decir que las razones existen —objetó el más autorizado de la comisión.

—No, hijos míos —respondió el obispo—. Y para entenderlo basta con que recordéis la historia de vuestra parroquia.

Los de la comisión sólo sabían esto, de la historia de la iglesia de Pioppina, que era su iglesia.

El obispo llamó entonces al secretario y se hizo traer un grueso expediente del archivo y mostró a los de la comisión unos viejos papeles:

—Hasta el año 1780 —explicó el obispo—, Pioppina no era una parroquia ni tenía iglesia: el exiguo número de habitantes y la cercanía a la población principal hacían inútil que Pioppina tuviera una parroquia. Pero en 1780 murió, solo y sin herederos directos, un tal Negrini que poseía una hermosa casa, una hermosa finca y un saquito de escudos de oro. Y su testamento, como habéis visto, establecía en palabras pobres: dejo mi dinero para que se erija en Pioppina una iglesia, dejo mi casa para que se destine a rectoría y dejo mi finca para hacer posible la constitución y el mantenimiento de la parroquia de Pioppina. Si no, que todo lo mío pase a fulanito de tal, primo lejano mío. Y así nació y vivió la parroquia de Pioppina.

»Pero ahora que la rectoría se ha destruido y que las rentas del beneficio se las queda el río, todo lo que podemos hacer es encargar a don Camilo que vaya a celebrar misa a vuestra iglesia por la fiesta de san Hipólito y la de san Mauro, patronos de Pioppina. No os hará ningún daño, las demás veces, dar unos paseos para llegaros hasta el pueblo.

—No es una cuestión de distancia —respondieron los de la comisión—. Es una cuestión de principios.

—El principio de todo buen cristiano es el de ganarse el Cielo, aunque no pueda disfrutar del servicio espiritual a domicilio. En Pioppina no hay veterinario; y cuando algunos de vuestros animales está mal, vais al pueblo a llamar al veterinario. ¿Queréis considerar pues, la salud de vuestra alma menos importante que la salud de un ternero?

La comisión regresó y explicó lo que había dicho el obispo, y la gente escuchó atentamente sin hacer comentarios.

Pero aquel silencio taciturno constituyó —a efectos de la historia y de la geografía— el acto de fundación de la república de Pioppina.

Porque desde aquel día Pioppina comenzó la acción de separación moral de la población principal y el lema fue: «No queremos depender del pueblo ni

en lo que se refiere al cura, ni en lo que se refiere a todo lo demás».

Recorrían tres veces más de camino, pero iban a hacer todas las compras a la cabeza de partido del municipio más próximo. Mientras tanto, Cimossa, el dueño del hostal del Moro, se preparaba añadiendo al hostal que tenía petanca y expedición de sal y de tabaco, una sección de venta de géneros varios.

Encontraron a un joven médico libre que, una vez instalada en Pioppina una pequeña consulta, incluyó a los habitantes de la neorrepública en la gira de sus clientes.

Tras haberse independizado del médico municipal, los habitantes de Pioppina intentaron independizarse del veterinario. No lo consiguieron y entonces decidieron solemnemente:

—Los animales pueden seguir dependiendo del pueblo grande: lo importante es que hemos ganado la independencia nosotros que no somos animales.

Todo esto se hizo en silencio, pero, al cabo de poco tiempo, la maniobra se vio clara y aún se volvió más clara cuando Cimossa, el dueño del hostal del Moro y jefe de la célula comunista de Pioppina, se fue a ver a Peppone y dijo:

—Jefe, todos los camaradas de Pioppina no quieren depender más de la sección del partido del pueblo.

—¡Ésta sí que es buena! Los camaradas de las demás aldeas dependen todos de esta sección. ¿Es que los camaradas de Pioppina son diferentes de los de las otras aldeas?

—No, jefe: los camaradas son iguales. Es Pioppina que es distinta.

Los rojos de Pioppina eran una banda valiente; gente decidida, dispuesta a arremangarse las mangas en todo momento. Peppone se tomó el asunto con tranquilidad:

—Camarada, lo entiendo. Pero ten en cuenta que la patriotería lugareña es uno de los más graves peligros para el triunfo de la causa. Nada tiene que dividir a los camaradas, ni las fronteras que existen aún entre Estado y Estado. Un camarada de Pioppina tiene que considerarse idéntico a un camarada de Pekín, aunque el color de la piel sea diferente.

—De acuerdo, jefe. Pero entre Pioppina y Pekín hay menos distancia que entre Pioppina y el pueblo.

Si las cosas estaban así, era mejor no insistir.

—¿Qué es lo que queréis, pues? ¿Depender directamente de la federación provincial?

—No; la célula de Pioppina se transforma en sección autónoma de Pioppina.

—Comprendo: te han entrado ganas de convertirte en jerarca.

—No, jefe; tanto es así que una vez reconocida la autonomía de la sección nosotros te eligiremos fiduciario de la sección.

—Bien; pero ¿no queda todo igual que ahora?

—No, cambia todo. Nosotros ya no dependeremos de la sección del pueblo, sino del camarada Bottazzi.

En el fondo sólo se trataba de hacer imprimir un poco de papel de escribir con el membrete: «PCI Sección de Pioppina El fiduciario». Y de emplear el papel normal para enviar las órdenes a las demás aldeas y el papel nuevo para enviar las órdenes a Pioppina. Para evitar una escisión valía la pena sacrificar algunas liras.

Y todo funcionó perfectamente. Se comprende que, el día en que *el Flaco* se equivocó de papel y llegó una carta a Pioppina con el membrete de la sección del pueblo, le fuera devuelta la carta a Peppone con esta aclaración:

Al camarada Giuseppe Bottazzi:

Hemos recibido una carta con disposiciones para la afiliación firmada por el fiduciario de la sección del pueblo. Como sabes, nuestra sección es autónoma y recibe sólo órdenes del mismo fiduciario, camarada Giuseppe Bottazzi. Esto como aclaración.

Peppone, con papel con membrete de la sección del pueblo, contestó excusándose por el error involuntario y, con papel con membrete de la sección de Pioppina, escribió la carta para lo de las afiliaciones.

Cuando la república de Pioppina estaba ya moralmente constituida y en funcionamiento, llegó la fiesta de san Hipólito, uno de los dos patronos de la aldea, y don Camilo se presentó a la puerta de la iglesia para celebrar —según las órdenes recibidas— la misa.

Se encontró un cartel clavado en la puerta:

Cerrado hasta el regreso del párroco titular. La población.

Don Camilo se dio por aludido y, volviéndose a montar en la bicicleta, se volvió a casa. Y la iglesia de Pioppina siguió cerrada, y nadie de Pioppina fue más a misa.

Más tarde sucedió algo imprevisto, en lo que nadie había pensado: nació un niño y se trató de bautizarlo.

—Si lo he de ir a bautizar al pueblo, prefiero no bautizarlo —afirmó el padre del niño.

En contra suyo se puso toda la parte femenina de la familia y la discusión, al cabo de dos días, acabó en la plaza, con participación de todos los lugareños.

La discusión fue larga, pero al final pareció que alguien había encontrado el argumento para hacer cerrar el pico a todos:

—También cuando Pioppina tenía parroquia las declaraciones de nacimiento no se hacían aquí, sino en el ayuntamiento. Ahora, tras haber declarado el nacimiento del niño en el ayuntamiento, no queréis declarar el nacimiento del niño a Dios. Lo que significa que consideráis más importante al alcalde que a Dios.

La observación fue meditada y al padre del niño le impresionó el hecho de que al no bautizar al crío se corría el riesgo de dar demasiada importancia al alcalde de la población más importante.

—Mañana por la mañana lo iré a bautizar. —Concluyó. Entonces intervino Cimossa:

—Hasta hoy todos los que han nacido en Pioppina han sido registrados en el libro de la parroquia de Pioppina. Si lo bautizáis en la villa, el niño será registrado en el libro de la parroquia de la villa. Con este acto oficial, los de Pioppina renunciaríamos a nuestra ciudadanía y reconoceríamos que Pioppina ya no es una parroquia y que depende en todo y por todo de la villa. Pioppina aceptaría convertirse en una colonia de la villa.

El razonamiento concreto de Cimossa los impresionó a todos y el padre del niño cambió de opinión:

—¡No lo voy a bautizar! ¡Mi hijo no será un traidor de la patria!

Mal asunto para el pobre recién nacido. Afortunadamente, en el momento justo, va y aparece don Cándido.

Don Cándido era un curita joven y delgado. Quizá más joven que delgado. Quizá más delgado que joven. Era también muy tímido y, en cuanto apareció en la placita y se encontró con la reunión de gente soliviantada que voceaba, tuvo la intención de volverse atrás.

Pero ya había sido avistado y en seguida todos le rodearon.

—¿Quién le manda? —le preguntó Cimossa, escudriñándole con desconfianza.

—Nadie —contestó don Cándido—. Estoy de paso. Voy a ver a mi primo a Torricella.

Alguien murmuró un nombre e inmediatamente se oyó un gran susurro.

—¿Me equivoco, o es el hijo del pobre Perini? —le preguntó una mujer al curita.

—Sí. Todos los míos han muerto y en Torricella no me queda más que mi primo Dante Malasca.

—Llega en mal momento, padre: se lo llevaron ayer por la mañana al cementerio.

El curita se secó el sudor:

—Entonces es inútil que prosiga. Voy a saludar a don Giuseppe y vuelvo.

—Ya puede volver en seguida —murmuró Cimossa—. Don Giuseppe murió hace seis meses.

El curita se santiguó.

—Que en paz descanse. Pobre don Giuseppe. Me había ayudado tanto también él.

—Había pasado de los ochenta y cinco y le había llegado su hora —exclamó una vieja—. Lástima que sus últimos días hayan sido tan desgraciados.

Le explicaron a don Cándido la historia del beneficio tragado por el río, la historia de la rectoría quemada.

El cura sonrió tristemente:

—En el fondo le ha ido mejor que a mí.

—¡No lo creo! —afirmó Cimossa—. Es difícil que pueda pasar algo peor en una parroquia.

—Pues es posible, desafortunadamente —replicó el cura—. Hacía dos años que yo estaba en la montaña. Me habían dado la parroquia de Rugino, un pueblecito en la ladera del Monte Doletta. Mucha miseria, pero aires buenos y un paisaje bellísimo. Hace dos meses, en la calle principal del pueblo, se abrió una grieta. Al día siguiente, la grieta se ensanchó y salieron otras más arriba.

—Evacuamos todos, con animales y enseres. Acampamos con vistas al pueblo y nos quedamos allí, viendo cómo la ladera de la montaña se desprendía lentamente. Al cabo de tres días cayó un aguacero terrible.

El cura se interrumpió y suspiró, abriendo los brazos.

—Todo se fue abajo: casas, huertos, rectoría, iglesia. He ayudado a aquellos pobrecillos hasta que me ha sido posible; ahora que todos ya están ubicados por varios sitios, me he venido. Espero que quede libre otra parroquia.

Cimossa meneó la cabeza meditabundo:

—En otras palabras: está en paro.

—Si se puede decir que un sacerdote esté en paro, pues bien, sí —respondió don Cándido, sonriendo.

—Usted está parado y nosotros tenemos necesidad de un párroco —exclamó Cimossa—. Quédese aquí y todo arreglado.

—¡Ojalá! Pero sólo puedo venir aquí si me manda el obispo.

—El obispo no le mandará a usted ni a ninguno otro —replicó una mujer —. Tiene sus buenas razones, claro. Pero también nosotros tenemos las nuestras, ¿y quién paga las consecuencias? Los inocentes.

Contaron al cura la historia del niño que no podía ser bautizado y se lo enseñaron.

—¿De verdad habéis decidido no hacerlo bautizar? —preguntó tímidamente el curita con una ligera angustia en el alma, después de haber comprobado que el niño estaba tan pálido y escuchimizado que parecía un muertecito.

—¡O lo bautizan aquí o nada! —respondió el padre del niño con rabia.

—Está bien —afirmó don Cándido—. Si las cosas están así, lo tendré que bautizar yo.

Y el bautismo resultó el más solemne de la historia de Pioppina, porque participó toda la población.

Antes de salir, todos quisieron leer en el libro del bautismo la reciente anotación que significaba: «La parroquia de Pioppina aún está viva. ¡No ha muerto la libertad!».

No quisieron que don Cándido se marchara. Le dieron de comer y pusieron una habitación a su disposición: ya se iría mañana. Y cuando don Cándido se fue a la cama, todos los hombres de Pioppina se reunieron en el hostal del Moro, en sesión extraordinaria, y Cimossa lanzó la proposición:

—Es joven, no tiene pretensiones, conoce su oficio; nos ponemos de acuerdo con él y cuando le necesitemos le contratamos corriendo nosotros con los gastos.

—¿Y los días en que no nos haga falta, que hará para ganarse la vida? ¿De representante de betún para zapatos? —objetó uno de la reunión.

Cimossa, que, por ser un fidelísimo secuaz de Peppone, intentaba imitar a Peppone hasta en la forma de pensar, exclamó:

—Los principales defectos de los curas son dos: primero, el de ser curas y, por tanto, de no servir para nada. Segundo, el de tener necesidad de comer, aunque no sirvan para nada. De todos modos, creo que habría que hablar con él mañana por la mañana.

A la mañana siguiente hablaron con él:

—Padre, nosotros estaríamos dispuestos a facilitarle comida, alojamiento y lavado de ropa el domingo y en las fiestas de precepto más, como es lógico, para los servicios ocasionales de bautismos, casamientos, funerales.

—Me gustaría —respondió don Cándido—. La desgracia es que yo…, yo, vaya, no sabría qué hacer los demás días.

No dijo que la desgracia consistía en que él también comía los demás días. Y la gente apreció mucho esa delicadeza suya.

Fue entonces cuando Cimossa se acordó que era el jefe de los rojos y, por tanto, el más irreconciliable enemigo de los curas y observó con voz irónica.

—Claro que sí; en vez de ser un cura, fuera un hombre como nosotros, le contestaría que los demás días en que no tuviera nada que hacer en la iglesia, podría trabajar…

Don Cándido le miró:

—El problema, para un sacerdote, no es el de trabajar, sino el de encontrar un trabajo que no perjudique a la dignidad de su misión y de su hábito.

—¡Todos los oficios decentes son honorables! —gritó Cimossa.

—No es cuestión de decencia —rebatió tranquilo el curita—. El oficio de vendedor ambulante de helados es un oficio decente, pero yo no lo podría hacer. En primer lugar, porque no sé hacer helados, y en segundo lugar porque un cura que vaya por ahí pedaleando en un triciclo de venta de helados haría reír a la gente, y esto perjudicaría al sacerdote y a la Iglesia. Tampoco podría hacer de afilador ni de peón albañil. Soy hijo de campesinos de estos lugares y sé cómo se trabaja la tierra. Dadme un poco de tierra y trabajaré.

—¡El beneficio se lo ha comido el río! —exclamó Cimossa—. Y aquí no hay propietarios de tierras, sino tan sólo arrendatarios y colonos. Nadie le puede regalar tierra.

—¿Y quién habla de regalar tierra? —dijo don Cándido—. ¿Los arrendatarios no dan a veces algunas fanegas de tierra a trabajar a medias cuando se trata de cultivar cosas como el tomate, que requiere mucha mano de obra?

—Claro —contestó Cimossa.

—Pues bien: facilítenme un poco de tierra para trabajar a medias.

Cimossa le miró:

—¿Y usted se ve capaz?

—Mi padre era más delgado que yo y los que le han visto trabajar saben que rendía como dos hombres.

Un viejo de bigotes blancos intervino:

—La raza es buena. La tierra la pongo yo. Pero no tengo sitio para dormir.

—Una habitación se la podría facilitar yo —exclamó Cimossa—. Pero ¿cómo se puede alojar a un cura en un hostal?

—Para lo de dormir, ya me encargaré yo —afirmó don Cándido—. Sé dónde encontrar sitio.

A la mañana siguiente, el primero en llegar a la placita se encontró con la novedad: un joven vestido con mono de mecánico estaba trabajando entre los escombros de la ex rectoría era don Cándido.

Una hora más tarde todos los chiquillos de Pioppina estaban trabajando entre los escombros de la ex rectoría.

Luego, al atardecer, vinieron a echar una mano también los hombres que habían vuelto de los campos.

—Me basta con dejar espacio para hacer una habitación —explicó don Cándido—. Los cimientos son de lo más sólido y las paredes por dos metros desde el suelo están intactas. Ladrillos hay todos los que se quieran. Y también tejas. Las tejas tienen la ventaja de que en seguida se cubre el techo. La arena y la grava están ahí, a dos pasos, en el río. Para lo demás está la bicicleta.

La bicicleta de don Cándido era nueva y fue fácil encontrar alguien que se la quisiera quedar; y con el dinero se obtuvo la cal y algunos maderos para hacer una puerta y los batientes de una ventana.

Acabado el trabajo de sacar los escombros, don Cándido empezó la construcción. El maderamen del tejado fue recogido fácilmente, a excepción de la viga central. Había dos buenos pedazos de viga pero ¿cómo juntarlos? Don Cándido lo resolvió fácilmente, creando en medio de la habitación una gran pilastra hueca que servía también de campana para la estufa que iba a construir de ladrillos y tierra, al estilo del campo.

Visto desde abajo, el tejado daba asco, pero no dejaba pasar ni una gota de agua.

—Aquí está la rectoría —dijo satisfecho don Cándido, cuando acabó la barraca.

Había llegado la estación apropiada para empezar a trabajar el trozo de tierra a cultivar a medias. Don Cándido dejó de hacer de albañil y se puso a hacer de campesino.

—Si todos los curas fueran agricultores como usted —le dijo un día Cimossa, que había ido personalmente a cerciorarse de cómo funcionaba el campesino don Cándido—, el día del levantamiento proletario podríamos colocar fácilmente al clero y mejorar la agricultura.

Esto significaba que, también como agricultor, don Cándido se sabía lo que se traía entre manos. Y Cimossa y sus colegas, no pudiendo entrar en la iglesia por disciplina de partido, asistían puntualmente a la misa de cada domingo, quedándose delante de la puerta abierta de par en par.

—Esto no representa un cumplido al cura, sino un acto de solidaridad con el trabajador —explicó Cimossa a Peppone.

—Está bien; pero ve con cuidado en distinguir bien dónde acaba el trabajador y dónde comienza el cura.

—Jefe, ya lo sé: el trabajador acaba cuando el cura deja de trabajar en el campo. El cura, en cambio, empieza siempre y no acaba nunca.

—Bien, camarada. *Cordial desconfianza*: éste es el lema.

De todos modos todo marchó bien, hasta que a la gente de la república de Pioppina no se le ocurrió cambiar de santos.

La verdad es que la idea nació del cerebro del más interesado en el asunto: el hostelero Cimossa.

Las fiestas de san Hipólito y de san Mauro, patronos de Pioppina, caían respectivamente en pleno agosto y en pleno enero.

Y de este modo, los dos festejos del año de la república resultaban los más desangelados de toda la zona. El festejo del *mucho calor* y el festejo del *mucho frío*. Y el que más lo sentía era Cimossa; y era porque por san Mauro no era posible montar un festival a causa del frío, y resultaba inoportuno hacerlo por san Hipólito a causa del calor, que hacía que la gente evitara aventurarse por carreteras al rojo vivo y polvorientas. Por eso Pioppina no había tenido nunca un auténtico día de verbena con baile, puestos de feria y movimiento de forasteros. Y así como los demás sólo tenían perjuicios morales, Cimossa, el dueño del hostal del Moro, tenía también notables perjuicios materiales.

Por eso que fue él quien se encargó de soliviantar a la gente. Y lo hizo tan bien que un buen día, Cimossa y los principales exponentes de la población se fueron en comisión a ver a don Cándido y le explicaron lo que quería el pueblo.

—¿Cambiar los santos patronos? —balbuceó don Cándido—. ¿Y por qué? ¿Os han hecho algo malo?

—Ni bueno ni malo. No queremos más santos de verano ni santos de invierno, sino santos de media estación, que den satisfacción al pueblo y que permitan disfrutar alegremente de los festejos como disfrutan de ellos los demás.

Don Cándido se aturulló:

—En un caso como éste, hay que dirigirse al obispo —consiguió decir al final.

—El obispo no tiene nada que ver —le contestaron—. Ésta es una parroquia libre e independiente boicoteada por la autoridad eclesiástica, pero

querida por el pueblo. Su obispo es el pueblo y el pueblo quiere cambiar de santos.

—¿Cambiar los santos? ¿Cómo se puede hacer? —gimió don Cándido.

—Se quitan los santos antiguos y se ponen en su lugar los santos nuevos.

—¿Qué santos nuevos?

—San Venancio y san Virgilio —exclamó Cimossa—. Ya están preparados y pagados hasta el último céntimo. En Cimello, del otro lado del Po, hay una iglesia damnificada que no será reconstruida porque también el pueblo ha sido devastado por la inundación. Los dos santos de Cimello estaban, pues, en paro, como usted, padre. Los hemos comprado y les daremos trabajo aquí. Son los santos que nos convienen: santos de media estación. Mitad de mayo; san Venancio; finales de septiembre; san Virgilio. No tiene más que preparar la ceremonia solemne que se celebrará el 26 de septiembre con grandes festejos que ayudarán muchísimo a nuestro turismo. Se hará un cortejo de barcas adornadas con flores que saldrá de aquí, atravesará el río, irá a buscar a los santos nuevos, que estarán esperando en la otra orilla y los traerá hasta aquí. Al llegar aquí usted dará a los santos el discurso de bienvenida, los presentará al pueblo. Los santos desembarcarán y se formará la procesión con música que los llevará hasta la puerta de la iglesia. Los santos nuevos esperarán fuera. Usted entrará en la iglesia seguido por los feligreses y dará el discurso de despedida a los santos antiguos. «Habéis servido con fidelidad y honor, habéis hecho tanto por nosotros…» etcétera. Vamos: que los liquida elegantemente y luego se entran los santos nuevos que reemplazarán a los antiguos. Después, la misa solemne cantada, con un organista que haremos venir de la ciudad.

La comisión aprobó con entusiasmo. La grandiosidad de la fiesta los excitaba.

—Por lo que concierne a los santos, tranquilícese, —añadió Cimossa—. Son mejores que si fueran nuevos, porque los hemos hecho volver a pintar por un especialista. Además son un palmo más altos que los viejos.

—Está bien —balbuceó don Cándido—; dadme el tiempo de pensar cómo puedo arreglar el asunto.

Don Camilo, en cuanto vio al curita, se puso sombrío.

—Soy don Cándido —explicó el curita.

—Soy el párroco…, el párroco interino…

—El párroco interino de la ex parroquia de Pioppina —continuó don Camilo recalcando la voz en la *x* de *ex parroquia*—. ¿Bueno, y qué?

—Sucede que la población de Pioppina quiere cambiar de santos —susurró, asustado, don Cándido.

—Dígale a la población que en lugar de cambiar de santos, que cambie de cabeza. De todos modos, es asunto suyo.

—Lo sé; pero necesito que me ayude.

—¿Ayudarle yo a usted? —gritó don Camilo—. ¿Ayudar yo a un sacerdote que se ha salido del camino recto y va por el camino de la perdición? ¿Ayudar yo a un sacerdote rebelde? ¿A un cura irregular?

Don Cándido se puso pálido como un muerto y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Monseñor —balbuceó—, ¿por qué me dice cosas tan crueles? ¿Qué daño le he hecho?

—¡Pero qué monseñor de Egipto! —voceó don Camilo—. Yo no soy monseñor y yo no tengo nada que ver. ¡El daño no me lo hace a mí, se lo hace a la Iglesia, poniéndose en contra del obispo!

—Yo no me he puesto en contra de nadie: se lo juro —exclamó, lleno de angustia, don Cándido—. Estoy de cura en una parroquia donde falta el cura porque se ha muerto.

—Y a los curas, según usted, ¿quién los designa en las parroquias? ¿El obispo o el fiduciario de la sección comunista?

—La parroquia de Pioppina ya no es reconocida como parroquia por la autoridad eclesiástica…

—¡Pues por eso! Usted se ha proclamado arbitrariamente párroco de una parroquia suprimida. Ha tomado, pues, postura contra las decisiones de la autoridad eclesiástica. De todos modos, ya recibirá pronto del obispado el *pagaré*.

—No creía haber actuado mal. Mañana por la mañana me iré de Pioppina y no me dejaré ver nunca más.

—¡Lo que tendría que hacer es hacerse ver! E ir a ver al obispo y explicárselo todo y disculparse por su acto inconsciente.

—No tengo valor.

Don Cándido salió cabizbajo y don Camilo se quedó en el vestíbulo de la rectoría andando de arriba abajo.

«Es joven y no tiene discernimiento —decidió al final para sus adentros—. Hay que volverle a llevar al camino recto».

Delante de la iglesia estaba el hijo de Filotti, con la moto con sidecar.

—Lléveme por favor hasta Pioppina —le dijo don Camilo.

Don Cándido no estaba en la «rectoría»; don Camilo, después de llamar a la puerta tres o cuatro veces, se echó hacia atrás, para mirar la fachada de la extraña construcción.

—La ha levantado con sus manos —explicó una vieja al llegar.

—¿Sabe dónde está ahora?

—Está en la finca de los Bissi.

Don Camilo se volvió a sentar en el sidecar y se hizo llevar hasta la finca de los Bissi. Allí le indicaron un camino carretero:

—Al final a la derecha.

Don Camilo se encaminó y, al llegar al final del camino carretero, se paró delante de un gran campo de tomates.

Un joven que estaba trabajando en medio del campo, al ver a don Camilo, se acercó.

—¿Qué está haciendo? —se extrañó don Camilo, al darse cuenta que el joven era don Cándido.

—Me estoy ganando el jornal.

Don Camilo miró la camisa rota, los calzones remendados y el calzado destrozado de don Cándido.

—No me venga con historias: hay una moto en la era. Le voy a acompañar a ver al obispo.

Don Cándido no resolló y se encaminó. Al llegar a la era, dijo:

—En unos minutos estaré listo: me voy a lavar las manos y a vestirme. Me tendré que poner guantes, porque el tomate mancha terriblemente las manos.

Don Camilo le agarró por el pescuezo y le metió dentro del sidecar.

—¡Venga así, si no es un cobarde!

Don Camilo se montó en el sillín:

—Hazte prestar una bicicleta y vuelve a casa. Necesito la moto —explicó don Camilo a Filotti, que le miraba boquiabierto.

—Excelencia —explicó don Camilo cuando se halló en presencia del viejo obispo—, le quisiera presentar a un hombre impresentable.

—Don Camilo, ¿no te habrá dado una insolación?

—No, excelencia.

—Entonces bajemos.

Bajaron al jardín del obispado.

—Haz entrar por ahí al impresentable —indicó el anciano obispo, señalando a don Camilo una puertecita que se abría en el alto muro que rodeaba el jardín.

Al cabo de dos minutos estaba don Camilo de vuelta, remolcando a don Cándido.

—Excelencia, ¿ve esta especie de miserable que hace media hora que me he encontrado en un campo de tomates?

El anciano obispo se ajustó las gafas sobre la nariz y miró atentamente a don Cándido, que temblaba de miedo. Y don Camilo, agarrando al infeliz por un hombro, le hizo dar la vuelta para que el obispo también pudiera admirar la parte posterior.

—Excelencia, por más que piense, no conseguirá jamás adivinar quién es este desgraciado.

El viejo obispo escudriñó otra vez atentamente al infeliz y luego dijo:

—Es el párroco de Pioppina.

Don Camilo no se esperaba esa respuesta y se quedó extrañado.

—Excelencia —balbuceó al final—, si tiene algo que decirle, yo puedo esperar afuera.

—¿Por qué? —exclamó enojado el viejo obispo—. Lo que le tenía que decir ya se lo he dicho. Es el párroco de Pioppina.

El viejo obispo se levantó del banco y se dirigió hacia el palacio.

—Excelencia —prorrumpió don Camilo—, los feligreses de la parroquia de Pioppina quieren cambiar de santos. No quieren más santos ni de invierno ni de verano. Quieren dos santos de media estación.

El obispo se paró impresionado por lo singular de la noticia:

—¿Dos santos de media estación? —preguntó.

—Sí, excelencia —explicó don Camilo—. Los han encontrado en una iglesia damnificada del otro lado del Po y quieren hacerlos llegar en barca con una gran ceremonia.

—¿En barca?

—Sí, excelencia. Y él tendría que hacer el discurso de bienvenida a los santos nuevos y luego el discurso de despedida a los santos antiguos. Eso es lo que ha decidido a población.

—¿Y él está de acuerdo? —preguntó el obispo, señalando con el bastón a don Cándido.

—No, excelencia.

—¿Y qué hace?

—Deja la parroquia y abandona a su destino las almas de aquellos chalados de Pioppina.

—¡Si tocáis a san Mauro y a san Hipólito desconsagro la iglesia! —dijo, blandiendo el bastón en el aire, el viejo obispo—. En cuanto a san Virgilio y a

san Venancio…, pues que se los queden. Así, Pioppina tendrá cuatro santos protectores. Una gente tan bruta es mejor que tenga cuatro santos protectores en lugar de sólo dos. Comunícalo al párroco de Pioppina.

—Cumpliré con mi deber, excelencia —respondió don Camilo.

El anciano obispo se marchó, y don Camilo agarrando por un hombro a don Cándido, que seguía arrodillado en la gravilla, le levantó y, saliendo por la puertecita, le metió dentro del sidecar.

Llegaron a Pioppina los dos santos de media estación. Llegaron en barca y fue toda una gran ceremonia.

Recibieron una calurosa bienvenida y luego fueron presentados al santo de invierno y al santo de verano y fueron aposentados en la iglesia junto a ellos.

Asistió también don Camilo, simplemente como observador, y a la mañana siguiente se fue corriendo al obispado para informar prolijamente.

Al final ofreció al viejo obispo una cestita llena de estupendos tomates:

—Se los manda a su excelencia el joven campesino que estuvo aquí hace un tiempo.

El anciano obispo tomó la cestita y se dirigió hacia la puerta.

Entonces el secretario se precipitó:

—Deme, excelencia.

—*Vade retro!* —exclamó el viejo obispo, apuntando el bastón contra el pecho del secretario—. Esto es mío, y que nadie se atreva a tocarlo.

Se fue a encerrar a su despachito privado y, sentándose a la mesa, se quedó allí con la cestita de tomates.

Y tenía siempre ante su vista la figura del joven campesino pálido y desastrado, arrodillado en el jardín.

Después advirtió que los frutos túrgidos, rojos y brillantes parecían muchos corazones.

Y le pareció verlos latir.

—Un pueblo feliz, ese de Pioppina —susurró—. Tenías dos santos protectores, ahora tienes cuatro. Más de cuatro… Casi cinco.

En aquel mismo instante, un joven campesino arrodillado al borde de un campo de la más remota finca de Pioppina rezaba:

Señor, concededme la gracia de que siga siendo siempre así de pobre para que así pueda tener siempre el consuelo de mi trabajo.

Después se santiguó y, levantándose, tomó la azada que estaba apoyada contra el primer olmo de la hilera y se puso a cavar la tierra.

Pasó un ángel por el terraplén y se paró a mirar cómo trabajaba don Cándido…

¡No me hagáis escribir tonterías, hermanos! Los ángeles no pasan por los terraplenes.

Aunque, alguna vez, tendrían que pasar. No es sólo una idea mía, sino que también lo es del viejo obispo.



GIOVANNI GUARESCHI (Roccabianca, Parma 1 de mayo de 1908 - Cervia, Ravenna 22 de julio de 1968). Su nombre completo era Giovannino Oliviero Giuseppe Guareschi, fue un dibujante de humor, escritor y periodista italiano. Su padre tenía una tienda pequeña y su madre era profesora; tuvo una infancia feliz hasta que su familia se vio afectada por la crisis económica de los años 1926 y 1927 y Guareschi se vio obligado a abandonar sus estudios en la Universidad de Parma. Antes de dedicarse al periodismo ejerció todo tipo de profesiones, desde portero a docente, hasta comenzar a colaborar en un periódico local. En 1929 fue nombrado editor de la revista «*Corriere Emiliano*», llegando a ser editor jefe en 1936 de la publicación humorística «*Bertoldo*». En 1940 se casó con Ennia Pallini, quien se convirtió en el tema de sus columnas autobiográficas.

Al llegar la Segunda Guerra Mundial Guareschi se unió al ejército italiano, en parte para escapar de las denuncias que había recibido al burlarse de Mussolini. Cuando los aliados firmaron su armisticio con los italianos, Guareschi fue arrestado por los alemanes, y enviado a un campo de concentración en Polonia y después a Alemania otros dos años junto a otros soldados italianos: los «IMI» (Internados Militares Italianos). Todas sus experiencias las describió en su *Diario clandestino*. Ya en 1945 pudo fundar la publicación satírica «*Candido*», en la que seguía usando su tono burlón y

crítico, lo que condujo a varios encarcelamientos que contribuyeron a debilitar su salud. *Candido* incluyó las primeras apariciones del personaje que haría famoso a Guareschi, don Camilo.

Notas

[1] El nombre de Stràziami en italiano vendría a tener el significado de «atorméntame» o «desgárrame». *(N. de la t.)* <<

[2] Militares de un arma del ejército italiano, constituida con misión de policía En España, su misión sería semejante a la de la Guardia Civil *(N. de la t.)* **<<**

[3] Durante el fascismo, el jefe de la administración municipal nombrado gubernativamente. *(N. de la t.)* **<<**

[4] En el original se trata de un juego de palabras consistente en *scuola nubile* y *scuola di nuoto*, palabras con mayor parecido que en su versión castellana. *(N. de la t.)* <<

[5] Padana: relativa a la llanura del río Po. *(N. de la t.)* <<

[6] Especie de aguardiente. *(N. de la t.)* **<<**